

Carlota Medina

ÁMIAMIE

LENTAMENTE

 COMEDIA ROMÁNTICA

ÁMAME LENTAMENTE

Título: Ámame lentamente

© 2017 Carlota Medina

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Diciembre, 2017

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Doscientos cincuenta grados

- Esta reducción tiene demasiada pimienta, Gustavo. Hazla de nuevo, pero hazla bien. Los clientes esperan. –le dijo Soraya con propiedad.
- Cindy, por favor ve rápido con esas cebollas. –le señaló ella.
- Déjame ver. –le dijo a Lorenzo, probando el caldo que preparaba.
- Señores, tenemos todas las mesas llenas. Necesito que le pongan corazón. Quiero que todo salga a tiempo y perfecto. –les señaló a todos los trabajadores.

Aquella era una noche importante la Soraya, era la apertura del restaurante donde ahora era chef. El dueño era Dorian Andueza, caballero de muchos recursos, amante de la gastronomía que un día probó un plato de Soraya, en el antiguo restaurante donde trabajaba, y resolvió que había encontrado la pieza fundamental para hacer realidad su sueño de tener un restaurante de alta cocina.

- Caballero, ¿puede decirle al chef que quiero felicitarlo? –le preguntó al mesonero aquella noche hacía poco más de dos años.
- Con gusto. –le respondió.

El señor Andueza, a sus cincuenta y ocho años de edad y a pesar del dinero del que disponía, no se había atrevido a perseguir su sueño ya que no conocía un chef con el toque mágico que él estaba buscando; pero con el plato que esa noche le habían presentado, sintió que la oportunidad tocaba a su puerta. Vio a una bella mujer, con chaquetilla, acercándose a él. Se dio cuenta que ella era la responsable de tan deliciosa comida y le pareció increíble. No era lo que se esperaba, ya que era muy joven y solían decir que los mejores chefs son hombres.

- Buenas noches, señores. Me informaron que querían hablar conmigo.
- ¿Usted es la responsable de esta exquisitez? –le preguntó él.
- Me satisface que le haya gustado.
- No sólo me gustó, me fascino; me dejó completamente encantado. ¿Desde cuándo se dedica a la cocina?
- Desde que tengo uso de razón cocino señor, pero de manera profesional desde los dieciocho años. –le contó ella.
- ¡Pues, hombre! Qué maravilla. –le dijo él muy emocionado.

Y desde esa vez, Dorian Andueza se convirtió en un comensal asiduo del lugar. Soraya siempre le servía lo mejor y él siempre le agradecía con halagos. Un día él le habló de su sueño y le propuso que se uniera a él para abrir un restaurante. Al principio, ella pensó que él sólo bromeaba pero su insistencia era cada vez mayor. Le ofreció el mejor sueldo y la posibilidad de organizar absolutamente todo según lo que ella dispusiera.

Después de algunos meses, la convenció y juntos emprendieron el recorrido que ahora había llegado a su fin, por lo menos de una primera etapa, la apertura. Soraya deseaba que todo saliera perfecto en aquella ocasión tan especial. Se sentía comprometida con el señor Dorian, por toda la confianza que depositó en ella. Pero también porque sentía un gran compromiso consigo misma. Desde ese nuevo restaurante, ella podía luchar por hacer su propio sueño realidad: obtener una estrella Michelin.

- La mesa cinco tiene tiempo esperando, por favor. –le anunció a sus ayudantes.

Soraya estaba nerviosa esa noche, pero su satisfacción superaba cualquier sensación incómoda que pudiera tener. Durante años había tenido que trabajar con lo que le fuera impuesto, ahora ella había sido la responsable de

todo en aquel local, desde la organización de las cocinas hasta la contratación del personal que trabajaría con ella. Ella y Dorian habían trabajado arduamente para lograr tener el mejor restaurante posible según sus consideraciones.

- Cindy, no vayas a dejar que ese bistec se pase de cocción. El cliente lo pidió término medio.
- Chef, la solicitan en la mesa nueve. –le comunicó uno de los mesoneros.
- Voy enseguida.

A ella le encantaba ver cara a cara a los clientes, así podía realmente darse cuenta del trabajo que hacían. Hablando con ellos era la mejor manera de evolucionar en las preparaciones. Por lo que rara vez despreciaba un llamado de alguna de las mesas, por más ocupada estuviera en las cocinas. Así que se dirigió a la mesa nueve, donde vio una pareja joven y a una señora que parecía ser la madre de alguno de ellos.

- Buenas noches señores, espero hayan disfrutado de sus platos. –los saludó ya en la mesa.
- Estuvo delicioso. Desde hace muchísimo tiempo no probaba una sopa de cebolla tan exquisita. Incluso mi madre se siente celosa de que nunca me había comido una sopa con tanto gusto en toda mi vida. –le señaló la mujer de la joven pareja.
- Me alegra que haya sido de su agrado. –les dijo con una gran sonrisa en el rostro.
- ¿Cuál es el secreto? –le preguntó la mujer mayor.
- El secreto de nuestra sopa de cebolla es la calidad de los ingredientes que seleccionamos para ella; las mejores cebollas, el mejor vino blanco, el mejor aceite de oliva y la cocción lenta.

- Lo tomaré en cuenta. –le dijo la señora.
- Espero que sigan disfrutando de la velada. Hasta luego. –se despidió ella y volvió a las cocinas.

Al terminar el servicio de esa noche, se sentía un ambiente de celebración. Tanto Dorian como Soraya, habían felicitado con mucha emoción a todo el personal por el excelente trabajo realizado. Habían destapado varias botellas de vino para brindar por el éxito de la apertura. Después de una ameno compartir, todos se retiraron cansados a sus hogares. A Soraya la esperaba Oriana, su amiga y compañera de piso.

- ¡Felicitaciones! –le dijo su amiga al verla.
- Gracias Ori. ¿Te gustó la comida?
- Demasiado. La comida fue espectacular y la atención fue también excelente. Van a tener muchísimo éxito. ¡Qué emoción! –le expresó su amiga muy alegremente.
- Yo también siento mucha emoción.
- Oye pero no parece. Estas como desanimada. –apuntó Oriana.
- No, para nada. Sólo es que estoy muy cansada.
- Pensé que iríamos a un lugar a celebrar.
- Creo que mejor lo dejamos para otro día. –le pidió Soraya.
- Vale, pero lo tenemos pendiente. ¿Entendido?
- Entendido. –le respondió Soraya.

Soraya llegó a su departamento casi muerta de sueño, pero como era su costumbre, primero se metió a la ducha. Nunca se iba a dormir sin ducharse antes pues sentía que el olor de los aliños se impregnaba en ella. Comenzó su ducha como siempre, primero con agua caliente, luego tibia y finalmente, agua fría antes de salirse. Así, ella sentía que el calor de los hornillas abandonaba su cuerpo; este era un consejo que le había dado su madre y que

ponía en práctica, cada día de su vida.

A penas colocó su cabeza en la almohada, Soraya quedó completamente inconsciente. El cansancio y la pérdida de sueño de meses le habían caído directamente en los párpados y le impidieron levantarse sino doce horas después, cuando ya prácticamente debía regresar al restaurante para organizar todo para su turno de trabajo.

- Sor, estaba muy preocupada. Ya casi llamo a una ambulancia; pensé que se habías muerto. –le dijo Oriana, como siempre exagerando.
- Ay Ori, es que estaba muy cansada. Sabes todo lo que trabajé antes y durante la apertura. –se justificó Soraya.
- Sí, lo sé. Pero no me vuelvas a asustar así. –le advirtió su amiga.
- Está bien. Voy a vestirme para salir.
- Si quieres te llevo. –le ofreció Oriana.
- No es necesario. Puedo tomar un taxi.
- He estado todo el día encerrada, quiero salir. Te llevo y así me das un almuerzo especial allá.
- Está bien. –accedió Soraya.
- Oye, ¿no se te olvida algo? –le preguntó Oriana.
- ¡La crítica! ¿Ya la leíste?
- No, no he podido. Esperaba por ti.
- La voy a buscar. –dijo Soraya, y corrió a buscar su móvil.
- Léela en voz alta. –le pidió su amiga.
- Aquí está. *Anoche fue la apertura del restaurante La Estancia en el centro de la ciudad. Debo decir que la experiencia ha sido refrescante. Se nota que en este lugar saben lo que hacen. La comida estuvo absolutamente exquisita, la atención es sin duda la mejor que he visto en años, el ambiente es encantador. El único consejo que podría*

brindarles es que podrían mejorar la presentación de los platos para que esté acorde con la excelstitud de todo lo demás que nos brindan. Recomiendo este nuevo lugar ampliamente, estoy seguro que os sorprenderá gratamente. –leyó Soraya en voz alta.

- ¡Excelente! –dijo Oriana con emoción.
- ¿Excelente? –preguntó Soraya molesta.
- ¿No?
- ¿Qué es eso de la presentación?, ¿acaso está loco? La presentación era completamente impecable. Yo personalmente revisé cada plato antes de que saliera a las mesas.
- Soraya pero no dijo que estuviera mal, sólo que podría mejorarse. Como un consejo. Nada serio, sabes cómo son los críticos. –le dijo Oriana tratando de calmar a Soraya.
- A ver, ¿quién escribió esto? Cristóbal Aparicio. ¿Quién demonios es Cristóbal Aparicio? –se preguntó leyendo en el móvil.
- Creo que estás exagerando Sor. No es para que te pongas así. La crítica en realidad es muy buena.
- Trabajé mucho tiempo e invertí muchísimo esfuerzo para que todo fuera perfecto Oriana.
- Y lo fue. Sólo que así son los críticos, tienen que criticar algo; por eso se llaman así linda. Calma. Que esto no arruine tu momento. Desayuna, date una buena ducha y vámonos al restaurante. ¿Sí?
- Ok. –le dijo aun molesta.

Soraya no quiso desayunar, se dio una ducha y estuvo lista rápidamente para regresar al restaurante. Durante el trayecto estuvo muy callada mientras que Oriana no paraba de hablar, tratando de hacerla olvidar del asunto desagradable de la crítica, pero era imposible; Soraya no hacía más que asentir con la cabeza y miraba insistentemente hacia el frente, como

planeando algo.

Su actitud permaneció de la misma manera durante largo rato, incluso ya en el restaurante. Le sirvió a su amiga un almuerzo especial y se sentó a comer con ella pues ya sentía mucha hambre. Todos en el restaurante sabían que estaba muy molesta y sabían perfectamente cuál era la razón; sin embargo, nadie decía nada al respecto.

- Gracias por traerme Oriana.
- No me llames así, pareciera que me estuvieras regañando a mi por tu asunto de la crítica.
- Ese es tu nombre, creo que estás a la defensiva. –le dijo Soraya.
- Tú nunca me llamas por mi nombre completo, excepto cuando me meto con lo que estás cocinando. Y claro que estoy a la defensiva, desde que leíste eso has tenido una actitud terrible y estás incomodando a todo el mundo. –le reclamó Oriana.
- Soy la chef, se supone que debo incomodar a la gente.
- No estás en servicio. –le dijo con seriedad.
- Tienes razón, disculpa. Tú no tienes nada que ver con esto y no tengo por qué hacerte pagar por ello.
- Así es. Ahora tendrás que compensarme por el mal rato.
- ¿A qué te refieres? –le preguntó Soraya con suspicacia.
- Pues que iremos a celebrar esta noche después del trabajo.
- No estoy de ánimos Ori.
- No tienes opción. Vamos, bailaremos, beberemos y nos divertiremos. Está dicho. –le impuso ella.
- ¿Obligado?
- Así es. Vendré por ti. Saldrás un poco antes, nada de quedarte hasta tarde. ¿Entendido?
- Ok. –le dijo con mala cara.

- ¿Cómo?
- Sí, Ori.
- Mejor. Adiós. –le dijo y se fue.

Soraya y Oriana era amigas desde hacía muchos años atrás. Oriana se mudó al lado de la casa de Soraya cuando eran adolescentes. Desde ese momento hicieron una excelente relación, sobre todo porque a Soraya y a su madre les encantaba cocinar y a Oriana le fascinaba comer, por lo que se convirtió entonces en la probadora oficial de todos los platos y los inventos del dúo.

A pesar de que tomaron caminos muy distintos en su vida, nunca dejaron de estar en contacto. En los peores momentos de Soraya, su amiga siempre estuvo apoyándola; cuando su madre murió y cuando se divorció. Después de eso, Soraya no quería vivir sola, así que decidieron compartir piso. Funcionaba para ambas. Se hacían compañía, se ayudaban y se apoyaban en todo.

Aunque si alguien las conociera separada mente pensaría que no podrían ser amigas, sus personalidades se complementaban muy bien. Oriana era alegre, espontánea, relajada y muy sociable; mientras que Soraya era más callada, disciplinada, solitaria y adicta al trabajo. Por lo que Oriana ayudaba a Soraya a relajarse un poco y a dejarse llevar en ciertas ocasiones, y Soraya ayudaba a su amiga a ser más estable, disciplinada y centrada.

- Imagino que leyeron la crítica que fue publicada acerca de nuestra apertura. –les dijo a sus empleados antes de comenzar su servicio; ninguno respondió nada, sólo la miraban expectantes.
- Ayer todo estuvo perfecto. No comparto la opinión de esta persona. A partir de hoy nos toca demostrar que no fue cuestión de suerte, que podemos mantener los mejores estándares de calidad e incluso

superarlos. Hoy lo haremos incluso mejor que ayer. Cuento con ustedes.

Los empleados la aplaudieron, ellos esperaban una gran recriminación, un extendido sermón; pero aquello que ella les había expresado los había sorprendido gratamente y se sentían motivados. Ella había analizado la situación y se dio cuenta que recriminarles algo que ella misma no pensaba que era cierto, solo iba a crear un ambiente desagradable en la cocina, y no valía la pena.

Aquel servicio fue excelente. Todos trabajaron con mucho ánimo. Sintieron el apoyo de la chef y todos los clientes pudieron sentir la energía de alegría que se respiraba en el ambiente. Cada preparación fue excelente, todo fluyó muchísimo mejor de lo que podría esperarse; incluso mejor que el día anterior. Seguramente esto se debía a que ya no tenían la presión de la apertura en sus hombros; ahora estaban en un día normal de trabajo, en el que debía dar todo.

Soraya obedeció a su amiga y terminó temprano. Normalmente se quedaría a asear las cocinas con su personal, pero en esta ocasión se disculpó por su ausencia y se retiró a esperar que Oriana la buscara. La esperó sentada por unos minutos, siéndole tranquila después de mucho tiempo, pues creía que estaba perfectamente encaminada a lo que quería en su vida. Se sentía satisfecha pensando que su madre estaría orgullosa de ella. Planificaba estar centrada y dedicada en alcanzar su objetivo.

- ¿Lista? –le preguntó Oriana al entrar al restaurante.
- Lista. –le sonrió Soraya.

Ambas fueron primero al departamento para vestirse según la ocasión. Oriana había invitado a otras amistades para celebrar aquella noche. Se encontrarían en el lugar con Sandra y Mauricio, otros amigos. Sandra era

proveedora de algunos productos del restaurante de Soraya y se habían conocido hacía varios años, así que su relación no era solo de negocio, se habían hecho amigas. Mauricio era primo de Oriana, así que la conocía de toda la vida y a Soraya desde que su prima se mudó juntos ella. Él siempre se ha sentido atraído por Soraya pero nunca ha sido capaz de decírselo, se ha conformado con ser su amigo.

- Oye, tienes mejor semblante. –le dijo Oriana una vez que iban camino al bar.
- Sí, me siento mejor. Lo de la crítica es una tontería. Tienes razón, los críticos critican; es lo que hacen. Seguramente es sólo un patán.
- Calma pequeña. No te pongas refunfuñona otra vez.
- Jajaja no, no dejaré que nada me arruine esta noche. –manifestó Soraya.
- ¡Enhorabuena! –exclamó Oriana.

Cuando llegaron al bar, ya Mauricio y Sandra se encontraban allí esperándolas. Pidieron una ronda de cervezas y brindaron por la extraordinaria apertura del restaurante. Ellos habían sido testigos del esfuerzo que había hecho ella para lograr ese sueño compartido; por lo que ellos también se alegraban mucho.

- Es el mejor restaurante de la ciudad Soraya. Te lo aseguro. –le dijo Sandra.
- Gracias. Puedo decirte que es todo lo que soñé, y creo que Dorian piensa lo mismo. –apuntó Soraya.
- ¿Dónde está él? –le preguntó Sandra.
- Tuvo que salir del país hace unos días por un asunto familiar muy importante. Casi reprogramamos la apertura pero su deseo fue que continuáramos con la planificación original. –les contó Soraya.

- Pues todo estuvo excelente.
- ¿Cómo te sientes? –le preguntó Mauricio.
- Me siento aliviada, alegre pero también muy comprometida a mantener los estándares que nos hemos planteado. No es sencillo.
- Me imagino. –dijo él.
- Pues ¡Salud por La Estancia y por su extraordinaria chef principal! –alzó la voz Oriana.
- ¡Salud! –dijeron todos a la vez.

Durante aquella noche, los cuatro amigos bebieron, contaron anécdotas, bailaron y rieron. Todos la pasaban muy bien. La música sonaba más fuerte después de varias horas, al punto que ya no podía hablar. Todos estaban muy animados, entonces un hombre muy bien parecido le hizo señas a Soraya para que bailara con él. Ella volteó a ver a Oriana y ella la animó para que fuera, así que aceptó; pensando que sería buena idea relacionarse con personas nuevas.

Al principio, el hombre se había comportado de manera muy amable. Después de varios minutos, los dos bailaban un poco alejados del grupo de ella, de tal manera que no se podían ver, pero ella no se sintió preocupada hasta que él comenzó a tener una actitud extraña; se acercaba insinuante a ella, intentaba tocarla con disimulo, trataba de buscar su boca; Soraya buscó la manera de mantenerse un poco al margen de él. Sin embargo, después de un rato se hizo más difícil, al punto de que forcejearon y él se le encimó violentamente. Ella supo que era inútil gritar y temió seriamente por su integridad, pero de pronto sintió que alguien lo halaba a él con fuerza. Con dificultad, pudo observar a otro hombre que desconocía sosteniendo al primero, luego le dijo algo con valentía y el abusador se fue, sin voltear a verla.

- ¿Señorita, se encuentra usted bien? Me pareció que ese tipo la estaba molestando. -le dijo con preocupación, acercándose a ella.
- Estoy bien. Gracias. De verdad muchas gracias. No sabía cómo librarme de él. Me asusté.
- Qué bueno que pude ayudarte entonces. ¿Andas sola? -le preguntó.
- Estoy con unos amigos.
- Si deseas te acompaño para que te reúnas con ellos. -le ofreció él.
- Sí, por favor.

Soraya caminó en busca de sus amistades, pero se sentía un poco desorientada. Seguramente por el susto, la oscuridad y la música a tanto volumen. Finalmente logró divisarlos y se acercó rápidamente a ellos. En su rostro se notaba que algo desagradable le había pasado y Mauricio lo notó de inmediato.

- ¿Qué pasó Soraya? –le preguntó Mauricio preocupado al verla.
- El tipo que me invitó a bailar resultó ser todo un patán pero este buen hombre me rescató. -les contó ella.
- No es gran cosa. Sólo hice lo que debía hacer. -dijo él un poco sonrojado.
- Desde que vi a ese tipo, no me cayó nada bien. ¿Dónde está ese desgraciado? –preguntó Mauricio.
- Ya se fue. –respondió Soraya.
- ¡Muchas gracias! Por favor deja que te invitamos una cerveza. -le dijo Oriana.
- Eso no lo puedo despreciar. -expresó él sonriendo.

Después de la primera cerveza, vinieron tres más, todas las chicas del grupo parecían encontrarse muy a gusto con él. Les parecía un hombre interesante y educado; a Mauricio no le agradaba tanto, pues observó la

mirada que le dedicaba Soraya, una mirada que nunca le había dedicado a él. Y la verdad era que Mauricio no se equivocaba; Soraya miraba a aquel personaje de una manera especial pues le parecía muy atractivo, lo cual no le sucedía de manera constante.

Su risa era muy particular, tenía una voz ronca y profunda, cabello oscuro con algunas canas, ligeramente despeinado, barba poblada también con algunos vellos blancos, cejas pobladas, ojos color miel, alto, de contextura ligeramente gruesa, tez clara y de una edad cercana a los cuarenta años. Soraya se sintió cautivada y para quienes la conocían bien, era fácil notarlo; sobre todo porque no solía compartir con extraños y se le veía muy cómoda con él.

- ¿Y tú andas solo? –le preguntó Mauricio con suspicacia.
- No, ando con mi hijo y con sus amigos, lo cual no es muy cómodo para mí; me hacen sentir muy viejo. –les contó él.
- ¿Qué edad tiene tu hijo? –le preguntó Sandra.
- Tiene diecinueve años. –respondió él.
- ¡Vaya! Debiste tenerlo muy joven.
- Sí, muy joven, a los dieciocho años.
- ¿Y su madre? –le pregunto Oriana.
- Tenía la misma edad que yo.
- ¿Y no vino contigo? –insistió Oriana.
- Ella murió hace años. –respondió él.
- Oye, lo lamento. –dijo ella apenada.
- ¿Pueden dejar de interrogarlo? Creo que lo están incomodando. –dijo Soraya.
- Jajaja tranquila. No pasa nada. Creo que debo regresar con ellos. Deben estar preocupados por mí. –dijo él.
- ¿Una última? –le preguntó Oriana.

- ¡La última por ahora! –dijo él sonriendo.
- ¡Vale! –Oriana le hizo señas al mesero para que trajera otra ronda.

Oriana le pegaba levemente con el codo a Soraya y la miraba de manera insistente, queriendo decirle que le pidiera el número o algo; y ella entendía pero no sabía cómo hacer aquello, le daba mucha vergüenza. Finalmente ella se armó de valor y le dijo que le gustaría tener su número para llamarlo si en alguna otra oportunidad otro tipo intentaba propasarse con ella; eso le hizo mucha gracia a él, entonces intercambiaron sus números.

- ¿Cómo es tu nombre? –le preguntó ella.
- Cristóbal. –le respondió él.
- Soraya. –le dijo ella para que anotara en su agenda.
- ¿Ustedes ya se van? –le preguntó él.
- Sí, ya nos vamos. –afirmó ella.
- Los acompaño a la salida entonces.
- Vale.

Cristóbal los acompañó, iba de último, detrás de Soraya. Al llegar a la salida todos se despidieron de él, agradeciendo por el rato agradable; Soraya se acercó a él para despedirse e hizo lo más arriesgado que había hecho en su vida, fue algo que no planificó. De manera extraña y espontánea, lo besó en los labios. Fue un beso rápido, ella se separó en cuanto se dio cuenta de la locura que había cometido, quedaron frente a frente, se vieron a los ojos, ella se disponía a pedirle disculpas y Cristóbal la besó de regreso; ahora de manera más profunda y larga. Cuando se separaron, algo inesperado vino a la mente de Soraya.

- Cristóbal, ¿cuál es tu apellido? –le preguntó ella.
- Aparicio. –le respondió él.
- Cristóbal Aparicio, ¿el crítico gastronómico? –preguntó ella.

- Sí, ¿nos conocemos? –le preguntó él muy sorprendido.
- No puede ser. –dijo ella y continuó su camino sin decirle más.

Doscientos setenta grados

Soraya se despertó a media mañana con un gran dolor de cabeza, seguramente debido al alcohol que había tomado la noche anterior. La molestia fue en aumento cuando recordó el episodio con Cristóbal. Ella misma se preguntaba qué chance había que de miles de hombres que hacían vida en la ciudad, ella se hubiese sentido atraída justamente por aquel personaje que le había hecho una crítica a su restaurante que la había puesto de muy mal humor. Pensó que definitivamente el asunto romántico no era para ella y eso, decididamente, una señal.

- ¿Cómo estás linda? –le preguntó Oriana al verla levantarse.
- Mejor no preguntes. –le dijo ella de mal humor.
- Ay no empieces con tu mal humor, por favor. –le pidió Oriana.
- No, más bien no empieces tú con tus regaños. Tengo todo el derecho de estar de mal humor.
- Sor, son cosas que pasan, no te pongas así; no vale la pena. Además, él no habló mal de tu restaurante. Sólo dio un consejo que consideró pertinente. –le dijo ella.
- Ya sabes lo que pienso al respecto. –le dijo ella mirándola de reojo.
- Pero eso fue antes de conocerlo y ver que era un papacito.
- No voy a responder nada a eso.
- ¿Te gusta el hombre o no? –le preguntó Oriana a Soraya.
- Eso fue antes de saber exactamente quién era. –se justificó ella.
- Deberías hacerle caso a tu primera impresión sobre él.
- No lo creo. –le respondió Soraya.
- ¿Y te ha escrito? –le preguntó su amiga.

- No lo sé. No he querido ver mi móvil. Sinceramente espero que no.
- ¿Puedo verlo yo? –le preguntó ella emocionada.
- No. –le respondió con odiosidad.
- Ay que aguafiestas.
- Voy a hacer el desayuno. –le dijo Soraya.

Soraya cocinó el desayuno para ambas, comieron juntas, Oriana se fue al bufete donde trabajaba y Soraya se quedó en el departamento, pues aun no era su hora de salida. Además, debía planificar algunas cosas pues debía ir a visitar unos proveedores antes de ir al restaurante. Por ello, no tenía opción, debía tomar su móvil para leer algunas anotaciones que hizo al respecto.

- Hola Soraya. ¿Qué tal? Te fuiste de manera muy extraña. ¿Nos conocemos de algún lugar? –le escribió el, apenas algunos minutos después de que se despidieron en la madrugada.
- Hola, bueno días. Me parece que eres una mujer muy agradable e interesante. Quisiera seguir en contacto contigo. Espero me escribas pronto. –le envió hacía algunos minutos atrás.

Ciertamente le había parecido un hombre muy atractivo, pero no soportaba la idea de que fuera él quién había escrito sobre el asunto de la presentación de sus platos que le había molestado tanto. Lo mejor era no escribirle y no volverlo a ver, aunque en el fondo esa idea le pesaba. Se sentía muy desafortunada con la situación, pues no había tenido tal atracción por nadie, y justamente tenía que tratarse de una persona que había despreciado previamente.

Soraya borró los mensajes que le había enviado Cristóbal, e incluso eliminó su número telefónico de la agenda de su móvil; ya que no quería arriesgarse a caer en la tentación de escribirle en algún momento. Se fue a hacer las diligencias con los proveedores e intentó olvidar el asunto; por

momentos lo logró. Realizó algunos pedidos y organizó algunas reuniones.

Ya en el restaurante, revisó algunas provisiones, hizo algo de trabajo administrativo, se reunió unos minutos con el chef secundario, Samuel, y se incorporó al trabajo de la cocina justo antes de iniciar la hora más movida del local. Cuando el movimiento aún estaba lento, su mente la traicionó y la hizo revivir mentalmente el beso que compartió con Cristóbal el día anterior. Lo recordó intenso, delicado y sensual; se sintió ligeramente excitada por lo cual se sonrojó.

- ¿Tiene calor, chef? –le preguntó uno de sus ayudantes al verla un poco roja.
- No. No es nada. –respondió ella un poco avergonzada.

Durante la jornada, Soraya trató de mantener un ritmo similar al del día anterior; aunque no fue sencillo, pues se sentía un poco desconcertada. Sin embargo, se notó satisfecha con el trabajo realizado. Era notorio que estaban comenzando a trabajar como un verdadero equipo. Al final de la jornada, todos se sentaron a cenar en el mesón de la cocina, incluida Soraya.

Le gustaba compartir con todos, pensaba que tener una relación cordial y cercana entre los integrantes del equipo se traducían en un ambiente de trabajo agradable, y esto a su vez en buenos platos. Luego de la cena, entre todos realizaron el aseo de las cocinas y organizaron los utensilios. Finalmente terminaron y se despidieron. Aquella noche, a Soraya le tocaba regresar sola a casa pues al parecer Oriana tenía una cita.

Así que en vez de tomar un taxi, quiso caminar algunas calles para tomar el colectivo. En el trayecto tomó su móvil para revisar las notificaciones que tenía; algunas menciones en redes sociales, mensajes de grupos y un mensaje de un número desconocido, el cual se imaginó que era de Cristóbal. Pensó que lo mejor que podría hacer era borrarlo sin siquiera leerlo, pero algo que

no entendía la impulsó a leerlo.

- Hola Soraya. He estado pensando en lo que sucedió anoche. Si de alguna manera sientes que te falté el respeto de verdad lo lamento, no fue mi intención. Tú me besaste y quizás lo malinterpreté, quizás fui muy rápido. Dame la oportunidad de resarcir mi error. –le había escrito él hacía algunas horas atrás.

Ahora ella caminaba, pensando en qué era lo que tenía que hacer. Si decirle quién era y pedirle que no le volviera a escribir o simplemente ignorarlo, pues en algún punto él debía cansarse. Algunos pasos más adelante se le ocurrió una tercera opción, escribirle y ver a donde llevaba todo aquello, demostrarle que sus platos eran perfectos. Enseguida supo que sus hormonas estaban interviniendo en esa idea, pues era la que implicaba estar cerca de él y lo justificaba a través de una idea descabellada e inmadura.

Soraya tuvo que correr un poco para tomar el colectivo. Se sentó en un asiento sola, sacó su libreta y una lapicero; quería transcribir la idea de una receta que se le había ocurrido durante el servicio. Hizo algunas anotaciones mientras iba en camino y decidió que pronto haría la preparación, pues era la única manera de ver si el sabor funcionaba. Ya a mitad del trayecto había terminado sus anotaciones y ahora observaba el mensaje de Cristóbal sintiendo la tentación de responderle.

- Hola Cristóbal. Disculpa, tuve un día duro en el trabajo; hasta ahora me pude desocupar. No siento que me hayas faltado el respeto, habíamos bebido un poco y nos dejamos llevar. –escribió, sin embargo no sentía la valentía para darle enviar al mensaje.

Leyó el mensaje incontables veces, pensando en razones para enviarlo y para no enviarlo, revisando la redacción y la ortografía, imaginando la reacción de él al leerlo, tratando de deducir las consecuencias del mensaje.

Finalmente, se dio cuenta que siempre había actuado con cautela; era su oportunidad para hacer las cosas distintas y para demostrarse a sí misma que podía tomar algunos riesgos, no sólo en la cocina, sino también en su vida. Así que por razones de dudosa lógica, le dio enviar al mensaje escrito.

Inmediatamente después de hacerlo se sintió un poco arrepentida, nerviosa y ansiosa; todo a la vez. Miraba insistentemente el móvil para ver si le había contestado. Se bajó en la parada que le correspondía y caminó rumbo a su departamento, la noche era fría pero se sentía un ambiente de tranquilidad agradable en el exterior, mientras que en el interior de ella había una tormenta de sensaciones. Ella no se explicaba todo aquello por una persona que sólo había visto una vez en la vida. Era ilógico y tonto.

- Sí, nos dejamos llevar; pero hablo por mí al decir que no hice nada que no deseara ni mucho menos algo de lo que me pueda sentir arrepentido. Al contrario, me encantó ese beso y me encantaría poder repetirlo alguna vez. Aunque sé que lo correcto es ir con pausa. –fue la respuesta que recibió justamente en el mismo instante que llegó a su departamento.

A Soraya el mensaje de Cristóbal le parecía muy provocador y sensual, y en otras circunstancias le habría dicho que ella también deseaba repetir aquel beso, porque era la verdad; pero intentó controlarse y pensar en una respuesta más apropiada dado el actual contexto. Sin embargo, no podía pensar con claridad; decidió darse su baño nocturno para pensar con mayor claridad en el asunto.

- Eres muy sincero. –fue lo único que ella atinó a escribir, sin sentir que se comprometía demasiado.

- Es cierto, pero intentaré ser un poco más delicado para que no te asustes. Cuéntame, ¿cómo es que me conoces? –recibió rápidamente.

- Es que leo tu columna. –le respondió ella.
- Qué casualidad. Entonces debes trabajar con algo referente a la cocina, sino no lo harías, ¿o me equivoco?
- Trabajo de sous chef. –le mintió ella.
- ¿En algún lugar que conozco? –le preguntó él.
- No creo. Es un lugar de poco renombre. –le volvió a mentir Soraya.
- Está bien, me gustaría probar tu comida.
- Me daría vergüenza, no creo que tenga el nivel. –siguió mintiéndole.
- No digas eso, todos estamos aquí para aprender. –le dijo él.
- ¿Tú también? –le preguntó ella.
- Especialmente yo. –respondió él.
- ¿Y por qué tú de manera especial? –le causó suspicacia la respuesta de él.
- Porque si dejo de aprender, mis críticas dejarían de ser fiables porque ya no entendería de lo actual, de las evoluciones.
- Está bien. ¿Y es a lo único que te dedicas? –quiso saber ella.
- No. He sido chef por mucho tiempo. Tengo un restaurante pero ahora le he cedido la batuta a mi hijo. De todas maneras lo ayudo a administrar el lugar y muchas veces me meto en las cocinas; que es donde siento que pertenezco en realidad.
- Me gustaría alguna vez probar tu comida. –le dijo ella con sinceridad.
- Para mí sería un placer cocinar para ti. Así que cuando gustes.
- ¿Cuánto tiempo tienes dedicado a la cocina? –le preguntó ella.
- Como catorce años. ¿Y tú?
- Unos cinco. –ella de nuevo le mintió.

Ella se había equivocado en su opinión acerca de él como crítico

gastronómico. En realidad si tenía experiencia y en realidad tenía autoridad; por lo tanto, criterio. Sin embargo, seguía sin darle crédito a lo que apuntó en relación a sus emplatados. De alguna manera, debía demostrarle y demostrarse a sí misma que estaba equivocado. Pero lo peor de todo, hasta ahora es que Cristóbal le caía mejor cada vez.

- Debes estar cansada. Mejor me despido. Espero que nos encontremos pronto. Descansa.
- Feliz noche. Descansa también. –se despidió ella.

Para completar era considerado. Era difícil de odiar sin duda algunas. Soraya se sentía un poco emocionada por el contacto con él, por lo que aquello la abrumaba en gran medida; pero a la vez le gustaba, podía sentir la adrenalina corriendo por sus venas y una especie de alegría particular. Prefirió no darle muchas más vueltas en su cabeza y se fue a acostar, necesitaba descansar.

Al siguiente día, Soraya se levantó muy temprano pues en el mercado del centro ese día llegaban los pescados y ella tenía la costumbre de ir a escoger los mejores y más frescos. Ya los vendedores la conocían y le hacían recomendaciones, muchas veces cuando veían un ejemplar especialmente apetitoso se lo apartaban; eran personas que había apreciado muchísimo a su madre y por ende a ella también. Era ella quien le había enseñado que debía establecer una relación muy cordial con los proveedores pues el producto era fundamental en la elaboración de platos de calidad.

- ¿Qué me tienes hoy Gigi? -le preguntó sonriente a una de sus vendedoras predilectas.
- Pasa, pasa. Ven a ver. Nos llegaron unos pescados que no vas a querer desaprovechar. -le dijo ella.

Soraya pasó por todos los locales de su preferencia y se sintió satisfecha

con la carga que llevaba al restaurante. Llamó a uno de sus ayudantes para que se encargara de organizar los pescados que había enviado y ella se dirigió a escoger algunas hierbas y legumbres. Paseaba por los anaqueles, tocando las hierbas, oliéndolas y observándolas con detalles. De las hierbas, el olor que más le gustaba era el del perejil; le recordaba a su niñez pues en días especiales sus madres cocinaba puré de papas y le agregaba un aderezo que a ella le fascinaba con mantequilla, ajo, sal, pimienta y abundante perejil. Era algo sencillo pero a su vez exquisito. Siempre que olía el perejil lo recordaba. Aquel día decidió que haría ese puré como acompañamiento del plato recomendado de esa noche, en honor a su mejor maestra, su madre. Escogió un lote importante de provisiones y se dispuso a ir al restaurante.

- Hola Soraya. Espero que tengas un excelente día. –leyó Soraya, de parte de Cristóbal, al recibir la notificación de un mensaje.

Por un motivo que desconocía, sintió un pequeño sobresalto en el estómago al leer el mensaje; la sensación fue novedosa pero al mismo tiempo agradable. Sonrió levemente y decidió que esperaría un rato para contestar, por dos motivos; el primero era que consideraba que debía hacerlo para que él no pensara que ella estaba desesperada por contestarle; y el segundo, para convencerse a sí misma de que no estaba desesperada por escribirle. Era una especie de tortura mutua.

- Hola. Muy agradecida por tus buenos deseos, son recíprocos. –le respondió, después de organizar las provisiones del restaurante.

El ambiente en el restaurante seguía siendo de armonía. Los clientes abundaban en las horas esperadas y eso motivaba al personal de manera significativa; durante el almuerzo, del cual se encargaba Samuel, chef de total confianza de Soraya, y durante la cena, de la que se estaba encargando ella. Anunció que esta noche su recomendación sería aún al grill acompañado de

puré de papas y ensalada cruda de vegetales. Al personal le pareció un menú sencillo, sin embargo confiaban plenamente en el criterio de Soraya así que recibieron la información de muy buena gana.

- Me gustaría invitarte a un evento. ¿Qué opinas? –le preguntó él.
- ¿De qué se trata? –le preguntó ella con cierto nervio.
- Es una cata de vino de la Casa Indiago. –le respondió él.
- ¿Recibiste invitación? –le preguntó ella impresionada.
- Sí, desde hace cinco años he sido invitado; siempre he ido solo pero en esta oportunidad me encantaría ir acompañado por ti.

Soraya estaba impresionada ya que era muy difícil entrar a esa cata. La casa le enviaba invitaciones a muy pocas personas, sólo a aquellos quienes consideraban personalidades en el mundo de la gastronomía; especialistas en cocina, en postres o en vinos, todos de lo más alto de la pirámide de la gastronomía del país. Así que obviamente ella quería asistir, pero dadas las circunstancias no estaba segura; sobre todo teniendo en cuenta que le había mentido a él acerca de algunas cosas. No estaba segura, pero decidió que aceptaría la invitación, pues era un evento al que siempre había querido asistir.

- Me gustaría mucho. –le respondió un poco temerosa.
- Excelente. Es en quince días pero espero que podamos vernos antes. –le escribió él inmediatamente.
- ¿Qué propones? –le preguntó ella.
- Podemos ir a comer en un restaurante de tu gusto.

Cuando él le mencionó aquello, ella pensó que era el momento ideal para invitarlo a su restaurante y tener la oportunidad de defender sus platos, de manera explícita si era necesario. Si tuviera que hacer, le sería sincera en cuanto a por qué reconoció su nombre y que el restaurante que había criticado

recientemente era justamente el de ella. A ella no le gusta mentir, sentía que todo se enredaba, y aunque eran cosas de poca importancia en el caso de él, ella preferiría la sinceridad.

- ¿Qué día podría ser? –le preguntó ella.
- ¿Qué tal mañana? Es que hoy estoy algo ocupado en el restaurante. Me comprometí con mi hijo a dirigir el servicio hoy y en algunos minutos comenzaré.
- Entonces, mañana. Cuando te desocupes nos ponemos de acuerdo.
- Vale. Me anima mucho la idea de volverte a ver. –le confesó él y Soraya prefirió no contestarle nada.

El servicio de aquella noche había salido muy bien. Los clientes que escogieron el menú recomendado por la chef habían manifestado mucho agrado por el plato; apuntaron que tenía un sabor muy hogareño y cálido, reconocieron que remembraron momentos especiales de su vida, lo cual había hecho sentir a Soraya muy satisfecha con su elección y su trabajo de aquella oportunidad.

Para ella era algo muy especial que sus preparaciones no solamente alimentaran a sus comensales, sino que los hiciera sentir algo agradable; pues la vida de las personas en realidad giraba en torno a la comida, según la manera como ella veía las cosas. Lo cual había podido lograr aquella noche. Y era aún más especial, puesto que para ella había sido una especie de tributo para su madre. Al finalizar la jornada, Oriana pasaría por ella.

- Hola, ¿qué tal te fue? –le preguntó Oriana una vez que Soraya se montó en el coche.
- A mí, muy bien; pero te pregunto lo mismo a ti porque anoche no te sentí llegar y esta mañana no te vi. Cuéntame.
- Ah bueno pues me fue muy bien. Si no me sentiste en la noche fue

por algo. –le dijo con picardía.

- Oye pero que liberal. ¿Quién es?

- Es un compañero de trabajo nuevo, amable, muy atractivo y bastante talentoso en lo que hace. –le contó Oriana.

- Entonces te gusta.

- Sí, me encanta. –le dijo ella con una gran sonrisa.

- Yo también tengo que contarte algo. –le comentó Soraya un poco avergonzada.

- ¿Ah sí? –exclamó Oriana sorprendida.

- Sí.

- A ver, dime,

- Cristóbal me escribió. –le confesó ella.

- Ah, ya no es el patán ese sino Cristóbal.

- Pues se llama Cristóbal, pero no deja de ser un patán

- Jajaja ok. ¿Y entonces? –le preguntó Oriana.

- Bueno estuvimos conversando un poco. Me invitó a comer mañana y a una cata de vino muy importante en unos días. –le contó ella un poco avergonzada.

- ¿Y qué le dijiste? –quiso saber Oriana.

- Le dije que sí.

- ¿De verdad? –le preguntó Oriana con impresión.

- Sí... ¿Hice mal? –le preguntó Soraya insegura.

- Pues no. Claro que no. Si quieres ir yo te apoyo. ¿Él ya sabe quién eres tú?

- No, más bien le mentí. –le confesó ella.

- Eso sí está muy mal.

- Lo sé, pero de todas maneras no pienso que eso vaya a durar mucho. Me dijo que fuéramos a comer a un lugar de mi preferencia y

yo tengo pensado traerlo y enfrentarlo con su crítica. –le contó ella.

- No lo puedes dejar, ¿verdad? –le preguntó Oriana con cierto tono de odiosidad.

- Sabes que no.

Una vez que llegó Soraya a su departamento, no pudo evitar tener los sentidos alerta ante las notificaciones del móvil; pues había quedado con Cristóbal de escribirse luego del trabajo. Ella esperaba que él le escribiera primero, aunque sentía el impulso de hacerlo ella en aquel momento. Finalmente, el móvil sonó.

- Listo. Servicio terminado. ¿Mañana nos vemos para cenar junto?, ¿a qué hora y dónde? –le escribió él.

- ¿Te parece si nos vemos en La Estancia a las siete y media? Es un restaurante nuevo en el centro de la ciudad; creo que podría gustarte. – le respondió ella con cierta malicia y con muchos nervios.

- Lo conozco, me parece bien. Descansa linda. –se despidió él.

- Que descanses.

Ahora Soraya pensaba qué podía servirle a Cristóbal durante esa cena, pues era su oportunidad para demostrarle que sus platos tenían el más alto nivel de cocina que se podría requerir, en todo y en cada uno de los aspectos importantes. Y definitivamente, era el momento perfecto para serle sincera en la razón por la cual lo reconocía, así él pensara que aquello era inmaduro y prefiriera no volverla a ver.

Aquella fue una noche especialmente fría, Soraya se despertó con los pies congelados y eso le impidió seguir durmiendo a gusto. Entonces su mente comenzó a divagar en torno a variedad de asuntos y no pudo evitar caer en el pensamiento de su cena de aquella noche. Comenzó a planificar cuál sería el plato que le ofrecería a Cristóbal y la forma cómo pretendía emplatarlo; pero

luego, pensó en algo distinto, que volvería a ver a aquel hombre que había besado de manera impulsiva y que después la había cautivado con su respuesta. En ese momento, deseó que Cristóbal no fuera ese Cristóbal sino cualquier otro.

Por las reacciones de su cuerpo, ella estaba completamente segura de que ese hombre le atraía de una manera intensa. Su físico le parecía muy sensual y su caballerosidad la impresionaba, no entendía cómo es que ese hombre que había conocido y que la había defendido, se trataba del mismo patán que había cuestionado su capacidad de manera pública. Después de mucho pensar, logró conciliar el sueño, aunque se sintió muy inquieta por lo tanto su descanso no fue óptimo.

Trescientos diez grados

A pesar de que pudo dormir un poco más, fue demasiado pronto la hora para tener que levantarse. Soraya se dirigió inmediatamente a la cocina para preparar un chocolate caliente para llevar su cuerpo a una temperatura menos templada y más agradable, pues sospechaba que iba a pescar un buen resfriado y quería salvarse de él.

- ¡Chocolate!, ¡Qué rico! –dijo Oriana al entrar a la cocina.
- Siéntate, ya te llevo el desayuno a la mesa.
- Estás como mandona, pero me agrada ese mandato. –le dijo con una sonrisa.
- Así soy siempre.

Después del desayuno, que estuvo delicioso según Oriana quien diariamente le agradecía al destino por haberla dotado de un metabolismo privilegiado que no le permitía engordar de manera desmedida, ambas salieron del departamento. Oriana dejó a su amiga en el restaurante, deseándole buena suerte con la cita que tenía aquella noche; y se fue a su

trabajo.

Aquella mañana Soraya se dedicó a labores administrativas del restaurante, Dorian aún no estaba en la ciudad y ella debía encargarse de muchas cosas; no veía el día en el que él regresara y la ayudara con este tipo de asuntos, que eran lo que menos le gustaba de manejar un restaurante. A pesar de ello, disfrutaba todo lo demás; tener la posibilidad de escoger desde la sal para las cocciones, hasta el menú completo, incluyendo al personal o la organización de las mesas, Era su sueño hecho realidad.

- ¿Qué tal Samuel? –le preguntó Soraya entrando a su servicio.
- Chef tenemos una de las hornillas de la segunda estación dañada.
- Está bien. Llamaré al técnico. –le dijo ella.
- Gracias.
- ¿Necesitas ayuda en algo? –le preguntó Soraya.
- ¿Puedes ayudar a Lorenzo en hacer esa reducción que ya ha tenido que repetir dos veces? –le dijo con cierto mal humor.
- Cuenta con eso.

Ella consideraba que tenía cierta facultad para enseñarle a sus cocineros, la manera exacta como quería que se hicieran las cosas. Le indicó a Lorenzo el proceso para hacer la reducción y se sirvió la preparada por ella por la premura; sin embargo, le pidió que realizara una para comprobar que haya comprendido y al primer intento la pudo realizar de manera exitosa; por lo que Soraya se sintió muy satisfecha, pues sus ayudantes estaban allí no sólo como empleados sino también como aprendices, lo que le parecía lo ideal.

Soraya estaba intentando llenarse de variedad de actividades para no pensar demasiado en lo que la tenía nerviosa, en su cita con Cristóbal.

Incluso, no había querido ver su móvil pues presentía que debía tener algún mensaje de él. Trató de superar un poco su pequeño temor y tomó el móvil, se sorprendió al verificar que no tenía mensaje de él, pero se impresionó aun más al ver que en ese mismo instante tenía una llamada entrante de él.

- Aló. –respondió ella intentando sonar segura.
- Hola, Soraya. ¿Cómo estás? –escuchó la voz de él, profunda y alegre.
- Muy bien, ¿y tú?
- Excelente. Te llamaba porque no había tenido oportunidad de escribirte y quería confirmar nuestro compromiso de hoy. ¿Paso por ti en algún lugar o nos vemos allá? –le preguntó él.
- Mejor nos vemos allá. Me queda cerca del trabajo.
- Está bien. Nos vemos hoy a las siete y treinta en punto. –le confirmó él.
- Así será.
- Nos vemos.
- Chao. –ella colgó la llamada.

Desde aquella noche cuando se besaron, no lo había vuelto a escuchar; así que recordó lo mucho que le había gustado su voz. Le pareció incómodamente agradable escuchar la alegría de su voz, no quiso pensar que se debía a su próximo encuentro, pero en el fondo eso era exactamente lo que quería creer. Pero inmediatamente después la invadió una sombra, al darse cuenta que muy probablemente esa sería su primera última cita.

Antes de la hora, ella de manera personal dejó las instrucciones bien explícitas acerca de la cocción y la presentación que debía tener el plato de la persona que la acompañaría a cenar aquella noche. Samuel iba a

encargarse del servicio por petición de ella. Así mismo, de manera disimulada conversó con la mesonera que la iba a atender para que no diera a conocer la familiaridad que existía entre ellas.

Cuando se acercaba la hora, ella se arregló conforme a la ocasión y se sentó en la mesa que había reservado para la ocasión para esperar a Cristóbal; le envió un mensaje en el que le anunciaba que ya había llegado y él rápidamente le contestó que se encontraba a escasos minutos del lugar, también le dijo que si era de su gusto pidiera algo de beber mientras esperaba. Ella consideró que era una muy buena idea por lo que pidió vino blanco.

Constantemente la puerta del lugar se abría por la llegada de alguien, y Soraya dirigía su atención a la entrada, pero aun no lo veía entrar. Hasta que en un momento inesperado lo vio, buscándola con la mirada, sonriente, despeinado como lo recordaba y más atractivo aun de lo que lo había considerado aquella noche. Luego de su búsqueda, la vio; así que le hizo una seña de saludo a lo lejos y caminó en su dirección; sus nervios se acentuaron de manera significativa y ella intentaba controlarse por todos los medios.

- Hola. Qué gusto volverte a ver. –le dijo con una amplia sonrisa que casi le abarcaba el rostro entero y que la hacía sentir menos nerviosa.
- Hola. Para mí también es un gusto. –le dijo ella intentando lucir serena.
- Estás muy hermosa. –le dijo galantemente.
- Gracias, pero no me arreglé de manera especial.
- No es necesario. –le sonrió él.
- De nuevo, gracias. –le dijo un poco sonrojada.
- ¿Te sonrojaste? –le preguntó él.

- Un poco.
- ¿Por qué?
- Porque no estoy acostumbrada a que me digan cosas por el estilo. – le respondió ella.
- No lo puedo creer, pero yo me ofrezco de manera desinteresada a decírtelo cuantas veces sea necesario para que te convenzas de ello.
- ¿Habías venido antes a este lugar? –le preguntó ella intentando tocar el tema que ella deseaba.
- Sí, vive el día de la inauguración que fue hace unos días atrás. –le contó él.
- ¿Y qué opinas? –le preguntó ella con mucho interés.
- Me parece que está muy bien. En esta ciudad hay lugares excelentes para comer pero este sin duda que resalta.
- ¿Por qué lo crees?
- Tienen una sazón especial, como de hogar, pero al mismo tiempo novedoso; te hace sentir cosas, recordar.
- ¿Recordaste algo cuando comiste aquí?
- Sí, recordé a mi esposa. Cuando había una ocasión especial para celebrar ella preparaba un cochinitillo asado exquisito que yo disfrutaba mucho. Lo hacía completo para nosotros dos y para nuestro hijo que estaba pequeño; así que durábamos días sin comer nada más, hasta que se acababa. –le contó con cierto tono de nostalgia mal disimulada.
- Imagino que la extrañas mucho.
- Sí, aun la extraño. Sobre todo extraño aquello que no pudimos vivir juntos.
- Lo entiendo, yo siento algo muy similar con respecto a mi madre. – le confesó ella.
- También murió, supongo.

- Sí. –le dije ella con tristeza en la mirada.
- No es fácil lidiar con la muerte.
- Definitivamente no lo es. Pero no quiero hablar de cosas tristes. Sígueme contando, supongo que hiciste una crítica, ¿qué tal estuvo? – le preguntó ella.
- Le fue muy bien. Si soy sincero sé que soy duro en las críticas pero pienso que es una manera de impulsar que los lugares sean aun mejores; aunque no tuve mucho que acotar en el caso de este lugar.

Soraya entendía la lógica de lo que le contaba Cristóbal y de alguna manera empezó a pensar que su molestia fue un poco exagerada; sin embargo, mantenía su posición porque pensaba que sus emplatados aquella noche no tenían nada que recriminar y estaba decidida a decírselo en aquel momento.

- ¿Ordenamos? –le preguntó Soraya.
- Sí.

Ella encontró la manera de inducirlo a elegir algo que ella consideraba que iba a tener el mejor de los niveles. Él no opuso resistencia, en realidad se dejó convencer pues estaba encantado de poder compartir un rato con ella. Le parecía una mujer muy atractiva, inteligente y sumamente misteriosa, y eso lo atraía muchísimo aunque las personas pudieran pensar que era joven para él.

- ¿Qué te parece? –le preguntó ella después de algunos bocados.
- Tiene una composición de verdad excelente, una cocción inmejorable y un perfecto equilibrio de sabores. ¿Tú qué opinas? –le dijo él.
- Me encanta. Estoy de acuerdo con todo lo que dices. Se nota que son preparaciones muy bien planificadas. Además, se nota que trabajan el producto con respeto.

- Es cierto.
- ¿Qué opinas del emplatado? –le preguntó ella.
- Pienso que está bastante bien.
- Cristóbal, no he sido sincera contigo y creo que ahora es el momento para aclarar algunas cosas. –le dijo ella.
- Eso suena serio. ¿A qué te refieres? –le preguntó él extrañado por lo que escuchaba.
- Cuando te conocí y me dijiste quién eras preferí no ser sincera con respecto a por qué te reconocí. La verdad es que tenía muy presente tu nombre porque le hiciste una crítica a mi restaurante que no me cayó para nada bien.
- ¿Qué restaurante fue? –le preguntó él.
- Este.
- ¿Este? Si mi crítica de este restaurante fue excelente.
- Criticaste el emplatado. –le recordó ella.
- Pero eso no fue una crítica, fue un consejo.
- A mí me parece un eufemismo.
- Jajaja no lo es. Es la verdad, me pareció un sitio excelente. Pero al fin y al cabo es una crítica y siento que las personas esperan que dé alguna evaluación que pueda tomarse en cuenta para ser aun mejor. –le explicó él.
- Creo que lo vemos de manera diferente.
- ¿Cómo lo ves tú? –le preguntó él.
- Como buscar un defecto a como dé lugar.
- Creo que esa es la fama que tenemos los críticos, pero no es nada cercano a la realidad; por lo menos no en mi caso.
- Bien, entonces lo hemos aclarado.
- ¿Sigues molesta conmigo? –le preguntó él.

- Creo que un poco.
- Jajaja te aseguro que no hubo mala intención. ¿Piensas que no tienes nada más que aprender de gastronomía? –le preguntó él.
- No, sé que aun tengo mucho que aprender pero lo que hago aquí es porque lo domino. –explicó Soraya.
- Está bien, lamento si eso de alguna manera te incomodó. Te repito que no era mi intención.
- Está bien. ¿A ti te incomoda que no haya sido sincera contigo? –le preguntó ella.
- Me causa inquietud pues no pensé que lo que escribí pudiera ser interpretado como algo tan malo como para que estuvieras molesta conmigo sin conocerme; pero ya pasó, espero que esté aclarado. Me parece que deberíamos comenzar de nuevo. Sin prejuicios. ¿No crees? –le preguntó él.
- ¿Eso crees tú?
- Sí, me gustaría conocerte mejor.
- ¿A pesar de eso? –le preguntó ella.
- Como te dije, ya pasó.
- Vale. ¿Cómo comenzamos de nuevo? –le preguntó ella.
- Hola, mucho gusto. Mi nombre es Cristóbal Aparicio, soy chef y crítico gastronómico, aunque para serte sincero no me gusta la terminología de crítico, las personas se sienten amenazadas y no es la intención. –le dijo él, extendiéndole la mano.
- Hola, mi nombre es Soraya y también soy chef. Hace poco abrí un restaurante en sociedad y estoy trabajando muy duro para que sea el mejor restaurante que alguien pueda visitar en esta ciudad. –le contó ella.

A partir de aquel momento, los dos comenzaron a conocerse mejor.

Conversaron acerca de sus estudios en el área, sus experiencias, sus preferencias en cuando a platos y preparaciones; también conversaron de otros asuntos, él le contó de su hijo y ella de sus deseos de obtener una estrella michelín. Pasaron un excelente rato compartiendo juntos, ella le explicó el plato que él se había comido y el de ella también, se bebieron no una sino dos botellas de vino. Ella se dio cuenta que parte de su personal comenzaba a verla insistentemente; supuso que estaban sorprendidos de verla socializando pues aquello no era su especialidad, sintió un poco de vergüenza.

- Después de cenar pensé que podría llevarte a tu casa, ¿crees que sea posible o tienes algo que hacer aquí? –le preguntó él.
- Ya hice lo que debía hacer. Pienso que puedo retirarme. Iré por unas cosas y podemos irnos. –le comentó ella.
- Pediré la cuenta.
- No será necesario. Va por mi cuenta.
- No, qué pena.
- Por favor. –le dijo ella.
- Está bien, te esperaré.
- Un momento.

Soraya fue a su oficina por alguna de sus cosas y mientras caminaba pensaba que todo había salido impresionantemente bien, por lo cual se sentía mucho más tranquila, estaba aliviada por quitarse ese peso de encima. Ahora podía concentrarse en otros asuntos, incluyendo enfrentar la atracción que sentía por él. Durante aquella cena, había podido observar mejor el color de sus ojos, y estaba completamente encanta con ellos; eran de un color miel hermoso que no quería dejar de ver.

- Listo. –le dijo Soraya a Cristóbal.

- Excelente. –dijo él levantándose de la silla.

Cristóbal, con su sonrisa acostumbrada, le abrió la puerta del coche a Soraya y luego se puso en marcha. En el camino, conversaron de algunos productos de su preferencia y de preparaciones que quisieran alguna vez intentar. Él le repitió su invitación a la cata y la felicitó por la excelencia del restaurante que había abierto.

- Ahora creo que debes ir a probar mi comida en mi restaurante. Cuanto antes mejor. –le dijo él.
- Me gustaría mucho. –le comentó ella.
- Entonces no dejes que pase mucho tiempo. Las puertas están abiertas, puedes ir cuando gustes.
- Lo tendré en cuenta. –dijo ella.
- Vives un poco lejos de tu trabajo, ¿no preferirías ir en tu coche? –le preguntó él.
- No, no me gusta manejar. –le dijo ella.
- ¿Por qué?
- Porque no se me da, intenté aprender y no me fue bien.
- ¿Quién intentó enseñarte? –quiso saber Cristóbal.
- Mi exesposo. –le respondió.
- ¿Estuviste casada?
- Sí, algunos años.
- Pues no creo que te haya enseñado bien, es notorio que no tiene buen criterio. –dijo él.
- ¿Por qué lo dices?
- No puede ser que haya sido tu esposo y te haya perdido.
- Creo que tuve mucho que ver en eso. –le confesó ella.
- Tuvo que haberlo intentado más.
- El matrimonio es complejo.

- Las relaciones son complejas, porque los humanos somos complejos; pero si es con la persona indicada es mucho más llevadero, e incluso placentero.
- Se nota que nuestras experiencias han sido muy distintas. –apuntó ella.
- Todas lo son; pero te diré algo, me ofrezco a enseñarte.
- ¿En serio? –le preguntó ella sorprendida.
- Sí, me gusta enseñar. Pienso que todos los chefs tenemos un poco de vocación andragógica o por lo menos es mi caso.
- Sé a qué te refieres, me pasa exactamente lo mismo. Me gusta mucho enseñar.
- Entonces, ¿aceptas mi propuesta? –le preguntó él, llegando ya frente al departamento de Soraya.
- Sí, acepto. Creo que es hora de vencer algunos miedos.
- Me gusta esa actitud. Los miedos hay que enfrentarlos para poder vencerlos. Te prometo que seré paciente.
- Gracias. Yo te aseguro que haré mi mejor esfuerzo.
- Perfecto entonces.
- Gracias por traerme. –le dijo ella.
- Ha sido todo un placer para mí. Más bien siento que debo agradecerte por darme la oportunidad de mostrarte quien soy y no quedarte con el peor de los conceptos de mi por el asunto de la crítica. Y por supuesto que fue también un placer compartir esta cena contigo; porque fue una comida excelente, con una compañía excelente, no se podría pedir más. –le dijo él galante.
- Eres bueno con las palabras.
- Eso me dice mi editor.
- Tiene razón. Que tengas una feliz noche.

- Gracias. Igualmente.

Ella se acercó para despedirse con un beso en la mejilla, entonces él de manera pícara se separó un poco y colocó sus labios frente a los de ella; sin avanzar para besarla, se quedó viendo sus labios y sus ojos. Soraya se quedó paralizada, y más que eso cautivada por la sensualidad que aquella situación le transmitía; pero no se movía. Entonces él avanzó lentamente hasta tocar su boca con la de él, la besó con suavidad y luego rozó los labios de ella con sus dientes de manera muy delicada.

Tan sólo con eso, Soraya sintió que sus sentidos se agudizaban y que la excitación la invadía por completo. Quiso acelerar el beso pero él la pausó, besándola con sutileza, acariciando su boca con la lengua. Luego, se separó un poco de ella y prosiguió a besar su cuello de la misma manera delicada y sutil. Ella no había experimentado antes tal excitación. Sentía la necesidad imperiosa de que él la tocara, pero un pequeño atisbo de cordura le decía que no era adecuado.

Él no le había puesto aun una mano encima y ella sentía que se derretía en su boca; cuando él posó su mano en la pierna de ella, Soraya pensó que perdería el control de sus actos. Él la apretaba mientras besaba su cuello y ella se contenía para no pedirle que la poseyera en ese mismo lugar, apretaba el brazo de él como para poder soportar el ansia que le producían sus caricias. En este punto ella sentía que no podía detenerse, ni tampoco quería detenerse.

De manera sorpresiva, escuchó unos pequeños golpes en la ventana del piloto, como un toque de puerta. Se separaron de manera sorpresiva y se dieron cuenta que era un policía. Soraya inmediatamente sintió que la vergüenza la invadía por completo, pensó que seguramente los llevarían a la estación de policías.

- Tranquila. –le dijo él, saliendo del coche.

Vio que Cristóbal conversaba con dos oficiales de manera pacífica, ella no podía escuchar qué decían pues permanecía dentro del coche, pero podía ver los gestos que ellos hacían. Luego vio que él les mostraba su identificación. Después de un tiempo que a Soraya le pareció interminable Cristóbal y los oficiales estrecharon las manos y ellos se retiraron a la patrulla estacionada frente a ellos.

- ¿Estás bien? –le preguntó él abriendo la puerta en la que ella se encontraba y tendiéndole la mano para que saliera.
- Sí, pero ¿qué sucedió? -le preguntó ella saliendo del coche.
- Lo dejarán sólo en una advertencia.
- Qué vergüenza.
- Estás sonrojada. Lo lamento, fue mi culpa. –le dijo él apenado.
- Es una culpa compartida. Creo que lo mejor es que suba. –le dijo ella.
- Está bien. Nuestro planes siguen en pie, ¿ok?
- Sí. –afirmó ella aún avergonzada por el episodio.
- Descansa. –le dijo, le dio un beso en la mejilla y se quedó frente al edificio hasta que ella entró.

Soraya tenía una mezcla de sensaciones encontradas. Se sentía avergonzada por lo sucedido, pero todavía se sentía excitada por las caricias delicadas y precisas de Cristóbal; entonces, se tenía arrepentimiento de no haberle pedido que subiera a pesar del episodio con el policía, pues realmente necesitaba saber qué seguía después de aquellas caricias. No sabía por qué no le había propuesto que se quedara.

Ella no solía ser una persona hormonal o especialmente libidinosa, pero aquel hombre provocaba sensaciones en ella que se escapaban totalmente de la normalidad a la que ella estaba acostumbrada. Pensó que quizás con una

ducha fría su cuerpo volvería a una temperatura usual y su mente a la cordura; sin embargo, nada más alejado de la realidad. Cuando sintió el agua rozar su piel, la imaginación la traicionó y le produjo la ilusión de que era él quien la recorría con sus manos y su boca.

Sin pensarlo demasiado, Soraya paseó su mano de la cadera hasta su sexo y se regaló el placer que su cuerpo le estaba pidiendo a gritos. Ella, desnuda y completamente mojada, se contorsionaba de placer, imaginando que era él quien la tocaba y la besaba en lo más profundo de su ser. En ese instante, su sensatez ya se había perdido por completo y después de pocos minutos, entre la avidez de sus manos y la sensualidad de sus pensamientos, un orgasmo delicioso la asaltó.

Se tardó alguno minutos en volver en sí y en darse cuenta de lo que había hecho. Era algo que no había experimentado desde la adolescencia, de nuevo se sintió un poco avergonzada consigo misma, pero resolvió que era algo privado y preferible a haber saltado sobre él con la necesidad y desesperación que se había apoderado de ella como una posesión que no le permitía ser ella misma.

- Ya estoy en mi casa. Fue una velada sin duda especial. Lo de los policías no fue la mejor manera de terminar una primera cita pero espero que eso no impida que haya una segunda muy pronto. –leyó Soraya justamente después de salir del baño.
- Estoy de acuerdo en que fue una velada especial. Quizás lo de los policías fue una señal de que no debemos ir tan apresuradamente. –le dijo ella.
- Es probable. Y cuando estoy lejos de ti pienso que lo mejor es ir a paso lento y seguro, porque de verdad me gustas mucho; pero cuando estoy cerca de ti se me olvida y sólo pienso en que quiero besarte. –le

confesó él.

Para Soraya, todo aquello era nuevo y emocionante, en ese último mensaje él entre justificaciones le dijo de manera clara que se sentía atraído por ella y eso la hacía sentir correspondida; pues a ella le pasaba exactamente lo mismo que él describía. Cuando pensaba en lo apropiado, creía que lo mejor era ir pausadamente pero cuando estuvo frente a él, no resistió a la tentación de caer en sus labios.

- Que descanses. –se despidió ella sin saber qué decirle al respecto.
- Igualmente. Estoy seguro que soñaré contigo. –le dijo él.

Trescientos veinte grados

Ella abrió los ojos aquella nublada y fría mañana e inmediatamente se dio cuenta que se había quedado dormida. Se apresuró a ver la hora en su móvil y eran dos horas después de la hora en la que debió levantarse, entonces se asustó. Se le había olvidado configurar la alarma de su móvil y el sueño se había confabulado en su contra para apoderarse completamente de ella.

- Buenos días Sor. Te iba a despertar pero te vi durmiendo tan plácidamente que no tuve corazón para hacerlo. Te mereces descansar un poco más. Te dejé desayuno, aunque ni de cerca tan bueno como el que tú haces todos los días. –leyó la nota que le había dejado Oriana en la cocina.

Supo que su amiga tenía razón, no estaba mal que descansara un poco más. Afortunadamente, aquel día no tenía nada demasiado urgente que hacer del trabajo. Así que decidió no apresurarse demasiado y hacer sus rituales matutinos con tranquilidad. Su móvil sonó anunciando una llamada entrante, vio que era del restaurante y se sintió un poco ansiosa pues no solían llamarla.

- Aló. –respondió ella.
- Buenos días jefa. Es Diana. Acá en el restaurante está un mensajero con un ramo de flores para usted y un paquete que dice que debe ser refrigerado pronto. ¿Lo recibo? –le preguntó la empleada directo al grano.
- ¿Quién es el remitente? –le preguntó Soraya, aunque creía saber cuál era la respuesta.
- Dice que el señor Cristóbal Aparicio. –le confirmó Diana.
- Sí Diana, recíbelo; por favor, y refrigera el paquete, cuando vaya veré qué es.
- Entendido. Eso es todo jefa. Disculpe la molestia.
- Más bien gracias a ti. Nos vemos en un rato. –se despidió y colgó la llamada.

Soraya sonrió, estaba segura de que no había conocido hombre más galante que Cristóbal, trataba de deducir si aquello se debía a la diferencia de edad que existía entre los dos o a su personalidad; resolvió que seguramente la razón era la segunda pues consideraba que la diferencia de edad no era tan amplia. Ahora, sentía muchos más deseos por llegar al restaurante para ver qué era lo que le había enviado él. Así que tomó su desayuno, se dio una breve ducha, se vistió y se subió en un taxi, rumbo al restaurante.

- Buenos días. –dijo al entrar con una amplia sonrisa en el rostro.
- Buenos días. –le respondió Diana, también de manera amable.
- ¿Me guardaste el paquete? –le preguntó Soraya.
- Sí, el paquete está en el refrigerador y el arreglo está en la oficina. –le anunció ella.
- Gracias.

Ella se dirigió inmediatamente al refrigerador en busca del paquete que le

causaba tanta curiosidad. Lo tomó, lo abrió y descubrió en él dos cosas; la primera, y más resaltante era un trozo de pesado; y la segunda, una receta además de una nota de parte de Cristóbal, donde le decía que estaba seguro que disfrutaría de realizar esa preparación. A ella le pareció un detalle un poco extraño pero a la vez muy interesante; no había tenido la oportunidad de salir con una persona tan interesada en la gastronomía como ella misma.

Antes de hacer la receta que le proponía él, fue a su oficina para dejar sus cosas y ver el arreglo de flores que le había enviado. Le pareció que era un gesto hermoso, antes había recibido flores, de su exesposo, hace años cuando eran novios; pero nunca la habían emocionado tanto como en esa ocasión. El arreglo también tenía una nota que ella leyó en silencio: “En agradecimiento por la oportunidad de conocerte mejor. Cristóbal Aparicio.”.

Un rato después, Soraya se apoderó de un lado de la cocina para preparar la receta que le había regalado. Trató de seguirla al pie de la letra; sin embargo, era difícil no tratar de colocarle su toque personal. Una vez que tuvo el pescado listo se sirvió junto con contornos del restaurante y se dispuso a comer. Le pareció que aquel plato era delicioso, le encantó el sabor de aquel producto y sonrió, entendiendo el gesto de Cristóbal. Para él hubiese sido sencillo enviarle el pescado preparado, pero eso no era lo que él le estaba regalando; él le estaba dando la experiencia de cocinarlo, le estaba regalando la receta en sí, eso era mucho más significativo para ella y él lo entendía; lo cual para ella era sorprendente.

- Hola, muchas gracias por los detalles. Especialmente agradecida por la receta que me enviaste. –le escribió una vez que terminó de comer.
- Hola. Estaba resistiendo al impulso de escribirte porque no quería parecer un acosador. Me alegra que te haya gustado. Es mi receta

favorita con pescado. –le respondió él de manera inmediata.

- Ahora muy posiblemente también será la mía. Espero que me haya quedado tan buena como a ti.

- Estoy seguro de que sí, quizás incluso te haya quedado mejor. Hablando de otra cosa. ¿Cuándo comenzamos nuestras clases? –le preguntó él.

- ¿Nuestras clases?

- Sí, no me digas que se te olvidó o que ya te arrepentiste. Nuestras clases de manejo. –le recordó él.

- Ah, sí. ¿Estás seguro que quieres correr ese riesgo? –le preguntó ella.

- No creo que sea ningún riesgo en realidad, sólo necesitas un poco de orientación adecuada. Además, aunque representara un riesgo, lo tomaría si me permite estar cerca de ti por algún espacio de tiempo.

- ¿Cuándo propones? –le preguntó ella.

- ¿Puedes hoy? –le dijo él.

- No puedo, hoy llegue tarde y tengo algunas cosas pendientes aquí; y más tarde comenzaré mi servicio, un poco más temprano de lo habitual porque mi chef secundario debe irse y voy a suplirlo un rato. ¿Qué tal mañana en la mañana? –le propuso ella.

- Perfecto. Mañana en la mañana entonces. Aunque te confieso que guardaba la esperanza de verte hoy. –le confesó él.

Soraya se sentía levitando gracias a los constantes halagos que recibía de Cristóbal; y no porque fuera cualquier hombre, sino porque era justamente el hombre que a ella le parecía tan caballeroso, atractivo, simpático y sensual. Era justamente eso lo que a ella le producía emoción. Consideraba que Cristóbal tenía un encanto muy particular que le parecía muy envolvente.

Aquel día el movimiento en el restaurante fue un poco bajo en

comparación del resto de los días, Soraya entendía que aquello era normal pues estaban dejando de ser la novedad; y ahora es cuando comenzaba verdaderamente el reto de mantener el lugar de moda entre los habitantes de la ciudad; había que darle un valor agregado. Aquella tarde, Soraya recordó que había pasado por alto una de las recomendaciones que le habría hecho Dorian hacía un tiempo atrás, la contratación de una persona que manejara las redes sociales del local, pues ahora aquello era fundamental en la actualidad. Así que aquella misma noche colocaría un anuncio web para conseguir a alguien idóneo para que los ayudara con esto.

- Hola Soraya. ¿Cómo está todo por el restaurante?, ¿cómo te sientes? Espero no te sientas abrumada por tanto trabajo. Afortunadamente, ya pronto estaré de regreso. Mantenme informado de todo, por favor. –al terminar el servicio leyó en su móvil el mensaje que le había enviado Dorian hacía pocos minutos.

- Hola Dorian. Qué alegría saber de ti. Todo está muy bien por acá, había habido mucho movimiento hasta hoy; pero ya tomaré las medidas necesarias para mantenernos activos en el juego. No me he sentido tan abrumada como se esperaría, no te preocupes; concéntrate en tus asuntos y nos vemos pronto. –le respondió ella.

- Está bien, pero no se te vaya a olvidar que cuentas conmigo para lo que necesites, ¿entendido?

- Entendido jefe. –le respondió ella.

Ella vio que entre las notificaciones pendientes, no tenía mensajes de Cristóbal; por lo que se decepcionó un poco pero entendía que él seguramente también esperaba que ella tuviera un poco de iniciativa con él para no sentir que había interés sólo de su parte. Así que decidió que le escribiría, como una forma de demostración.

- Hola, ¿qué tal tu día? Ya terminé mi servicio y espero que Oriana pase por mí para ir a casa a descansar. –le escribió, tratando de parecer algo espontánea y casual.
- Hola. Qué bueno. Mi día un poco duro. Estuve en un restaurante por una crítica pendiente y ahora estoy en casa haciendo la reacción que debe salir mañana mismo. Es un poco estresante. –le respondió él.
- Ni siquiera me imagino el nivel de estrés de esa responsabilidad. Espero que en ese restaurante tomen tu crítica mejor que yo. –bromeó ella.
- No lo creo. La verdad creo que esta redacción tendrá un tono muy distinto. La cena dejó mucho que desear. Son las críticas más difíciles de escribir. –le confesó él.
- Ahora lo entiendo. Te dejo para que te concentres. Mañana la leeré y veré de qué se trata.
- Recuerda que mañana nos veremos. –le dijo él.
- Lo recuerdo. Hasta mañana. –se despidió ella.
- Hasta mañana linda. Descansa. –él se despidió.

Oriana llegó tocando la bocina del coche, no se quiso bajar en esta ocasión; cosa que era realmente un poco extraña en ella. Soraya la escuchó y enseguida caminó hacia el coche; cuando entró se dio cuenta que su amiga estaba de mal humor. Por lo poco que entendía, había tenido un gran problema en tribunales y estaba a reventar de trabajo. Durante el camino al departamento, amenazó tres veces con renunciar y dedicarse al baile exótico y decidió dos veces que abofetearía al fiscal. A Soraya le causaba un poco de gracia todo aquello, pero era incapaz de reírse delante de su amiga, quien estaba visiblemente molesta.

- Tranquila Oriana. Todo pasa. Eres una excelente abogada, seguramente antes de lo que te imaginas todo se habrá solucionado. –

trató de consolarla.

- Pues eso espero. –le dijo ella bruscamente, y siguió refunfuñando el resto del camino.

Soraya quería contarle a su amiga la vergüenza que había pasado al final de su cita con Cristóbal la noche anterior, pero no había tenido la oportunidad de decir más de dos palabras acerca de sí misma; sorprendentemente, a su amiga se le había olvidado incluso preguntarle cómo le había ido en la cita; siendo que estaba muy emocionada. Sus problemas laborales le tenía completamente ocupada la mente aquella noche. Así que ella no quería tocar un tema que, comparado con los problemas que le estaba contando su amiga, parecía banal.

Finalmente, llegaron al departamento y Soraya le ofreció a su amiga un trozo de pastel que le había guardado especialmente para ella. A pesar de la molestia que la embargaba, ella lo recibió de muy buena gana, ya que si algo había en el mundo que pudiera cambiarle el ánimo, eso era un trozo de pastel preparado por Soraya con una porción generosa de helado de chocolate. Justamente, de esa manera se lo sirvió Soraya y le colocó el plato al frente a Oriana, quien por fin dejó de quejarse para poder saborear el postre.

El día de Soraya finalizó, ella se dio una ducha para quitarse el olor de la cocina del cuerpo y se acostó en su cama. Aquella noche la cama lucía más amplia de lo normal, un rápido pensamiento de deseo de compañía le pasó por la mente, pero no se trataba de cualquiera; su mente y su cuerpo sabían exactamente de quien era la compañía que necesitaban. Pero Soraya que era la dueña de ese cuerpo y de esa mente, no les permitió profundizar en ese deseo y se apresuró a dormir.

Aquella noche, ante la expectativa de sus clases de manejo con Cristóbal, tuvo un sueño. Soñó que no era capaz de controlar sus manos ni sus piernas

mientras manejaba; y que estás partes de su cuerpo se mandaban a sí mismas y ponían en peligro las vidas de varias personas que estaban montadas en el coche que ella maneja. Ella no gritaba para no asustar aun más a sus acompañantes, pero nunca antes sintió tanto miedo. Se despertó un poco sudada, pero inmediatamente después de darse cuenta que aquello no era más que una pesadilla, el cansancio la venció y volvió a dormir, ahora mucho más tranquila.

- Ori, anoche tuve un sueño raro. –le dijo Soraya a su amiga mientras desayunaban juntas.
- ¿Qué soñaste? –le preguntó ella con mejor semblante.
- Soñé que iba manejando un coche pero no tenía el control de él, y estaba realmente muy asustada. –le contó Soraya un poco apenada.
- No entiendo ese miedo patológico que tienes de manejar Sor. No es tan difícil. Tienes que superarlo pronto. –le sugirió ella con seriedad en el tono de voz.
- Sí, lo sé. –le dijo ella, sin querer contarle que Cristóbal se había ofrecido a enseñarla pues ella se lo había ofrecido muchas veces y siempre le dijo que no; pensó que seguramente resentiría eso.

Oriana dejó a Soraya en el restaurante aquella mañana, donde Cristóbal la iba a buscar para ir a un lugar donde pudiera aprender a manejar sin preocuparse por el tránsito. Ella estaba un poco nerviosa, no sólo por manejar sino también por estar de nuevo a solas con Cristóbal, no sabía si iba a resistir la tentación de besarlo esta vez. Se proponía intentar mantenerse alejada de él de la manera más respetuosa posible.

- Voy por ti. ¿Lista? –le envió un mensaje él.
- Te hago la misma pregunta. ¿Listo? –le respondió ella.
- No me vas a meter miedo. Jajajaja.

- Deberías temer.

Pocos minutos después, Soraya vio llegar el coche de Cristóbal y estacionarse frente al restaurante. Ella le encargó el lugar a Samuel y salió. Cristóbal, en vez de simplemente destrabar el seguro para que ella subiera, salió del coche y le abrió la puerta de manera caballerosa. Soraya se sintió halagada por el trato que le dedicaba él, la hacía sentir especial aunque no quisiera admitirlo.

- ¿Estás nerviosa? –le preguntó él.
- Mucho. –le respondió ella con sinceridad.
- ¿Cómo puedo ayudarte con los nervios?
- Diciéndome que hay cambio de planes.
- No, no, no. Es hora de que aprendas. –le advirtió él.
- Con los taxis no me va mal.
- Algún día saber manejar podría salvar tu vida o la de otra persona.
- No creo que eso sea probable. Pienso que más bien podría ser al contrario, podría poner en riesgo mi vida y la de otras personas.
- Qué dramática jajajaja. –Cristóbal no paraba de reírse.
- Hasta tuve pesadillas anoche con eso.
- Todo va a salir bien. No tienes de qué preocuparte. –le dijo él intentando calmarla.
- ¿Sí?
- Si. –le reafirmó él.

Manejaron un rato, buscando un lugar donde poder practicar la conducción de Soraya sin tantos elementos distractores. Finalmente, consiguieron una zona que estaba considerablemente poco transitada y Cristóbal se estacionó, a continuación apagó el coche, se bajó y le abrió su puerta. Soraya salió del coche de mala gana y se sentó en el asiento del

conductor. Cristóbal la miró sonriente.

- ¿Sabes cuál es el croché? –le preguntó él.
- Sí.
- Písalo. –le ordenó él.
- Está apagado. –le apuntó ella.
- Sí, primero lo haremos así. Písalo.
- Listo. –le dijo ella.
- Toma la palanca. –le ordenó.

Ella atendió a sus instrucciones, él le indicaba apretándole la mano dónde estaban cada una de las velocidades de la caja del coche; al principio fue difícil para ella concentrarse porque la estaba tocando pero se esforzó y lo logró. Luego, le indicó que simulara la marcha, pulsando el croché, colocando la velocidad y soltando el croché adecuadamente. Después que lo había hecho en varias ocasiones le indicó que estaban listos.

- Muy bien. Colócate el cinturón de seguridad y verifica la visión por los espejos. –le indicó.
- Ok.
- Ahora, enciéndelo.
- Listo. –le dijo ella una vez que lo hizo y colocó ambas manos en el volante.
- Coloca una mano en el volante y la otra en la palanca.
- Está bien. –ella hizo lo que él le indicó.
- Ahora escúchame bien, sin acelerar, coloca la primera velocidad, suelta con mucha suavidad el croché; cuando sientas que el coche tiene un mínimo de impulso vas a comenzar a acelerar de manera muy lenta y a la vez vas soltando el croché. –le explicó de manera pausada.
- Ok. –ella realizó cada uno de los pasos que él le indicó y logró

poner el coche en marcha lenta.

- Muy bien. Ahora, pisa el croché y suelta el acelerador, coloca segunda, suelta el croché y acelera.
- ¿Qué? –le dijo ella, por la confusión se apago el coche y se asustó.
- Tranquila, no te frustres. Es de lo más normal. Te lo explico de nuevo. Después de que comiences a avanzar, colocarás la segunda velocidad; para eso debes pisar croché, soltar acelerador, colocar la velocidad, soltar croché y acelerar poco a poco. ¿sí?
- Creo que sí. –le dijo ella aunque creía que en realidad no tenía ni idea.

Después de varios intentos por fin ella lo logró, puso el coche en marcha en segunda velocidad; ella estaba sudando a mares aunque no había calor, sino lo contrario. Él estaba muy orgulloso de ella y le dijo que si deseaba parar ahora lo entendía; ella prefirió hacerlo, se sentía estresada.

- Te aseguro que ya hiciste lo más difícil en cuanto a la conducción en sí. La práctica te ayudará. –le dijo él.
- No creo que Oriana me preste su coche para esto.
- El mío está disponible para cuando gustes. –le comentó él.
- Gracias. –le dijo ella.
- ¿Te sientes más tranquila? –le preguntó Cristóbal.
- Un poco.
- Entonces cumplí con mi objetivo del día de hoy. ¿Qué tal si vamos a almorzar? –le sugirió él.
- Sí, creo que tengo hambre. ¿Adónde vamos?
- Vamos a un lugar que me agrada. –le indicó él.
- Vale.

Ella se sentía un poco aliviada, hasta ahora era lo que más había logrado

en cuanto a conducir. Tuvo la esperanza de que en un tiempo pudiera comprarse un coche y manejar hasta donde quisiera. Eso la hizo sentir alegre y agradecida con Cristóbal por su insistencia. Manejaron un rato antes de llegar a un pequeño local donde servían almuerzos; él la invitó a pasar y le abrió la silla para sentarse.

- Este es un lugar modesto pero me encanta venir a almorzar aquí porque la cocinera es una señora mayor, de esas muy tradicionalistas y con una sazón inigualable. Es como comer en la casa de la abuela. –le contó él.

Ella dejó que él ordenara la comida por ella, así podría probar lo que Cristóbal considerara mejor. Cuando le trajeron su plato, sorprendentemente rápido; se dio cuenta que él estaba en lo cierto, la comida era tradicional y con mucho sabor; se podía sentir la identidad nacional en cada uno de los bocados que probaba. Se dio cuenta que aquel lugar era un joya y muchos lo sabían pues el local estaba a reventar. Muchas de las personas presentes saludaban con agrado a Cristóbal, así que ella asumió que él iba de manera constante y que el resto también era clientela fija, exactamente lo que ella necesitaba.

- Estuvo delicioso. Gracias por traerme aquí. –le dijo ella.
- Sabía que te iba a gustar. –apuntó él.

Cristóbal llevó de regreso a Soraya a su trabajo, aunque ninguno de los dos quería despedirse en realidad; pero no había excusa para no despedirse, sobre todo cuando ella debía trabajar. Había tráfico pesado; sin embargo, llegaron con buen tiempo al restaurante, él se estacionó en el mismo lugar de la mañana.

- Pasé un rato muy agradable. Gracias. –le dijo él.
- Yo soy quien tiene que agradecerte en realidad. –le respondió ella.

- Nada de eso. No me cuesta nada y gano mucho.
- ¿Qué ganas? –le preguntó ella.
- Gano estar cerca de ti por un tiempo considerable.
- Está bien. –le dijo ella sonrojándose.
- Te ves aun más hermosa cuando te sonrojas.
- No me provoques. Acuérdate de lo que sucedió anoche. –le recordó ella.
- No me recuerdes eso, por favor. Jajaja. ¿Practicamos mañana? –le preguntó él.
- Creo que no voy a poder. Tengo que entrevistar a unas personas por un puesto de trabajo.
- Si es para chef o incluso ayudante de cocina quiero aplicar. –le dijo él rápidamente.
- Jajajaja, ¿y qué ganarías tú trabajando aquí? –le preguntó ella.
- Lo mismo, estar cerca de ti. –le respondió.
- No se trata de eso. Necesito a una persona que se encargue de las redes sociales del local. Sabes que ahora si no estás en internet, no existes. –le contó ella.
- Eso es cierto. ¿Quieres que te ayude en las entrevistas? –le preguntó él.
- ¿De verdad?
- Sí, claro. Sé que en este momento te estás encargando sola y es algo difícil. Así tendrás una segunda opinión. –le respondió Cristóbal.
- Excelente. Mañana a las nueve y treinta aquí, ¿te parece?
- Paso por ti a las nueve a tu casa. –le dijo él.
- No es necesario.
- Pero quiero hacerlo. –le dijo él sonriendo.
- Está bien. –entonces nos vemos mañana a las nueve.

- Así es.
- Adiós. –le dijo ella extendiéndole la mano.
- Jajaja adiós. –le dijo él, tomando la mano de ella, besándola mientras la miraba a los ojos y le guiñaba un ojo.

Ella se bajó del coche, sintiéndose aliviada de haber podido controlar las ganas de besarlo pero al mismo tiempo estimulada por ese beso suave en su mano. Con ese pequeño beso habían sentido más que con muchas otras caricias en otros casos. Para ella estaba claro, que él tenía un poder especial y peligroso sobre ella, pero más que nada sobre su propio cuerpo.

Trescientos treinta grados

Soraya estaba lista, sentaba en el sofá de su departamento; esperando que Cristóbal pasara por ella. Había sido difícil deshacerse de Oriana pues insistió mucho en llevarla al restaurante, como era usual; así que Soraya inventó algo para lograr que se fuera sin ella en esta ocasión. No le dijo que Cristóbal iría por ella, ya que aun no quería contarle su situación con él, sobre todo porque todavía no estaba claro qué estaba sucediendo en realidad.

- Ya llegué. –recibió el mensaje de Cristóbal.
- Voy bajando. –le respondió ella y se apuró en salir del departamento.

Ella se había despertado temprano, pues le emocionaba verse con él; saber que pasaría un rato a su lado. Era como una inyección de ánimo para ella, la llenaba de algo novedoso y brillante. Le parecía que el ascensor se tardaba en bajar los escasos cinco pisos que la separaban de él. Finalmente llegó y vio su coche, no pudo evitar sonreír.

- Buenos días. Te traje café. –le dijo él ofreciéndole una taza.
- Buenos días. Gracias. Ya bebí pero jamás despreciaría una taza de

café por la mañana. –le dijo ella tomándola.

- ¿Descansaste? –le preguntó.
- Sí. ¿Y tú?
- Me quedé despierto hasta tarde perfeccionando unas preparaciones con mi hijo, pero valió la pena.
- Oye, este café está exquisito. –le dijo ella.
- ¿Sí? Qué bueno que te guste. Lo hice yo.
- Es el mejor que he probado en mucho tiempo.
- No importa lo que digas, no te daré mi secreto. –le dijo él en tono de broma.

De camino al restaurante ellos conversaron de manera muy, se rieron, contaron anécdotas y Soraya no dejó la taza hasta que no se bebió la última de las gotas del café que contenía. Ambos estaban de muy buen humor y no lo ocultaba; así mismo, sabían a qué se debía ese estado de ánimo tan particular. Una vez que llegaron al restaurante, Soraya le pidió a sus empleados que cuando llegaran los aspirantes los hicieran pasar a su oficina y le indicó el camino a Cristóbal. Todos en el lugar sabían quién era él pero disimulaba su impresión, lo que más los sorprendía era verlos a ellos dos juntos tan seguido, cuando sabían que a ella le había molestado tanto su crítica.

- Pasa. Ponte cómodo. Puedes sentarte donde gustes. –le dijo ella.
- Podemos hacer las entrevistas en el sofá, para estar más cómodos. – sugirió él.
- Claro, me parece buena idea. Te traeré unas hojas para que hagas los apuntes que necesites.
- Me gusta tu oficina. Es muy acogedora y ordenada. –le dijo él observando todo.
- Gracias. –le dijo ella, poniéndose un poco nerviosa al ver que él se

acercaba a ella durante su recorrido por la oficina.

- ¿Es tu madre? –le preguntó muy cerca tomando el marco que estaba en su escritorio.
- Sí, ella es mi madre.
- Era muy hermosa. Te pareces mucho a ella.
- Gracias. –le dijo un poco sofocada al tenerlo tan cerca, aunque ni siquiera se había tocado.

El dejó la fotografía donde la había encontrado con mucho cuidado pero no se alejó de ella. Estuvieron frente a frente, mirándose a los ojos y a los labios. Él le acarició suavemente el borde de su barbilla con la parte posterior de sus dedos y se fue acercando para besarla. Sus labios se tocaron al fin y sus lenguas se unieron en una danza lenta y constante, de pronto tocaron a la puerta dos veces.

- Pase –preguntó Soraya separándose de Cristóbal.
- Jefa, llegó una aspirante. –le anunció Diana.
- Gracias. Pasa por favor. Siéntate. –le dijo a la joven que se había presentado con una sonrisa.

Entre los dos le hicieron algunas preguntas a la chica que tenían frente a ellos. Le pidieron que les contara algunas de las estrategias que pretendía poner en práctica para asegurar la visita de los clientes, ella respondió con mucha soltura y ellos se sintieron satisfechos con las respuestas. A Soraya le pareció muy particular notar que cuando Cristóbal le hablaba a la chica y lo miraba de manera directa, ella se sonrojaba e intentaba desviarle la mirada; le hizo gracia darse cuenta que ella no era la única que notaba el gran atractivo de ese hombre.

- Muy bien Verónica. Eres una persona perfectamente calificada. Pronto te estaremos avisando. –le dijo Cristóbal.

- Gracias. Esperaré su llamada. –les dijo ella dándoles la mano para posteriormente retirarse.
- ¿Qué te pareció? –le preguntó Soraya.
- Me parece muy competente pero creo que debemos escucharlos a todos para poder tomar la mejor decisión. –le respondió él.
- ¿No te parece que es una mujer atractiva? –le preguntó ella con picardía.
- No lo sé, no estuve atento a ello. ¿Por qué esa pregunta tan rara? –le dijo él extrañado.
- Pues es que ella se sonrojaba al verte.
- No creo que fuera por mí. Seguro estaba nerviosa por la entrevista.
- Estoy segura que era por ti. –le afirmó ella.
- ¿Estás celosa? –le preguntó él con una sonrisa.
- Jajajaja no, para nada.
- Pues qué bueno porque sólo me interesas tú. –le dijo mirándola a los ojos.
- Llegó el siguiente aspirante. –interrumpió Diana.
- Hazlo pasar, por favor. –le dijo Soraya.
- Buenos días, mi nombre es Guillermo.-anunció el nuevo aspirante.
- Hola Guillermo. Toma asiento por favor. –le dijo Soraya.

Soraya y Cristóbal le hicieron las mismas preguntas a Guillermo, lo notaron un poco inexperto pero bastante proactivo; era un hombre muy joven que trataba de incursionar en el mercado laboral. Después de veinte minutos, él se retiró de la oficina, dejándolos de nuevo a solas.

- ¿Qué opinas? –le preguntó Cristóbal a Soraya.
- Creo que tiene buenas intenciones pero necesitamos a alguien de más experiencia. –apuntó ella.
- ¿Te parece atractivo? –le preguntó él con la misma seriedad de la

pregunta anterior.

- Jajajaja qué inmaduro eres.
- Ah es que pensé que era parte de los criterios a evaluar.

Ambos se rieron durante un rato por la ocurrencia de Cristóbal. Cuando Soraya estaba con él se sentía cómoda, se divertía, el tiempo pasaba rápido pero intenso. La hacía desear no separarse de él, pues era como un aire fresco, un nuevo paisaje en su vida. Antes de conocerlo no se había dado cuenta de que faltaba plenitud en su existencia, ahora se sentía plena cuando compartía momentos con él.

- Ese fue el último. –les comunicó Diana después de entrevistar a siete personas en total.
- Gracias Diana. –le dijo Cristóbal sonriéndole.
- A la orden. –le respondió ella.
- Bien, ¿A quién elegirías tú? –le preguntó Soraya a Cristóbal.
- A Verónica. –respondió él.
- ¿Por qué a ella? –quiso saber Soraya.
- Porque me parece que es proactiva, inteligente, capaz y tiene muy buenos gustos.

De nuevo, Cristóbal hizo reír a Soraya. Ella no podía recordar cuándo fue la última vez que se rió tanto; de hecho, hasta es posible que nunca en su vida se había reído tanto, o por lo menos no en tan poco tiempo. Luego volvieron a la seriedad que ameritaba la situación y decidieron que efectivamente, el puesto de trabajo sería para Verónica. Como Soraya deseaba que se iniciara rápidamente el lanzamiento de la marca a través de las redes, la llamó inmediatamente y le pidió que se incorporará mañana de ser posible. Ella estuvo muy contenta y aceptó.

- Listo entonces. Gracias por tu apoyo. Creo que fue de gran ayuda. –

le dijo Soraya.

- Siempre para lo que necesites bella. –le respondió él.
- ¿Qué harás ahora?
- ¿Por qué la pregunta?, ¿quieres practicar tu conducción? –le preguntó él.
- No, para nada. Te iba a invitar a almorzar acá, si no tenías planes.
- Ese me parece un buen plan. –le dijo él.
- No te he llevado a las cocinas. Creo que puedo hacerlo en este momento.

Cristóbal y Soraya se internaron en el movimiento frenético que tenían los fogones a esa hora cuando muchas de sus mesas se llenaban en busca de almuerzo. Ella le dio un paseo mientras en un plato grande tomaba algunos alimentos; al terminar el recorrido, ambos se sentaron en el mesón de dónde solían comer los cocineros. Ambos comieron lo que deseaban de la recolección, como era de costumbre entre la mayoría de los profesionales de la gastronomía. A la vez, conversaban de algunas recetas y productos que despertaban su atención.

- Gracias por el almuerzo. Hoy no practicaste, pero debes hacerlo mañana, la única manera de lograrlo es siendo constante. –le dijo Cristóbal.
- No me regañes que tenía cosas que hacer.
- Está bien. ¿Para mañana si podrás sacar tiempo? –le preguntó él.
- Creo que sí. –ella contestó.
- ¿Me avisarás?
- Lo haré. –le respondió ella.
- Vale. Adiós. –él se acercó para darle un beso en la mejilla y todos los empleados estaban expectantes a la despedida pues tenían el presentimiento de que algo pasaba entre ellos.

El resto del día pasó sin mayor sobresalto. Soraya mantuvo un excelente humor, lo que se notó durante su servicio; ya que estuvo especialmente aplicada en las explicaciones a los cocineros menos expertos del personal. En ningún momento perdió la paciencia, ni siquiera cuando le devolvieron un plato, que fue la primera vez desde que habían abierto. La razón había sido que el cliente quería el trozo de carne a término medio, pero por una confusión se le había servido bien cocida. Ella se disculpó personalmente, le llevaron de nuevo el plato con las especificaciones requeridas y el pago de la mesa fue exonerado; lo que dejó al cliente muy satisfecho y manifestó entender la confusión.

Al terminar la jornada, Oriana pasó por Soraya, esta vez sí se bajó del coche; lo que quería decir que estaba de mejor ánimo que en los días pasados. Soraya le pidió que la esperara un momento ya que estaba ayudando en el cierre de la caja por una pequeña confusión. Pronto estuvo lista y ambas se subieron en el coche.

- ¿Las cosas mejoraron? –le preguntó Soraya.
- Un poco, ya se resolverá. ¿Qué tal tú?
- Yo estoy muy bien, tengo cosas que contarte. –le comentó Soraya con una pequeña sonrisa.
- ¿Disculpa?, ¿y qué haces que no empiezas de una vez? –le preguntó Oriana con emoción.
- Bueno, después de aquellas noches. Cristóbal y yo hemos tenido algunos acercamientos y unas salidas.
- ¿A qué te refieres con acercamientos? –le preguntó ella exagerando la última palabra.
- Pues nos besamos.
- ¿Ajá?, ¿sólo eso?
- Bueno, sí. Sólo eso. Aunque pudo ser más que eso si no nos

hubiese interrumpido un policía. –le contó Soraya.

- ¡Ya va! ¿Qué? –le dijo con mucha sorpresa.

- Sí, es que nos estábamos poniendo juguetones en el coche, frente al edificio y un poli nos sorprendió.

- Sorprendida estoy yo amiga mía. ¡Así se hace!

- ¿Por qué dices eso? –le preguntó Soraya riendo.

- Pues eso es vivir la vida. ¿Qué sería de la vida sin un poco de riesgo en ella?

- Pues fue algo incómodo.

- Pero fue inolvidable. –le comentó Oriana.

- Ah pues, eso sí. –afirmó Soraya.

- ¿Qué más?

- Ayer me dio clases de manejo.

- No puede ser. Si yo lo he intentado un millón de veces y no he logrado que accedas. –recordó Oriana.

- Pues él lo logró.

- Lo que hacen unos ojitos lindos.

- Jajajaja no es sólo eso. Él me hizo sentir segura y es una persona muy convincente. –apuntó Soraya.

- Entiendo. ¿Quién no es convincente con esos ojitos lindos?

- ¿Vas a seguir? –le preguntó Soraya riéndose aun más.

- ¿Y cómo te sientes con él?

- Muy bien. Con él me divierto, de hace sentir especial, me saca de la monotonía, me atrae mucho, para serte sincera. –le contó Soraya ya sin vergüenza alguna.

- ¿De verdad? No recuerdo alguna vez haberte escuchado decir algo así.

- Lo sé.

- ¿Y qué tal besa? –le preguntó Oriana en voz baja, como si alguien pudiera escucharlas.
- Besa divino Ori. Me provoca no dejar de besarlo nunca.
- Es la idea. ¿Y qué tal el interés de su parte? –le dijo su amiga.
- Pues no pierde oportunidad de decirme algo lindo o de mencionar que le atraigo; además, es muy detallista. Me envió un arreglo de rosas más una receta exquisita de regalo.
- ¿Una receta o una comida? –le preguntó Oriana.
- No, una receta. Deliciosa. Seguí la receta que me dejó y me quedó excelente.
- Ustedes los chefs son como raros. A mí me tienen que invitar a comer, no mandar a cocinar.
- Jajaja sí, supongo que no somos personas del todo común.

Durante el resto del camino de regreso a su departamento, Soraya le contó a su amiga todo lo que pudo acerca de los encuentros con él y cómo la hacía sentir a ella, tan animada, vigorosa, deseada, plena, complementada, entre muchas otras cosas. Oriana la escuchaba con atención, a pesar de que ella solía hablar mucho más que su amiga.

- Sólo me queda aconsejarte que no pierdas la oportunidad Sor. Al parecer él te hace sentir feliz, no te vayas a acobardar y ve por él. ¿Ok?
- ¿Ir por él? –le preguntó ella.
- Así como lo escuchaste. No te vayas a acobardar. Sal con él, conócelo, vívelo, disfrútalo; no lo analices mucho, que las cosas cuando se piensan demasiado pierden su encanto.
- Lo tendré en cuenta. –le dijo Soraya.

Soraya sabía que su amiga tenía la razón, esta vez tenía que arriesgarse con él. Nunca antes se sintió de esa manera tan especial, debía esforzarse en

lograr algo con él pero sin apresurar las cosas, ni presionándolo de ninguna manera. Todo aquello era nuevo para ella, pues cuando se casó fue muy diferente; no hubo esa química tan grandiosa que en este momento estaba experimentando gracias a este hombre.

Ella había conocido a Roberto, quien después fue su esposo, en una cita a ciegas que le había programado una amiga del instituto de gastronomía; Fernanda, su amiga, vivía empeñada en presentar personas, se creía toda una Cupido moderna. Ella pensó que ambos encajarían muy bien ya que eran muy distintos, o como ella lo veía, eran personas que se podrían complementar muy bien.

Roberto se dedicaba a la veterinaria, era un pensador, un bohemio, venido de una buena familia, un hombre de corazón noble, lector ávido de la filosofía moderna; pero al mismo tiempo, en el fondo, apegado a ciertos cánones sociales muy tradicionalistas que terminaron por romper su matrimonio. Cuando conoció a Soraya, de una manera inconsciente, sintió que sería una buena esposa ya que estaba muy dedicada a los estudios gastronómicos, relacionó eso con una buena ama de casa, buena esposa, buena madre; tal cual era su propia madre; pero a ella en realidad era distinta a lo que él se imaginaba.

Se casaron después de un corto periodo de conocerse, muy jóvenes. Él tratando de seguir los pasos de su padre y ella confundida entre la admiración y el amor. Roberto era un estupendo yerno, trataba de manera excelente a la madre de Soraya y eso la conmovía, pues desde siempre su madre su todo para ella. Soraya fue feliz cuando vio la sonrisa de su madre luego de su boda. Pensó que había tomado la mejor decisión.

Los problemas llegaron poco tiempo después, cuando Soraya dedicaba mucho tiempo a su carrera. Roberto esperaba llegar a casa, tener una

deliciosa cena servida y una esposa abnegada esperando por él; pero, contrariamente, encontraba un hogar vacío porque Soraya no tenía uno sino dos trabajos. No se trataba de deseos económicos, eran aspiraciones profesionales muy altas. Él no comprendía aquello. Pensaba que ella lo tenía todo y no lo valoraba. Ella pensaba que él coartaba sus sueños.

De esta manera, poco a poco la relación se fue desmoronando. Pero cuando la madre de Soraya murió, todo terminó por venirse abajo. Ella no se refugió en él porque lo sentía extraño y lejano; entonces, él terminó por abandonarla aun más. Finalmente, una noche Soraya llegó tarde del trabajo, lo despertó y le dijo que quería el divorcio, él no dijo nada; se volteó y siguió durmiendo. Esa noche ella durmió en el sofá. Un mes después, ambos estaban firmando su divorcio; ella no pidió nada de él, así que no hubo mayor dificultad en el procedimiento legal.

La relación con Roberto fue mucho más pensada que sentida; al punto que ella llegó a dudar de la existencia de eso que las personas llamaban enamoramiento, pero ahora se sentía distinta. Cristóbal le hacía sentir una emoción muy agradable que ella reconoció como enamoramiento. Sentía que le había llegado el momento de experimentar nuevas sensaciones. No tenía duda de que estaba dispuesta abrirse a este nuevo sentimiento, no tenía miedo pero sí se sentía inexperta.

- Buenas noches linda. He estado esperando tu mensaje para saber a qué hora puedes practicar mañana. No creas que te vas a escapar. –leyó Soraya de parte de Cristóbal; aquello se le había olvidado por completo.
- Disculpa, lo había olvidado. ¿Te parece bien a las diez de la mañana?
- Sí, claro. ¿Paso por ti en el restaurante? –le preguntó él.

- Sí, por favor.
- Así será. Feliz noche. Te envío un beso.
- Feliz noche. –le escribió ella sonriendo.

Soraya tuvo una plácida noche, sin ningún sobresalto, y un despertar ameno aquella mañana. Se levantó de buen ánimo y se dirigió a la cocina a hacer el desayuno, mientras tarareaba una melodía que le rondaba en la cabeza.

- ¡Caramba, pero cuanta alegría esta mañana! –le dijo Oriana sorprendida por el inusual buen humor de su amiga.
- ¿Es que una no puede estar feliz? –le preguntó ella con una sonrisa.
- Sí, claro que sí. ¿Hay algo más que me quieras contar? –le preguntó Oriana con picardía.
- No, ya te lo conté todo.
- Ah pero es que no parece. –le dijo Oriana y le guiñó el ojo.
- Oye, la que no me ha contado cómo va el asunto con su compañero de trabajo es otra. –le recriminó Soraya.
- Jajaja es cierto. Pues hemos estado muy ocupados así que no hemos salido de nuevo pero creo que yo también le agrado. Me trata de una manera especial. Espero que pronto me invite a salir de nuevo. Sería una tercera cita, y ya sabes lo que pasa en una tercera cita. –le comentó Oriana.
- ¿Es en serio?
- Sí, ¿cuántas citas llevas tú con Cristóbal? –le preguntó ella.
- No estoy segura. Nos hemos visto varias veces pero no creo que se puedan definir todas como citas.
- Si se vieron y están interesados uno en el otro fueron citas. ¿Han tenido tres? –le aseguró Oriana.
- Yo creo que sí, o más.

- Sor, ten cuidado; si después de la tercera cita no ha pasado nada puede que pierda el interés. –le advirtió su amiga.
- Eres una terrible consejera Ori, de verdad.
- ¿Por qué? –le dijo ella extrañada.

Soraya llegó al restaurante para ponerse al día con algunos papeles, miró el reloj colgado en la pared, que marcaba las ocho y treinta y tres minutos. Hizo unas llamadas a algunos proveedores de vegetales, colgó y miró el reloj de su móvil, eran las ocho y cincuenta minutos. Luego, firmó y selló algunas facturas de pagos y observó el reloj del ordenador, eran las ocho y cincuenta y un minutos; pensó que no podía ser, verificó en su móvil y vio que el ordenador tenía diez minutos de retraso; ahora eran las nueve y dos minutos.

- Hola linda, buenos días. ¿Cómo amaneces? –le escribió Cristóbal un minuto después.
- Hola, amanecí muy bien. ¿Y tú?
- Excelente. Sé que quedamos a las diez, pero me siento muy impaciente de verte. ¿Estás ocupada?, ¿puedo ir por ti? –le preguntó él y ella se sorprendió porque era exactamente lo que ella sentía, impaciencia de verlo.
- No estoy tan ocupada, así que sí.
- Pues que bueno porque ya estoy afuera. –le escribió él y el corazón de Soraya dio un salto en el pecho.
- ¿Aquí afuera del restaurante? –le preguntó ella sin poder creerlo.
- Sí, sal y me verás. –le respondió él.

Soraya tomó su cartera y se dirigió a la salida; efectivamente ya él se encontraba allí esperándola. Ella estaba flipando de la emoción de poder verlo ya; pero, más que por eso, por saber que a él le pasaba lo mismo que a ella. Soraya no podía borrar la sonrisa de su rostro. Al verla caminar hacia el

coche, él salió para saludarla y abrirle la puerta.

- Hola. –le dijo él y le dio un beso en la mejilla.
- Hola. Qué sorpresa. ¿Cuánto tiempo hace que llegaste? –le preguntó ella.
- Unos días minutos. ¿Vamos? –le preguntó él abriendo la puerta del coche.
- Sí.
- Disculpa que haya adelantado la hora. Es que no sé, salí temprano, fui a la revista, redacté unas cosas, tuve una rápida reunión, hice algunas diligencias rápidas y el tiempo no avanzaba. Así que me aventuré a venir antes. Espero no te haya molestado o incomodado.

- No, para nada. Si te soy sincera también me pareció que el tiempo pasaba muy lento.
- ¿A qué crees que se deba? –preguntó él.
- No lo sé, qué crees tú.
- He escuchado que cuando deseas que el tiempo se pase rápido él se confabula en contra y se pone muy lento. Y debe ser verdad, porque de verdad quería que avanzara rápido para verte. –le dijo y logró que ella se sonrojara.

Llegaron de nuevo al lugar donde practicaron la vez pasada; estaba nuevamente poco concurrido. Él se detuvo e hizo el mismo procedimiento de la vez anterior; se bajó del coche y le abrió la puerta a Soraya, ella no tuvo más opción que salir para ubicarse en el lado del piloto. Antes de entrar respiró profundo.

- ¿Lista? –le preguntó él.
- Sí. –le contestó.
- Cuando quieras.
- Ok. –le dijo ella mirando al frente.
- ¿Nos vamos a quedar aquí? –le preguntó él en tono de broma.
- Dijiste que cuando quisiera, y aun no quiero.
- Jajajaja vamos, puedes. –la animó él.

Trescientos cincuenta grados

Durante aquella mañana, a Soraya le había ido muy bien conduciendo; mucho mejor de lo esperado por ella. Cuando pudo poner la tercera velocidad sintió el desplazamiento del coche y eso la emocionó; aunque luego se puso nerviosa, Cristóbal supo cómo manejarla y ella se calmó rápidamente. Él la guió hasta algunas calles con mayor afluencia vehicular, por lo que ella estuvo tensa pero finalmente se relajó un poco; a pesar de que

el coche se le apagó un par de veces y las bocinas le sonaron cerca. Él la calmaba con su voz e instrucciones precisas.

- Debes ser un excelente chef. –le dijo ella una vez que estaban frente al restaurante.
- ¿Acaso lo dudabas? –le preguntó él.
- No lo digo por eso, sino porque me parece que eres muy bueno dando instrucciones. –le aclaró ella.
- Eso es gracias a años de experiencia.
- Me imagino. ¿Te puedo preguntar algo? –le dijo ella un poco avergonzada.
- Claro.
- ¿Tú y yo estamos saliendo?; es decir, así como en citas.
- Pensé que eso estaba claro. –le dijo él un poco chistoso.
- Pues es que no hemos hablado acerca de algunas cosas. –le dijo ella aun más avergonzada.
- ¿Cómo de qué?
- No importa, olvídalo. De verdad muchas gracias.
- No, por favor. Dime. –le pidió él.
- Pues no lo sé. De hacia dónde piensas que va esto o cosas así.
- Entiendo. ¿qué opinas si nos vemos después de tu servicio y conversamos un poco?
- Saldré un poco tarde.
- No importa. Vamos a un lugar tranquilo, bebemos algo y conversamos. ¿Te parece? –le preguntó él.
- Creo que sí.
- ¿Crees o quieres? –le preguntó él.
- Quiero. –respondió.
- Entonces, paso por ti. –él salió del coche para abrirle la puerta y se

despidió de ella con un beso en la mejilla.

Soraya almorzó rápidamente, pues debía reunirse con Verónica, la nueva empleada, para ver cómo iban las cosas en su primer día y planificar las estrategias de mercadeo que necesitaba el local. Encontró a Verónica muy bien acomodada en su puesto de trabajo, le explicó lo que había hecho y se disponía a tomar algunas fotografías para mostrarlas en los diferentes portales.

Así mismo, le sugirió a Soraya que hicieran un concurso en el cual las personas que fuera a comer en los próximos días podía depositar su nombre en un bol para optar por una cena romántica para el fin de semana de su preferencia; a Soraya le pareció una idea excelente. Discutieron esas y otras estrategias hasta que ella tuvo que retirarse para ponerse su chaquetilla y comenzar su servicio.

Verónica aprovechó el movimiento de cocinas para tomar muchas fotografías y Soraya estuvo concentrada en su trabajo. Por momentos, recordaba que al finalizar la jornada vería a Cristóbal y aquello le ocasionaba una mezcla de emoción, nervios y susto; pues hablarían de asuntos de los cuales ella no estaba acostumbrada y quizás las cosas entre ellos se modificarían de alguna manera.

- Chef, el chef Cristóbal se sentó en la mesa cinco y pidió el menú. Pensé que debía saberlo. –le anunció Diana.
- Gracias.

Soraya no sabía qué hacía él allí en ese momento, por lo tanto no estaba segura de cómo reaccionar; pensó que sí él no le anunció que estaría allí, entonces lo mejor era que hiciera como que no sabía que él había llegado. Eso hizo, o por lo menos lo intentó lo mejor posible, pero se sentía visiblemente ansiosa, miraba de manera insistente su móvil para verificar que

Cristóbal no le escribiera o la llamara; y no lo hizo.

- Acá está el pedido de la mesa cinco chef. –le dijo Diana, entregándole directamente a ella la petición.

Soraya leyó con detenimiento y procedió a realizar ella misma la preparación del pedido de Cristóbal. Le puso un toque especial para saber si era capaz de reconocer y se lo comentaba luego; seguramente el que él estuviera allí era parte de algún tipo de galantería que posteriormente le hacía saber. Ella pensaba que estaba aprendiendo a conocerlo. Se le ocurrió que pronto debía ir a comer en el restaurante de él, tal cual había hecho en el de ella en repetidas ocasiones.

- Chef, el cliente de la mesa cinco quiere hablar con usted. –le anunció Diana.
- Voy enseguida Diana. –a Soraya aquello le hizo un poco de gracia, pues sabía que él se traía algo entre manos.
- Dígame señor. –le dijo Soraya dirigiéndose a Cristóbal como si no lo conociera.
- Sólo quería decirle que el plato estuvo excelente; aprecio mucho el toque de perejil que le colocó. –le dijo él.
- Qué bueno que le haya gustado.
- Me gustó tanto que me encantaría invitarla a beber una copa esta noche. –le dijo él con picardía.
- Encantada. El servicio termina en media hora más o menos. ¿Nos vemos entonces? –le dijo ella siguiéndole el juego.
- Claro que sí. Aquí la esperaré con ansias. –le declaró él, guiñándole un ojo.
- Vale. –le dijo ella retirándose a la cocina.

Tal y como ella se lo había imaginado, aquello no era sino parte de una

travesura más de él. A ella le encantaba lo impredecible que era él, no era fácil deducir cuál sería su próximo movimiento, y eso la mantenía constantemente sorprendida; lo cual le parecía refrescante y agradable, algo definitivamente nuevo en su cotidianidad. La siguiente media hora del servicio se pasó un poco más rápido de lo usual y ella estuvo lista para encontrarse con él.

- Listo. Podemos irnos. –le anunció ella, ya frente a él.
- Qué bueno. Ya estaba pensando que quizás te estabas arrepintiendo. –él le guiño el ojo de nuevo.
- No, para nada. ¿Adónde vamos? –le preguntó ella al montarse en el coche.
- A un lugar tranquilo donde podamos tomar algo. –le respondió él.
- ¿En esta ciudad hay algo así? –le preguntó ella con ironía.
- Sí, pero no puede ir todo el mundo. –le advirtió él.
- ¿Dónde es? –insistió ella.
- Ya verás. –le dijo misterioso.
- Dime.
- Eres muy insistente. No se te puede sorprender. Vamos a mi casa. –le respondió finalmente él.

Soraya se sintió un poco mareada al escuchar esas palabras de boca de Cristóbal, no supo qué decirle. Tenía el presentimiento que si estaba cerca de él y a solas, el deseo que sentía por él se le desbordaría por completo. Y en realidad no tenía nada de malo, pero a ella le causaba muchos nervios. Después de su ruptura con Roberto, su exesposo, nunca más había estado con nadie en la intimidad. No porque fuera célibe ni nada de eso, era que había tenido en mente otras cosas muy distintas, por lo que era perfectamente comprensible que se sintiera nerviosa.

- Adelante. Estás en tu casa. -le dijo él abriéndole la puerta de su departamento.
- Gracias. -le dijo ella con timidez, entrando a la sala.
- ¿Qué te gustaría beber? -le preguntó.
- Vino está bien.
- Tengo tinto y blanco.
- Tinto. -prefirió Soraya.
- Vale. Ya regreso. Siéntate, por favor.

Se sentó en el sofá de la sala, era muy cómodo, de color beige, con algunos cojines negros. En una de las mesas cercanas al sofá, observó una fotografía con un hombre joven, que ella supuso que era su hijo, ambos se veían sonrientes. En otra de las mesas, vio una fotografía que se notaba que era antigua, donde se encontraba él con una mujer y un pequeño. Obviamente era su foto familiar. Se le notaba muy feliz.

- Aquí tienes. -le ofreció una copa y se sentó a su lado.
- Gracias.
- Te siento un poco tensa.
- Sí, tienes razón. Es que creo que no habíamos estado solos así antes, ni tampoco había estado a solas con un hombre con el que estuviera saliendo desde... que estaba casada. -le dijo con dificultad.
- Está bien. Entiendo. No te preocupes. No te sientas presionada a nada. Te traje porque de verdad quería estar en un lugar donde pudiéramos conversar con calma.
- Vale.
- A ver, ¿hace cuánto tiempo te divorciaste? -le preguntó él.
- Hace como unos cuatro años.
- ¿Y no has salido con nadie?
- No. Sé que suena triste pero es la verdad.

- Jajaja. Es más bien sorprendente. Tú eres una mujer muy atractiva. Supongo que muchos lo intentaron. -le comentó él.
- Recibí algunas invitaciones pero no acepté.
- ¿Por qué?
- Creo que no me sentía atraída o cómoda con ninguno.
- ¿Por qué consigue sí? -le preguntó él.
- No me dejaste mucha opción.
- Jajaja. ¿Sólo por eso?
- A decir verdad, me gusta mucho compartir contigo. -le confesó ella.
- Bueno, está mañana me preguntaste algo. ¿Me lo repites? -le dijo él.
- Quería saber si tú y yo estamos saliendo, hacían donde va esto.
- Como te dije pensé que estaba claro pero si no es así yo te lo aclaro. Me encanta estar contigo y si es de tu agrado, quiero salir contigo; y si es de tu agrado me gustaría que ese salir se convirtiera en algo más. -le dijo él.
- Gracias por aclarármelo.
- Ahora, yo quiero preguntarte algo. ¿Yo te agrado de la misma manera?, ¿yo te atraigo?
- ¿Tú que piensas? -le preguntó ella.
- Pienso que no te soy indiferente porque has accedido a salir conmigo; y ahora lo pienso aun más porque me acabas de decir que no salías con alguien desde hace tiempo. Si yo no te gustara seguramente no estarías aquí, pero estás. Sin embargo, no me lo has dicho de manera explícita.
- Es cierto. Tú me gustas, pero me cuesta decir cosas por el estilo. -le confesó ella.

- Entiendo. Entonces tendré que aprender a entender tus miradas, ya que te es difícil expresarte.
- Me gustaría aprender a ser una persona más clara, como lo eres tú. –le dijo Soraya.
- Te puedo enseñar si quieres.
- Pues confío en tus habilidades pedagógicas así que acepto tu propuesta.
- Te serviré otra copa. –le dijo él tomando la copa donde ella bebía.

Ella se sentía mucho más cómoda en comparación a pocos minutos atrás; los nervios habían cedido y le había dado paso a una sensación de tranquilidad y agrado por estar cerca de Cristóbal. Además, escuchar de su voz de manera directa, que se siente atraído hacia ella, era muy emocionante y excitante.

- ¡Salud! –le dijo él entregándole la copa de nuevo llena.
- ¡Salud! –Le respondió ella.
- ¿Hay algo más que quieras saber? –le preguntó él.
- Tengo cierta curiosidad pero me da mucha vergüenza preguntarte, me parece que es inmiscuirme demasiado.
- No seas tonta. Pregúntame. Me gustaría que pudiéramos comunicarnos bien, es algo que hay que aprender.
- ¿Qué le sucedió a tu esposa? Es que por la fotografía veo que era muy joven. –le dijo ella con timidez.
- Es una historia un poco dura.
- Lo sé, lo lamento. –le dijo ella intentando retractarse.
- No quiero decir que no te quiera contar, es que no lo hablo mucho porque es difícil, pero no tengo ningún problema en contártelo. Melisa y yo nos casamos siendo muy jóvenes porque Gabo, nuestro hijo, venía en camino. Fuimos muy felices por el tiempo que estuvimos juntos.

Ella era enfermera y algunas noches tenía que trabajar porque estaba de guardia. Una noche se fue al trabajo y en las inmediaciones del hospital donde trabajaba una camioneta la atropelló; y aunque la llevaron rápidamente e hicieron todo lo posible, el golpe fue fulminante. El conductor fue apresado y se comprobó que estaba bajo los efectos del alcohol. Hasta donde tengo entendido él sigue en la cárcel.-le contó él con tristeza en la voz.

- Cristóbal, no sabes cuánto lo siento. Es una historia terrible, creo que no debí recordártela.

- No te sientas mal. Es normal que quisieras saber qué sucedió; uno no espera que una persona tan joven muera.

- Debió ser demasiado duro para ti, perder a tu esposa siendo tan joven y tener que encargarte completamente solo de tu hijo.

- Sí, lo que más lamento es que Gabo haya crecido sin una madre. No fue una tarea sencilla criarlo; pero afortunadamente tuve ayuda de mis padres y de los padres de Meli. De hecho, su madre aun vive y yo la visito de manera frecuente; es como una segunda madre para mí. De alguna manera pienso que estando con ella puede llenar un poco el vacío de la pérdida de su hija.

- Eso es muy noble de tu parte.

- A mí me gusta estar con ella. Es una persona excelente. –Cristóbal sonrió.

- Qué bonito. –le dijo ella sonriendo.

- Un día te la puedo presentar. Tiene años insistiéndome que tenga una relación estable, que rehaga mi vida.

- Después de que tu esposa falleció, ¿no tuviste otras relaciones? –le preguntó ella.

- Sería un mentiroso si te dijera que no. He tenido algunas relaciones

cortas pero no han sido serias o estables.

- ¿Por qué no fueron más que eso? –le preguntó ella.

- Creo que no había tenido el suficiente interés, que no había sentido de verdad, que han sido asuntos muy superficiales.

- ¿Crees que lo de nosotros dos es eso o hay algo más?

- No tengo la duda de que hay algo más. –le dijo él con seguridad.

- ¿Cómo es que estás tan seguro?

- Por lo que siento cuando estoy contigo y cuando no estoy contigo.

Por las cosas que tenemos en común, porque pienso que podríamos llegar a entendernos muy bien. –le afirmó él.

- ¿Qué es lo que sientes cuando estás conmigo? –le preguntó ella.

- Me siento cómodo, emocionado, atraído profundamente por ti y me das una sensación de alegría que me encanta.

- ¿Y qué es lo que sientes cuando no estás conmigo?

- Me da ansiedad, no puedo dejar de pensar en ti, no veo la hora de poder verte.

- Está bien. –le dijo ella satisfecha de las respuestas.

- ¿Qué sientes tú?

- Como te dije para mi es difícil hablar de mis sentimientos y deseos con fluidez pero yo también me siento cómoda contigo, alegre, muy atraída y emocionada.

- Me alegra saber entonces que es recíproco. –le dijo él.

- Sí, estoy de acuerdo; las preguntas que te hice esta mañana surgieron por la necesidad de saber si lo que yo sentía también lo sentías tú.

- Puedes preguntarme lo que desees siempre, trataré de hablarte con sinceridad.

- Eso lo aprecio mucho. –le dijo Soraya sonriéndole.

- Tienes una sonrisa hermosa, me encantaría poder lograr que sonrieras más. –le dijo con suavidad.

Soraya se sentía nerviosa de la cercanía de Cristóbal pero al mismo tiempo sentía una necesidad de acercarse aun más que casi no podía contener. Él se aproximó a ella, le acarició con delicadeza la mejilla y acercó lentamente sus labios a los de ella. Soraya terminó de romper el espacio que existía entre ellos dos y alcanzó su boca. Ambos se besaron con la necesidad característica de la añoranza, pudieron tener la certeza de que el deseo no era solo propio sino mutuo.

Sus cuerpos buscaron el roce con el otro cuerpo mientras sus labios y sus lenguas se entrelazaban sin querer detenerse. Soraya sentía en Cristóbal un olor envolvente que la tranquilizaba, era dulce, grueso, amaderado y varonil. Le gustaba sentir el roce de su barba en su rostro. Cristóbal percibía una necesidad de protegerla y consentirla; pero al mismo tiempo sentía deseos de poseerla.

Ambos se dejaron llevar por sus deseos, y de un momento a otro, sin pensarlo estaban en la habitación principal del departamento, desvestiéndose uno al otro, acariciándose y sintiéndose. Había llegado hasta allí sin separar sus labios, sin dejarse de saborearse ni por un segundo. Hasta que Cristóbal despojó a Soraya de su sujetador y su boca pasó directamente a probar sus senos; ella se contorsionó de placer y se sostuvo de su cuello para poder soportar la avalancha de placer que le causaban sus besos.

Mutuamente terminaron de desvestirse y con sus manos recorrían y conocían el cuerpo del otro. Sus cuerpos se encontraban tibios al tacto y frenéticos de deseo. Luego de una gran faena de besos y caricias, entre delicadas, suaves y apasionadas; sus cuerpos fueron mucho más allá, uniéndose a un ritmo enérgico y acelerado. A Cristóbal lo estimulaba cada

vez más escuchar los jadeos que Soraya no podía evitar con cada embestida de sus deseos; y Soraya se la estimulaba sentir las manos de él explorando todo su cuerpo con tanto vigor y su respiración fuerte.

El vaivén de los cuerpos y el agarré de las manos sobre el cuerpo del otro se iba haciendo cada vez más y más intenso. Hasta que una tensión poderosa se internó en ellos desde lo más profundo; ambos se aferraron entre sí con fuerza hasta que sintieron una liberación avasallante. Luego, ambos permanecieron juntos, unidos en un abrazo, regalándose pequeños besos en los labios, las mejillas y el cuello.

- No te vayas. –le dijo Cristóbal a Soraya cuando intentó levantarse de la cama.
- ¿Quieres que me quede?
- Sí, por favor. –le pidió él.
- ¿Puedo ir al baño? –le preguntó ella.
- Para le baño sí.
- Ok, entonces iré.

Soraya se metió a la ducha y pocos segundos después sintió un pequeño sobre salto porque Cristóbal había ingresado a la ducha también. Ella nunca había compartido la ducha con nadie, ni siquiera cuando estuvo casada; por lo que estuvo algo tensa al principio, pero él supo como relajarla, sonriéndole, acariciándola, tomando sus manos y guiándolas para que esparciera el jabón por el cuerpo de él. Una vez que estuvieron listos para salir, él la abrazó con ternura por unos minutos, cerró la regadera, salió de la ducha, la recibió con una toalla y secó el agua que mojaba su piel de ella.

Cristóbal le prestó una camisa de él para que estuviera un poco abrigada. Luego ambos se acostaron abrazados y durmieron el resto de la noche de esa manera. En varias ocasiones, Soraya se despertó un poco desorientada y al

sentir a Cristóbal a su lado pensaba que era un sueño; cuando recordaba los acontecimientos de la noche y caía en cuenta de que era realidad, se sentía alegre, plena y enamorada. Se acomodaba a su lado y volvía a cerrar sus ojos.

Al amanecer, el sol se coló por la ventana y un rayó le dio justo en la cara a ella, anunciándole que el día había llegado. Soraya se despertó, buscó a Cristóbal en la cama, luego con la vista en el resto de la habitación pero no lo encontró. Se sintió un poco alarmada, pues estaba en un lugar desconocido, hasta que escuchó en ruidos en las afueras de la habitación; así que se levantó y vio a Cristóbal en la cocina.

- Buenos días. El desayuno está casi listo. Siéntate. Te serviré un poco de café. –le dijo él con una amplia sonrisa en el rostro.
- Gracias.
- ¿Cómo dormiste? –le preguntó él.
- Muy bien, ¿y tú?
- Dormí excelente. Gracias por haberte quedado conmigo.
- Yo también quería quedarme así que no tienes nada que agradecer. –le dijo ella.
- Me alegra saber eso, porque quiero proponerte que te quedes en mi vida. –le dijo él acercándose a ella y mirándola a los ojos.
- Ya estoy en tu vida.
- Quiero poder decir con orgullo que estás conmigo, que vienes conmigo, que estamos juntos. ¿Estás dispuesta a ello? –le preguntó él con esperanza en los ojos.
- Sí, estoy dispuesta y más que eso, es mi deseo.
- Era justo lo que quería escuchar. –le dijo él y le dio un beso lleno de ímpetu.

Aquella mañana tenía un brillo particular para los dos, no en el exterior

sino en el interior de ellos mismos. Ambos, de manera coincidente, pero también individualmente, sentían que habían superado una etapa complicada en sus vidas; que hoy por fin habían llegado a un lugar sincero, seguro y amoroso.

Soraya tenía la sensación de haber llegado donde siempre tuvo que estar, que antes había vagado por lugares que no eran para ella y que los brazos de Cristóbal eran el refugio que necesitaba para llenar su vida de cosas trascendentes. De pronto, supo que las prioridades en su mundo habían cambiado; que ahora se trataba de ellos dos juntos y una emoción indescriptible colmó su corazón.

En el caso de Cristóbal, percibía cómo todos sus miedos se esfumaban. Ahora ya no sentía temor de entregar sus sentimientos porque estaba seguro que Soraya lo valoraría y retribuiría la dedicación que él estaba dispuesto a dar. Por primera vez en muchos años, sentía la intención real de mantener una relación duradera y estable con alguien. Su emoción era tal que no veía la hora de poder decirle a todos que estaba feliz al lado de esa mujer.

Desayunaron juntos. A Soraya la comida le pareció exquisita y manifestó sentirse extraña de que alguien le cocinara, sobre todo en la mañana pues normalmente ella preparaba el desayuno y si no lo hacía, no era el más apetecible. Tuvo la sensación de que ahora en adelante no se volvería a sentir sola y eso la llenó de regocijo.

Ninguno de los dos podía recordar en ese momento, alguna otra mañana en la que fueran tan felices y se sintiera tan plenos; para ninguno de los dos era posible borrar de sus rostros las huellas de la satisfacción: una sonrisa amplia y un brillo sin igual en los ojos; eran los signos claros del amor en su etapa inicial. Era obvio para ellos y para cualquiera otra persona que los observara más de tres segundos.

Trescientos sesenta grados

A partir de aquel día, Soraya y Cristóbal comenzaron una relación mucho más íntima con mucha ilusión. Al principio, como en toda relación, tenían una atmósfera constante de novedad, de exploración constante. Después de algunas semanas juntos, Soraya aun no conocía a Gabo, el hijo de Cristóbal, y aquella era la noche escogida para ello. Ella se sentía nerviosa y él muy emocionado. Gabo estaba ansioso por conocer a la mujer que había encantado de tal manera a su padre.

- ¿Cómo me veo? –le preguntó Soraya a Cristóbal y a Oriana, antes de estar completamente lista.
- Te ves hermosa. –le dijo él con una sonrisa.
- ¿Lo dices porque se nos hace tarde y te quieres ir ya, por lo que no quieres que me cambie? –le preguntó ella con una mano en la cintura y mirándolo de manera acusativa.
- Sí se nos hace tarde, pero no te estoy mintiendo, te ves hermosa. – le respondió él con cuidado.
- Sor, te ves muy bien. Además, ya amarraste al que querías.
- Yo no lo amarré. Él me amarró a mí. –dijo ella y volvió a su habitación para ponerse los zapatos.
- Ya la escuchaste. –le dijo él a Oriana riéndose.

Pocos minutos después, Soraya apuraba a Cristóbal para no hacer esperar a Gabo. Se encaminaron a reunirse con él en un restaurante propiedad de un amigo, ya que no querían estar en ninguno de los lugares de trabajo pues sería difícil relajarse y concentrarse en conocerse y pasarla bien. Ella terminó de maquillarse en el coche.

- Estás preciosa mi amor. No te preocupes, te va a adorar. –le dijo él.
- ¿Alguna vez le has presentado a una mujer?

- ¿Te refieres a una novia?
- Sí, pero es que novia suena un poco a adolescente. –le comentó ella.
- Entonces está bien. Así me haces sentir tú.
- No sé si eso sea bueno o malo, de adolescente yo me la pasaba como deprimida.
- Jajajaja es un decir para manifestar que me haces sentir muy joven. –le dijo él.
- Vale, vale. ¿Crees que piense que soy muy joven para ti?
- ¿Tú piensas que eres muy joven para mí?
- Sabes que eso no me interesa.
- A él tampoco. No te preocupes.

Cristóbal estacionó el coche y rápidamente salió de él para abrirle la puerta y darle la mano a Soraya. La ayudó a bajar, se quedó parado frente a ella y le dio un pequeño beso en los labios tomándola por la cintura, seguido de un guiño de complicidad. Ellos se tomaron de la mano y caminaron al interior del lugar. A lo lejos, Cristóbal vio a su hijo y le hizo una seña. Él no estaba solo, venía acompañado por una mujer; Soraya imaginó que se trataba de la novia de él. Ambos lucían muy unidos.

- ¿Cómo estás hijo? –le dijo Cristóbal abrazándolo.
- Muy bien papá, ¿y tú?
- Muy bien acompañado. –le respondió él.
- Ya lo creo. –dijo Gabo, sonriendo de tal manera que Soraya pudo ver con claridad la similitud entre los dos.
- Mucho gusto, Soraya.
- Es un placer Soraya. Te presento a Laura, mi novia.
- Mucho gusto. –dijeron las féminas a la vez.
- Hola Laura, ¿cómo estás? –le preguntó Cristóbal dándole un beso

en la mejilla.

- Muy bien.
- ¿Cómo se porta este tío? –le preguntó Cristóbal en son de broma.
- Lo tengo encaminado. –le dijo ella.
- Excelente. Si se te quiere descarriar me avisas que yo también tengo mis métodos.
- Entendido. –ella le guiño un ojo.
- Siéntense por favor. Nosotros pedimos ya una botella de vino. Pediré que traigan el menú. –dijo Gabo.

Los primeros minutos de la reunión fueron un poco superfluos; hablaron de las bondades del vino, analizaron el menú, ordenaron y comentaron algunas ideas acerca del clima y del tráfico. Soraya se sentía un poco fuera de lugar pues los demás se conocían ya y conversaban con fluidez. Sin embargo, intentaba mantenerse activa en las interacciones. Por debajo de la mesa, no dejaba de sostener la mano de Cristóbal.

- Sinceramente me alegra mucho conocerte Soraya. Yo pensé que mi padre si había quedado para vestir santos ya. Después de tantos consejos de estilo e imagen, hubiese sido una pérdida. –le dijo él sonriendo.
- Pues has hecho un excelente trabajo porque se ve muy guapo. Así que te lo agradezco –le dijo ella.
- Pues el que tiene que agradecer es él, ya que lo ayudé a conquistar a una mujer tan hermosa como lo eres tú.
- Gracias.
- Eso lo aprendió de mí. –le dijo Cristóbal.
- Ya veo. –le dijo ella riendo.
- En serio te digo que me alegra ver a mi padre tan feliz y sé que tú eres la responsable de eso. Así que te lo agradezco.

- Él también es mi felicidad. –le dijo ella.
- Eso quería escuchar. Así que brindemos. ¡Por los comienzos! –dijo él alzando su copa.

Después de varios brindis, la cena llegó a la mesa. Fue inevitable que los tres chefs hicieran comentarios y análisis de diversos aspectos de los platos. Ahora, era Laura la que no se sentía tan incluida, ya que se dedicaba a algo completamente distinto; ella era diseñadora de interiores. Sin embargo, aunque tenía poco tiempo de relación con Gabo, se estaba familiarizando con la gastronomía.

Laura y Gabo se habían conocido cuando él decidió hacer unos cambios importantes en la decoración del restaurante; la compañía a la cual contrató para ello, envió un equipo de trabajo para la remodelación y ella formaba parte de este. Desde la primera vez que él la vio, no pudo quitarle los ojos de encima y no lo pudo disimular, a decir verdad ni siquiera lo había intentado porque a los dos días de conocerla la invitó a salir; ella no aceptó, al siguiente día él lo volvió a hacer y la respuesta se mantuvo. Esto mismo sucedió en repetidas ocasiones, hasta el día que la remodelación culminó.

Gabo se sentía decaído pues ya no tendría ninguna excusa para verla, pensaba que seguramente ella no deseaba salir con él porque lo creía muy joven, pues ella le llevaba cinco años; sin adivinar que ella no había aceptado porque estaba trabajando para él. Al finalizar el último día de remodelación, fue ella quien le pidió a él salir. Él no pudo controlar su emoción y en ese mismo instante la besó; aunque inmediatamente después se disculpó por su inesperado arrebato. Al día, habían transcurrido seis meses de esa primera salida y ambos estaban seguros de que querían compartir el resto de su vida juntos.

- Ya que es una noche de reunión y buenas noticias, quiero

anunciarles algo para aprovechar la oportunidad. Laura y yo, hemos decidido que nos vamos a casar. –dijo Gabo.

Soraya se sorprendió mucho ante aquel anuncio pero lo primero que pensó fue en cómo tomaría Cristóbal aquello; así que enseguida volteó su mirada hacía él, quien estaba en shock ante aquella noticia inesperada. Ella notó que él intentaba disimular sus dudas al respecto de esa decisión que su hijo le estaba comunicando en aquel momento.

- Felicitaciones chicos. –dijo Cristóbal y se levantó de su asiento para darles un abrazo a ambos jóvenes.

Después de aquel momento de tensión, sobrevino el tradicional brindis, presidido por Gabo. Los comprometidos se besaron y sonreían con inmensa felicidad ante la aprobación del padre de Gabo. Soraya no estaba segura si él realmente aprobaba la unión pues aunque no manifestaba lo contrario, ella notaba algo distinto en su energía. La reunión finalizó entre abrazos y mutuas felicitaciones.

- ¿Estás bien? –le preguntó Soraya al entrar en el coche con Cristóbal.

- No. –dijo él de manera categórica.

- Me lo imaginé. ¿Qué piensas? –le preguntó ella.

- No sé qué pensar, la verdad. –le dijo él sentado frente al volante pero sin avanzar.

- Vamos al departamento y allá conversamos. –le sugirió Soraya.

- Está bien. –dijo él con la mirada un poco perdida.

Cristóbal condujo en silencio, vía su departamento. Aunque no decía nada, en su mente muchas ideas se agolpaban. Soraya notaba por lo que estaba pasando pero pensó que lo mejor era esperar a que él se sintiera cómodo o dispuesto para decirle todo lo que estaba pasando por su mente.

- ¿Me quieres contar? –le dijo ella sentándose a su lado ya en el sofá del departamento.
- Quise preguntarle si es que ella está embarazada pero pensé que sería algo ofensivo para ellos. –comentó él con la mirada levemente perdida.
- Me imaginé que dirías que no estabas de acuerdo, me pareció verlo en tu cara.
- Creo que son demasiado jóvenes, no es el momento; pero no quise decir nada porque si algo he aprendido de ser padre es que cuando nos oponemos a algo, los hijos se empeñan más en esas cosas. Pensé que sería la mejor actitud por ahora, hasta que piense en cómo hablar con él. –le contó Cristóbal.
- Creo que fue lo mejor. –lo respaldó ella.
- ¿Tú qué opinas? –quiso saber él.
- Lo mismo que tú, que son muy jóvenes, que no debería haber apuro, que aún tienen muchas cosas que vivir antes de estar seguros de que esa es una decisión adecuada para ellos; pero nadie puede imponerles nada porque al fin y al cabo son adultos.
- Apenas.
- Es cierto, apenas. –estuvo de acuerdo Soraya.
- Me parece bien que vayas a hablar con él de manera más calmada y no hayas dicho nada hoy. ¿Nos acostamos? –le preguntó ella acariciando su espalda.
- Sí, vamos. –le dijo él con una pequeña sonrisa complaciente.

Aquella noche, Soraya abrazó a Cristóbal, le dijo en voz baja que todo estaría bien y él agradeció su compañía. Ella se quedó dormida algunos minutos después, pero él no logró conciliar el sueño sino después de varias horas; sin embargo, estuvo muy inquieto. Por lo que no paso una noche

plena, ni Soraya tampoco, ya que se despertaba por los movimientos violentos de él. Apenas él sol se asomó en el cielo, él se levantó de la cama, hizo una buena cantidad de café fuerte y se dedicó a cocinar un desayuno muy elaborado.

- No pudiste dormir mucho cariño, ¿cierto? –le preguntó ella al reunirse con él, en la cocina.
- No mucho mi amor. Y supongo que tampoco te dejé dormir bien a ti. –le comentó él.
- No mucho. –admitió Soraya.
- Disculpa, por favor. –le dijo él un poco avergonzado por la incomodidad que le había causado a ella.
- No te preocupes. Es natural y de todas maneras no hubiese preferido dormir en un lugar distinto a este. Yo quiero estar contigo apoyándote en todo momento.
- Gracias mi amor. –le dijo él y le dio un tierno beso en los labios.

Aquella mañana, como era usual ya, Cristóbal llevó a Soraya a su trabajo y él siguió su camino al de él. Ella se quedó un poco pensativa pues entendía que era algo que afectaría su vida de manera sustancial; y eso le preocupaba, porque hasta ahora todo había sido dulzura y emoción. Sin embargo, entendía que las relaciones son para apoyarse en todo momento, sobre todo en los más difíciles. Y justamente eso planeaba hacer en esta oportunidad, y en otras de ser necesario.

Cristóbal llegó al restaurante y su hijo ya se encontraba allí; él se sentía indeciso entre si hablar con él en ese momento o guardarlo para después. Se decidió por la segunda opción cuando al intentar hablar con él, lo vio tan contento. Sus dudas no tenían nada que ver con Laura, a él le parecía una buena mujer, trabajadora, amorosa e inteligente; su oposición radicaba en la

juventud de ambos y el poco tiempo que tenían de relación.

- Papá, ¿le diste anillo de compromiso a mamá? –le preguntó Gabo a su padre aquella mañana.
- Hijo, la verdad es que no. No tenía dinero y nos casamos un poco apurados porque tú no parabas de crecer.
- Entiendo. ¿Me quieres acompañar a escoger un anillo para Laura? – le preguntó con ilusión.
- Es algo que debes hacer con tu padrino de bodas hijo. –le apuntó Cristóbal.
- Lo sé, es mi manera de pedirte que seas el padrino.
- ¿De verdad? –le preguntó supremamente sorprendido.
- Sí.
- Pero soy tu padre, ser también tu padrino es un poco extraño.
- Tú no eres sólo mi padre, también eres mi mejor amigo. No creo que nadie se merezca más el trabajo que tú. –le dijo Gabo a su padre.
- Hijo, no sé qué decirte. Es un honor que pienses de esa manera en mí. No te imaginas lo emocionante que es; pero estaría mal de mi parte aceptar cuando no estoy convencido de que esa sea una decisión acertada. –no pudo evitar decirle Cristóbal a su hijo, el rostro de Gabo inmediatamente se transformó.
- ¿A qué te refieres papá? –acertó a preguntar Gabo.
- Son muy jóvenes, creo que deben pensarlo mejor.
- Tú te casaste antes que yo, si alguien no entendía esto, nunca pensé que serías tú. –le dijo Gabo en son de reclamo.
- Sí, me casé más joven que tú, porque tu madre estaba embarazada.
- ¿Sabes qué? No quiero discutir esto, no voy a dañar esta felicidad que tengo. –le dijo y se fue de la oficina donde se encontraban.

Cristóbal estaba preocupado pues no quería estar distante con su hijo, pero

no podía ser hipócrita ni mentiroso. No hubiese estado bien ayudarlo a escoger un anillo de compromiso cuando ni siquiera estaba convencido de ese compromiso. Estaba un poco alterado y no sabía qué hacer ahora. Llamó a Soraya y le contó lo ocurrido, ella quedó muy sorprendida y trató de darle palabras de aliento; sin embargo, ahora mismo se sentía muy decaído.

- Deja que pasen uno días quizás y habla con él. –le aconsejó ella.
- Me cuesta mucho saber que él está tan molesto conmigo, desde que su madre murió sólo hemos sido él y yo; muy unidos, siempre, para todo.
- Es difícil cariño. Lo sé, pero es normal que surjan diferencias, ahora él es un hombre.
- A mí me parece que es apenas un chico. –apuntó él.
- Es un hombre, joven y todavía muy inmaduro; pero él no lo ve así.
- Espero haber hecho lo correcto.
- Lo correcto es que seas sincero con él, así que lo fue.
- Te dejo. Debo encargarme del restaurante yo. Gabo se fue molesto y dejó el servicio.
- Está bien. Hablamos luego. Un beso para ti.
- Igual. –le dijo él y cortó la llamada.

Soraya sintió que Cristóbal había estado distante en la llamada y eso la preocupó mucho, pues no estaba segura de cómo actuar en este caso tan delicado. Y el día en el trabajo tampoco estaba siendo sencillo, estaba resolviendo algunos problemas que surgieron en relación a algunos productos que se habían dañado; después de un rato descubrieron la razón. El refrigerador más grande no estaba funcionando de manera correcta; y eso era muy grave. Así que ahora trataba de encontrar un técnico que fuera inmediatamente a revisarlo.

Después de mucho buscar, encontró a una persona que podía ir; revisó el refrigerador y reemplazó una pieza que estaba dañada. Inmediatamente ella se sintió aliviada, pero se habían perdido algunos productos importantes por la falla, lo que representaba una pérdida y la necesidad de reponerlos lo antes posible. Así que llamó a muchos proveedores, antes de encontrar a uno que tuviera la disponibilidad de llevar lo requerido de manera rápida, aunque con un recargó importante.

Justamente ese día, en el que todo era un desastre en el restaurante; se presentó Dorian, sin avisar. Por fin había regresado de su viaje y ahora estaba en el restaurante. Soraya se alegró mucho de verlo pero a la vez sintió cierta vergüenza, pues no era el mejor de los días en el local.

- Te aseguro que todo estaba funcionando a la perfección y hoy... ya ves. –le dijo ella, justificando.
- No te preocupes Soraya. Sé que has venido haciendo un trabajo estupendo. Lo que está sucediendo hoy es perfectamente normal y lo vamos a solucionar. Me alegra haber llegado en el momento justo.

Durante esa jornada, Soraya no realizó su servicio, pues estaba muy ocupada poniendo al día acerca de los acontecimientos y del papeleo a su socio. Incluso, Cristóbal la llamó en dos ocasiones y ella no se dio cuenta debido a las ocupaciones. Una vez que terminó por ese día, se dio cuenta de las llamadas y se las regresó.

- Hola cariño. Disculpa que no te contesté. Estaba reunida con Dorian, que llegó hoy, y nos extendimos; hubo dificultades en el local hoy. –le dijo ella al llamarlo.
- Tranquila mi amor. Solo quería saber si pasaba por ti.
- No te preocupes, ve a descansar que lo necesitas. Creo que Dorian va a llevarme a casa.

- Está bien. ¿Nos vemos mañana? –le preguntó él.
- Sí, claro que sí. Te mando un beso.
- Yo también te mando un beso.
- ¡Oye! ¿Estás bien? Por lo de Gabo. –le preguntó ella.
- Estoy preocupado, igual. Tú sabes.
- Ok, entiendo. Espero que se solucione pronto. –le dijo ella.
- Yo también. Hasta mañana. –se despidió él.
- Hasta mañana. –le dijo Soraya y colgó la llamada.

Soraya se encontraba ahora mucho más preocupada, en la voz de Cristóbal escuchó una distancia que la asustaba pues sentía que estaban a punto de enfrentarse a una crisis en un momento donde la relación no estaba completamente estable. Ella trató de despejar su mente de esos pensamientos, y confió en que las cosas mejorarían pronto sin causar grandes estragos. Dorian la llevó a su departamento, para aprovechar ese trayecto para seguir poniéndose al día con asuntos laborales.

- Gracias Dorian, me alegra que estés de regreso. –le dijo ella despidiéndose.
- Cuando quieras Soraya. A mí también me alegra estar de regreso y poder estar en contacto con este sueño que siempre tuve.
- Hasta mañana. –se despidió ella y se bajó del coche.

Por su lado, Cristóbal no pudo simplemente manejar hasta su departamento y acostarse a dormir sabiendo que su hijo estaba molesto con él; pues ni siquiera cuando era un pequeño, se habían distanciado por un disgusto. Así que decidió ir al piso de él para hablarle y aclarar las cosas lo mejor posible.

- Hola. ¿Puedo pasar? –le dijo Cristóbal parado frente a la puerta de Gabo.

- Pasa. –le dijo él de manera áspera.
- Creo que necesitamos hablar.
- ¿Acaso ya no dijiste suficiente? –le preguntó Gabo.
- Necesito que me digas qué es lo que te molesta tanto.
- Papá, ¿no es obvio?
- Mira Gabriel, vine para acá para que hablemos y resolver las cosas; pero no puedo hacerlo todo, así que necesito que colabores.
- A mí me parece que viniste para acá a convencerme de que no debemos casarnos. –le apuntó Gabo.
- No, quiero que expresemos nuestras razones y luego veremos qué pasa.
- Entonces dime tus razones. Te escucho. –le pidió su hijo.
- Tienes apenas diecinueve años hijos, estás al inicio de tu juventud, de tu vida. Creo que tienes muchas cosas por experimentar antes de adquirir una responsabilidad tan grande como lo es un matrimonio. A menor edad hay mayor posibilidad de separación, y eso es algo muy duro; aunque no lo vean aun son inmaduros. A tu edad, yo no tuve la oportunidad de hacer muchas cosas que pienso que tú puedes hacer ahora: viajar, aprender, experimentar. Lo único que quiero es el bien para ti. Me preocupa que posteriormente te arrepientas de esta decisión. Yo no dudo que ustedes se amen hijo, sé que lo hacen y por eso pienso que pueden esperar un tiempo. –le explicó él.
- Papá, siento que toda mi vida me estuviste engañando. –le dijo Gabo.
- ¿Por qué dices eso? –le preguntó Cristóbal sorprendido.
- Siempre me has dicho que fuiste muy feliz con mi madre, que fueron los mejores años de tu vida, que no te arrepientes de nada a pesar de lo duro que fue perderla; que lo único que lamentas es que

hubieses deseado poder tener más tiempo con ella. Yo crecí escuchando eso, queriendo tener un amor tan profundo como el que pienso que ustedes tuvieron. Ahora me dices que no me una a la mujer que amo profundamente, pero para mí es vivir lo que tú no pudiste; tener la mayor cantidad de tiempo con el amor de mi vida. Sé que es ella, y no quiero perder tiempo, no quiero que el tiempo se me escape. Yo quiero vivir todas esas cosas que tú me dices, pero con ella; tal y cual lo hubieses querido hacer tú al lado de mi madre.

La lógica de Gabo era irrefutable. Algo en la mente de Cristóbal se abrió y comprendió completamente la posición de su hijo; supo que tenía la razón, él hubiese hecho exactamente lo mismo en su posición. Cristóbal se sintió sobrepasado por los sentimientos y por los recuerdos, sentado frente a su hijo por primera vez desde que había muerto su esposa, lloró.

Gabo se sentó junto a él y ambos lloraron sentidamente, sostenidos uno en el otro. Sin manifestar una sola palabra, Cristóbal le dijo a su hijo que lo apoyaba totalmente en su decisión, que estaría con él para bien o para mal, que podía contar con él siempre. La tristeza de los recuerdos amargos se convirtió poco a poco en alegría por la posibilidad de encontrar la felicidad completa. Aquella noche terminaron brindando por el amor, por los hijos, por la vida, por la felicidad y por muchas otras cosas. Cristóbal no sólo apoyaba la decisión, sino que también decidió aceptar la propuesta de su hijo de ser el padrino de la boda, y al otro día irían juntos a comprar el anillo de compromiso para Laura.

Trescientos setenta grados

Al siguiente día, Cristóbal apareció en el restaurante de Soraya muy emocionado por los últimos acontecimientos. No quiso contarle por mensajes o llamada, quería conversar directamente con ella acerca de lo que habían

hablado y de la manera como se habían complementado. Ella no pudo recibirlo inmediatamente porque estaba recibiendo a unos proveedores así que la esperó en la oficina.

- Buenos días. –le dijo Dorian entrando a la oficina.
- Hola. Buenos días. Debes ser Dorian. –le dijo Cristóbal extendiéndole la mano.
- Así es. Y tú eres... -alargó la frase para recibir una respuesta, aceptando el saludo.
- Cristóbal, el novio de Soraya.
- ¿De verdad? ¡Qué bien! No tenía ni idea. –le dijo él.
- Supongo que no han tenido mucho tiempo para hablar.
- De hecho no, hemos estado muy ocupados con todos los asuntos del restaurante. –le comentó el.
- Estamos juntos recientemente.
- Pues me alegra mucho por ustedes, ella es una mujer hermosa y realmente valiosa.
- Sí, lo es.
- Hola. –saludó Soraya entrando a la oficina.
- Hola mi amor. –le dijo él levantándose para saludarla con un beso.
- ¿Me esperaste mucho?
- No, tranquila.
- Buenos días Dorian, ¿Qué tal?
- Buenos días Soraya. Muy bien, aliviado de poder estar aquí.
- Nosotros también estamos aliviados acá con tu presencia, sobre todo yo. –le dijo ella.
- Me imagino.
- ¿Tienes un minuto para hablar? –le preguntó Cristóbal.
- Sí, vamos afuera. –le dijo Soraya a Cristóbal.

- Ya regreso. –le dijo ella a Dorian.

Cristóbal y Soraya se dirigieron a la barra para poder conversar. Ella pidió que les llevaran par de tazas de café. Ella estaba un poco extrañada de que él no le haya anunciado antes que iría a verla tan pronto; por lo que se sintió insegura de lo que pudiera decirle. Le había escrito en la mañana y él no había contestado el mensaje.

- Te escribí temprano pero no me contestaste. –le dijo ella.
- Sí, disculpa amor. Es que quería hablar contigo directamente.
- Está bien cariño.
- Anoche hablé con Gabo.
- ¿De verdad?, ¿cómo te fue? Cuéntame. –le pidió ella.
- Muy bien, mejor de lo que esperaba. Sé que son muy jóvenes, pero lo escuché y lo entiendo. Si yo sintiera lo que él siente haría lo mismo así que le brindé todo mi apoyo. –le contó él.
- ¿De verdad? –le preguntó ella.
- Sí.
- Me sorprende. ¿Crees q es lo mejor?
- Pues, después de todo si no se apuesta no se gana. Claro que temo que no sea una decisión acertada, pero puede pasar a cualquier edad; prefiero apoyarlo. Esta tarde lo acompañaré a comprar el anillo de compromiso pues quiere que sea su padrino de bodas. –le contó Cristóbal.
- Pues si es tu decisión yo te apoyo cariño. –le dijo ella y le dijo un beso.
- Esta noche él se lo entregará, es una sorpresa. Quiere hacerlo en una celebración íntima en el restaurante. Vine a invitarte.
- Claro cariño, hablaré con alguien para que termine mi servicio y estaré allí. –le dijo ella.

- Excelente. Paso por ti más tarde. Ahora te dejo para que trabajes. – le dijo él y le dijo un gran beso en la boca.
- Chao. –le dijo ella con una sonrisa.

Soraya volvió al trabajo, aliviada de saber que la crisis que presentía se había esfumado, sentía que todo estaría mucho mejor de los que esperaba; cada día se sentía más enamorada de Cristóbal, ahora con Dorian en el restaurante podría cederle algunas responsabilidades y encargarse más de disfrutar su relación.

- Soraya, necesito hablar contigo urgentemente. Nos vemos en la oficina. –le dijo Dorian.
- Voy en seguida. –le dijo ella un poco extrañada por la seriedad.

Ella estaba revisando junto con Samuel el menú para la cena de aquella noche. Se disculpó con él y se dirigió a hablar con Dorian. Al entrar en la oficina, notó que él estaba acompañado por José Luis, el bar tender del restaurante; lo cual le pareció extraño, supuso que había habido algún inconveniente con él o algo por el estilo.

- Hola. –le dijo a José Luis.
- Hola chef. –le respondió él.
- Dime Dorian. ¿Hay algún problema?
- No Soraya. Todo lo contrario. Hay muy buenas noticias.
- Ahora siento más curiosidad.
- Nuestro amigo José Luis, tiene contactos en la Guía Michelin y le informaron que nos tienen en la mira, que pronto vendrán a visitarnos. –le contó Dorian con una gran sonrisa en los labios.
- ¿De verdad? –dijo ella con una emoción que no podía ocultar.
- De verdad. –le dijo José Luis.
- Eso quiere decir que podrían venir en cualquier momento.

Debemos estar muy atentos, no podemos descuidar nada, todo tiene que ser perfecto día tras día, noche tras noche. Este es tu sueño haciéndose realidad Soraya.

- Es cierto. –dijo ella con el corazón acelerado.

Ella salió de la oficina con las manos temblorosas y muy emocionada. Lo primero que pasó por su cabeza fue llamar a Cristóbal, contarle, celebrar con él; sabía que si alguien entendería lo que estaba sintiendo era él. Al mismo tiempo estaba abrumada por todo el estrés que sabía que se le venía encima a partir de esa noticia.

- Aló. –Cristóbal le contestó la llamada.

- Cariño, te tengo una noticia.

- Dime mi amor.

- Nos llegó el dato de que la Guía Michelin vendrá a evaluarnos. –le dijo emocionada.

- ¿De verdad? –preguntó él sorprendido.

- ¡Sí!

- Soraya qué bueno. Felicidades. No te imaginas lo orgulloso y emocionado que me siento.

- Sabía que así sería. –afirmó ella.

- Sé que la ganarás. Te has esforzado mucho.

- Gracias.

- Esa es otra noticia para celebrar esta noche. –le dijo él.

- Es cierto. Regresaré a trabajar. Te quiero. –le dijo ella por primera vez.

- Yo también te quiero. –le contestó él.

Esa misma tarde, Dorian y Soraya hicieron una reunión con los principales empleados del restaurante para informarles acerca de este

acontecimiento y darles instrucciones muy concretas de las cosas que debían hacer y las que no. De ahora en adelante, debían ser mucho más perfeccionistas, no se les podía escapar absolutamente nada; de eso dependía el futuro del negocio. Todos se pusieron muy emocionados pero a la vez tensos con la noticia. Sabían de la importancia de aquello y de los que significaba en sus carreras también.

- Soraya, necesito decirte algo. –le dijo Samuel un rato antes de suplirla en su servicio de aquella noche.
- Claro, cuéntame.
- Me siento inseguro de suplirte hoy con todo este asunto de la guía. Me siento asustado y estresado; ni siquiera quiero imaginar que perdamos la estrella por mi culpa.
- Samuel debes calmarte. Tú sabes hacer este trabajo tan bien como yo. Ellos pueden venir a cualquier hora, no se limita al horario de mi servicio. –le dijo ella.
- Lo sé, pero así me siento. Incluso, quería pedirte que supervises mi servicio de ahora en adelante. Sé que es mucho trabajo pero creo que es lo mejor que podemos hacer para asegurarnos de que esta estrella se quede aquí. –le explicó él.
- Entiendo. Déjame ver qué puedo hacer. –le dijo ella.

Soraya se había comprometido con Cristóbal para la celebración de aquella noche, pero sabía que él entendería las razones por las que debía quedarse hasta que su servicio terminara; era trascendental tener todo perfecto a cada momento. Su presencia haría sentir más seguro al equipo de trabajo y esta era su mejor oportunidad para obtener el éxito que siempre ha deseado.

- Aló. –escuchó que Cristóbal le contestó la llamada.

- Hola Cariño. ¿Cómo estás? –le preguntó ella.
- Muy bien, ¿y tú?
- Bien pero un poco complicada. –le contestó ella.
- ¿A qué se debe? –le preguntó él extrañado.
- Samuel me dijo que no podía hacerse cargo de mi servicio y no me queda otra opción dirigirlo yo.
- Pensé que vendrías. –le dijo él un poco contrariado.
- Sí, apenas salga de aquí corro para allá; no es necesario que vengas por mí, yo tomaré un taxi.
- Está bien. –le dijo un poco decepcionado.
- ¿Seguro?
- Sí, no me agrada pero entiendo. –le expresó él con sinceridad.
- Prometo que te compensaré.
- Vale. Lo tendré en cuenta.
- Vale. Te mando un beso.
- Igualmente. –le dijo él y colgó la llamada.

Ella inconscientemente pedía para que el esfuerzo y sacrificio que hacía valiera la pena al final. El resto del día se dedicó a trabajar de manera ardua, atendiendo cada uno de los detalles y al mismo tiempo mostrándole a Samuel lo minucioso que debe ser siempre, de tal manera que él pudiera hacer lo mismo que ella, en caso de que estuviera ausente por algún motivo.

El servicio de aquella noche estuvo más movido de lo normal, no por la cantidad de personas que asistieron sino por el nivel de estrés que se había apoderado de cada uno de los integrantes del equipo, ya que estaban conscientes que lograr la estrella michelín dependía de que todos en conjunto hiciera un trabajo impecable e inmaculado.

Al terminar la jornada, Soraya corrió inmediatamente en busca de un taxi

que la llevara al restaurante de Cristóbal. Había recibido algunos mensajes de él, preguntándole si le faltaba mucho y ella aún no le había contestado, ya que deseaba poder decirle que pronto estaría con él. Así que una vez que estuvo en camino, lo hizo.

- Hola. –le dijo a Cristóbal al oído tomándolo por sorpresa desde atrás.
- ¡Soraya, qué bueno que llegaste! –dijo Gabo y se levantó a abrazarla.
- Sí, por fin pude llegar.
- Mira el anillo de mi futura esposa. –le dijo él.
- Está hermoso. Felicitaciones Laura.
- Sí, es hermoso.
- Mi padrino me ayudó a escogerlo. –le dijo Gabo.
- Es que tu padrino tiene muy buenos gustos.
- Jajaja definitivamente. –manifestó Gabo.

Soraya notó que Cristóbal estuvo parte de la velada un poco distante, pero al paso de los minutos fue acercándose. Gabo y Laura estaban muy animados, al igual que algunos amigos de él que se encontraban allí. Ella se sentía muy cansada por la actividad del día pero intentó mantener la energía pues quería celebrar la felicidad de Cristóbal y la de su hijo.

- ¿Nos vamos? –le preguntó Cristóbal al notar su agotamiento.
- No es necesario, nos podemos quedar otro rato. La celebración aun no termina.
- Creo que podemos dejarle el resto de la noche a los más jóvenes para que celebren a su gusto.
- ¿Seguro? –le preguntó Soraya.
- Sí.

- Vale. Está bien. –accedió ella.

Ambos se despidieron de los novios muy cariñosamente y se fueron al departamento de Cristóbal. De manera inmediata, Soraya se dio un baño y se acostó en la cama, quedando completamente inconsciente en cuestión de minutos; el cansancio le pesaba directamente en los párpados. Cristóbal la observó dormida y le dijo algunas cosas que hubiese querido conversar con ella, a pesar de que sabía que no podía escucharlo; luego de un rato, él también se durmió a su lado.

A la mañana siguiente, Cristóbal se despertó y a su lado no se encontraba Soraya, lo cual le pareció muy poco usual. Al levantarse, la encontró en la cocina, haciendo el desayuno de manera muy diligente. Tenía una camisa de él puesta, y tarareaba una canción que él no podía reconocer, seguramente porque ella tenía un oído musical que dejaba mucho que desear y le era imposible seguir el ritmo de una canción de manera adecuada. Aquello, a él le pareció una escena muy agradable y divertida.

- Buenos días. –le dijo en voz más alta de lo normal.
- ¡Ay! Qué susto me diste. No te sentía llegar. –le dijo, a la vez que se acercaba a él para darle un beso en los labios.
- Disculpa linda. Yo también me asusté cuando no te vi a mi lado.
- ¿Pensaste que me había escapado de ti? –le preguntó abrazándolo.
- Algo así pensé. –al fondo se escuchó el móvil de Soraya repicando.
- Préstale atención al desayuno mientras contesto, por favor.
- Ok.

Mientras Cristóbal se quedó en la cocina, escuchó que Soraya conversaba por teléfono; dedujo que lo hacían con Dorian, por el tono y la temática de la conversación. Él terminó de hacer el desayuno, lo sirvió y tuvo que esperarla algunos minutos para comenzar a comer. Se sintió un poco irritado pues

quería ese tiempo para compartir con ella; sin embargo, optó por no darle importancia al asunto.

- Disculpa cariño. –se excusó Soraya.
- Ya está servido. –le dijo él.
- Gracias.
- Gabo y Laura harán un viaje de unos días para celebrar juntos su compromiso. –le contó él.
- Qué bien. ¿Cuándo se van? –le preguntó ella.
- Hoy.
- Qué rápido.
- Sí, al parecer no pueden esperar a la luna de miel. –dijo él riéndose.

Después de una interesante ducha juntos, ambos estuvieron listos para emprender su camino al trabajo. En la planificación del día de Soraya, tenía previsto atender algunos proveedores con los cuales aprovecharía la oportunidad para solicitarles otros pedidos y decirles que contaban con ellos para obtener los mejores productos, aquellos que les permitieran hacer los platos de la mejor calidad. Así mismo, tenía pensado preparar una salsa de anchoas para una pasta que quería incluir en el menú.

Sin embargo, su día se había trastocado un poco cuando contestó la llamada de un número desconocido, pensando que seguramente sería de parte de alguno de sus proveedores de alimentos. Pero se había equivocado, quien la llamaba era su padre. A ella prácticamente se le había olvidado que tenía uno, casi nunca pensaba en él ni mucho menos lo mencionaba. De hecho, no reconoció su voz al escucharla, sonaba distante y desconocida.

No recordaba exactamente cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se habían comunicado. Creía que había hablado con él unas dos veces desde la muerte de su madre y desde el funeral de su madre, no lo había

visto. Él había asistido, ya que aunque tenía muchísimos años separados, resintió saber que había muerto; pues según decía era la mejor persona que conoció en toda su vida.

Los padres de Soraya se habían separado cuando ella contaba con cuatro años de edad, es decir que no recordaba aquel acontecimiento; y quizás era lo mejor. Su madre le había explicado que él se había ido pues tenía el deseo de conocer otros territorios, vivir experiencias nuevas y con ellas no era posible. Así que ella le concedió su libertad y él la ejerció. Poco supo Soraya acerca de su padre durante su niñez, puesto que se fue para no regresar y no tuvo la delicadeza de mantenerse en contacto con su hija. Su madre enfrentó toda la responsabilidad de criarla, y a pesar de ello, nunca habló mal de él en presencia de Soraya; simplemente era un tema que no se tocaba.

En su llamada, le dijo que deseaba verla, que quería que se reunieran pronto. Ella le dijo que por ahora estaba muy ocupada en el trabajo pero que apenas tuviera un poco de tiempo disponible lo llamaría para concretar una visita. Él comprendió y le dijo que estaría atento y deseoso por su llamada. Soraya no estaba segura si aquello era una excusa o si realmente en algún momento se decidiría a llamarlo de nuevo, pero le pareció que aquella era la mejor respuesta por el momento.

De manera casi obsesiva, Soraya preparó la salsa de anchoas por lo menos ocho veces sin éxito. A pesar de que a sus cocineros les parecía que estaban bien, las preparaciones terminaban irremediablemente en la basura y ella se sentía frustrada de no obtener el sabor que estaba buscando. Finalmente se rindió por aquel día, sabía que su estado anímico ya no le permitiría obtener lo que deseaba.

Mientras tanto, Cristóbal se encargaba de algunas responsabilidades de su restaurante y se preparaba para iniciar aquel día un ciclo de talleres de

comida tradicional que había decidido dictar en su local. Pensaba que la experiencia sería interesante y le daría aun más renombre al restaurante. Debido al auge de Soraya como chef, a él se le ocurrió que podía invitarla un día para compartir con los asistentes.

- ¿Qué tal tu día? –le escribió él a Soraya después del mediodía.
- Muy ocupado y con una noticia fuera de lo común.
- ¿Qué noticia? –le preguntó él.
- Me llamó mi padre, dice que quiere verme. –le contó ella.
- ¿Tu padre? Eso es inusual.
- Lo es.
- Deberías verlo. –le sugirió Soraya.
- Es probable.
- Si quieres te acompaño.
- Cuando esté menos ocupada pensaré en ello.
- Está bien.

Pocos minutos después de la breve conversación entre ellos, Soraya entró a su servicio del día. A su vez, Cristóbal debía ir a un local de la ciudad para redactar una crítica que le había pedido la revista para la cual escribía. Justamente cuando iba en camino al lugar, recibió una llamada que ningún padre desea recibir.

- ¿Estoy comunicado con Cristóbal Aparicio?
- Sí, ¿con quién tengo el gusto?
- ¿Usted es el padre de Gabriel Aparicio? –le preguntó sin contestar.
- Así es. –respondió Cristóbal ya ansioso por el tono lúgubre de aquel hombre que le hacía preguntas.
- Su hijo abordó hoy un tren con destino a Francia. Lamentablemente hubo una colisión por causas que aún se desconocen. Los lesionados

están siendo trasladados en este momento al hospital del norte de la ciudad. Estamos llamando a todos los familiares para que se presenten en el lugar.

Cristóbal estuvo a punto de chocar al escuchar las palabras que retumbaron en su cabeza. Inmediatamente se orilló en la carretera para tratar de deducir si aquello que estaba sucediendo era una pesadilla o era la realidad. Sentía que el mundo entero le daba vueltas, no podía sentir sus manos, ni sus piernas; lo único que lograba percibir era el latir desbocado de su corazón.

- Señor, ¿me escuchó?, ¿está allí? –le preguntaron del otro lado.
- Sí.
- Por favor, diríjase al hospital para poder darle más noticias acerca de su hijo.
- Está bien. –dijo él y colgó la llamada.

Él temblaba. No sabía qué hacer, quería correr adonde su hijo pero no podía conducir. Sus extremidades estaban débiles y no lograba hacerlas reaccionar; apenas pudo desbloquear el móvil que aun tenía en sus manos para llamar a Soraya, pero lo único que escuchó fue el repique, lo volvió a intentar tres veces más con el mismo resultado. Entonces, respiró profundo varias veces, intentó calmarse y ponerse en marcha; era lo único que podía hacer.

De manera, pausada pudo mover el coche rumbo a su destino, cuando por fin pudo llegar al hospital, encontró una cantidad incontable e insólita de personas que solicitaban información sobre sus familiares que al igual que su hijo se encontraban en el tren accidentado; por lo que era difícil acceder a las noticias. El personal del centro no se daba abasto para atender a todas las personas que hacían requerimientos. Cristóbal se sintió desorientado, de

manera inevitable recordó la peor noche de su vida, cuando había recibido una llamada similar a la de entonces.

- ¿Usted es Cristóbal Aparicio? –le preguntaron al teléfono.
- Sí.
- Su esposa acaba de sufrir un accidente. Debe venir inmediatamente al hospital. –le dijeron.

Cristóbal pensó que le había sucedido algo de poca importancia, una torcedura de tobillo, una caída o algo por el estilo; se dirigió al hospital con su hijo dormido cargado en el hombro pues no tenía con quien dejarlo. Por su pequeño, tuvo que mantenerse firme ante la terrible noticia del fallecimiento de la mujer que amaba. Pero ahora era distinto, si algo le había pasado a su hijo, ya no creía que fuera posible recuperarse de ese golpe.

La única información que él manejaba hasta ahora era la que escuchaba entre los demás familiares. El tren había anunciado que tenía un desperfecto, el conductor no logró controlarlo y se había descarriado. Sabía que muchas personas habían fallecido pero aun las identidades no estaban claras por la gran cantidad de personas que viajaban.

Cristóbal se sentó en un lugar que encontró en la sala de espera, desde allí veía como llamaba a algunos familiares para hacer reconocimiento de cuerpos y salían completamente inconsolables del interior de una sala que se veía al fondo del lugar. Las reacciones eran tal, que algunos de los familiares tuvieron que ser atendidos también por los médicos. Mientras tanto, él permanecía sentado, sin siquiera intentar acercarse a la zona que se había previsto para dar información sobre los lesionados.

No tenía la valentía para preguntar por su hijo. Prefería mantenerse ignorante, pues si nadie le decía lo contrario, su hijo estaba con vida, y podía sentirlo; no quería enfrentarse a la posibilidad de que le dijera que ya su hijo

no volvería a estar con él. Aquello era intolerable, elegía no saber.

Mientras estaba sentado en aquel lugar, intentó llamar en muchas otras oportunidades a Soraya pero no lograba comunicarse con ella. Así que decidió dejarle un mensaje. No estaba seguro si había podido expresar las palabras que pasaban por su mente para explicarle la situación; pero había hecho su mejor esfuerzo.

Luego recordó a Laura, ella también estaba en el tren; el corazón se le encogió aun más y trató de buscar con la mirada entre la multitud de personas desesperadas a los padres de ella. Pero tampoco tuvo éxito. Él no podía dejar de temblar, el ruido de las personas a su alrededor hablando, llorando, lamentándose; lo aturdían enormemente, pero no podía ir a otro lugar. Tenía que estar allí, cerca de su hijo.

El se encontraba completamente paralizado, presa del pánico que le helaba lo huesos y le golpeaba directamente en el pecho. Si de algo estaba seguro era de que prefería la muerte, antes de ver a su hijo sin vida en una camilla. Ese era su pensamiento recurrente, el que no podía eliminar de su mente.

Trescientos noventa grados

Soraya estaba a punto de culminar con su servicio cuando buscó en sus bolsillos su móvil, no lo encontró; lo cual le pareció extraño, debió haberlo dejado en la oficina. No le dio importancia, pensó que lo revisaría al culminar con los últimos platos pendientes de la jornada. Una vez que todos los clientes se habían ido satisfechos, Soraya les pidió a los integrantes de su equipo que dejaran las cocinas limpias. Ella fue a la oficina para recoger sus cosas, seguramente en unos minutos Cristóbal llegaría a buscarla.

- Soraya, Gabo tuvo un accidente; estoy en el hospital del norte. –fue el mensaje que escuchó en su móvil de parte de Cristóbal.

Su corazón comenzó a latir desbocado; verificó que él había intentado comunicarse con ella en más de diez ocasiones. Sin pensarlo, tomó su cartera y corrió a la calle para tomar un taxi que la llevara al lugar. Al mismo tiempo intentaba llamar a Cristóbal pero la torpeza de sus manos nerviosas se lo dificultaba.

Después de algunos minutos eternos de extenderle la mano a cuanto coche pasaba frente a ella, pudo tomar un taxi que la llevara al hospital. Ya sentada logró hacerle una llamada a Cristóbal, pero inmediatamente cayó el buzón de voz. Ella pensaba lo peor, no entendía qué estaba sucediendo y no lograba comunicarse con él. Se sentía perdida y desesperada.

Se bajó del coche y literalmente corrió al interior del hospital, donde se encontró con una gran cantidad de personas notablemente preocupadas. Ella buscaba a Cristóbal entre la multitud; no se atrevía a preguntarle a ninguno de los presentes qué había pasado ya que temía que fuera inapropiado. Ella seguía intentando llamarlo mientras lo buscaba, pero él móvil parecía estar apagado.

- Soraya. –escuchó, más bien como un susurro y buscó la voz, pero tardó algunos segundos en ver a Cristóbal.

Estaba sentado en una de las sillas de la sala de espera. Estaba completamente pálido, tembloroso y con la mirada perdida. La miró como tratando de decirle algo sin poder musitar otra palabras más que su nombre, él no se pudo levantar de la silla, ella corrió hasta donde estaba sentado y se arrodilló de frente a él.

- ¿Qué pasó? –le preguntó muy ofuscada.

- El tren tuvo un accidente. Hay muchos muertos y mucho heridos. – le contestó él.

- ¿Qué sabes de Gabo?

- Nada.
- ¿Por qué no te han dicho nada? –le preguntó ella.
- No he podido preguntar. –le contestó él con los ojos inundados de lágrimas.

Soraya comprendió que aquella situación lo superaba completamente a él y que ella debía ser su apoyo en ese momento. Así que ella se armó de valor para dirigirse al área de información para preguntar acerca del estado de Gabo y de Laura. Estando allí, tuvo que sortear a varias personas que intentaban preguntar también.

- Gabriel Aparicio y Laura, su acompañante; no estoy segura del apellido de ella. –logró por fin decirle a la enfermera.

Después de recibir la información, Soraya regresó estremecida donde Cristóbal. No sabía cómo expresarle lo que le había dicho, nunca había estado en una situación similar a ésta. Estaba segura que lo que tenía que decirle lo iba a estresar aún más, pero no tenía otra opción. Vio en su mirada un océano lleno de tormentas a punto de crecer.

- ¿Qué te dijeron? –le preguntó él.
- Me dijeron que no tiene información concreta acerca de ellos dos. Al parecer aun no están aquí. Me pidió que mantuviéramos la calma ya que los trasladados primero fueron los lesionados que requerían mayor atención. Algunos pasajeros no sufrieron tantos daños y aun no han llegado al hospital. –le explicó ella.
- Los que no requerían atención... Es decir, los de lesiones leves y los fallecidos. –recapituló él.
- No pienses así Cristóbal. Creo que debemos esperar lo mejor. –le dijo ella.

Desde ese momento, él no dijo ninguna palabra por un buen rato; su

mirada estaba completamente perdida y Soraya no sabía cómo hacerlo reaccionar o si en realidad quería hacerlo reaccionar. Ella permanecía sentada a su lado, sin decir nada pero intentando demostrarle que lo apoyaba. Se levantó y fue por un jugó, se lo entregó y él lo bebió sin decir nada.

- ¿Señorita, sabe si ya llegaron el resto de los pasajeros? –le preguntó Soraya de nuevo a la enfermera.
- Tenemos entendido que estar por llegar. –le dijo ella en tono compasivo.
- Gracias. –regresó Soraya a su lugar al lado de Cristóbal.

Era completamente inverosímil pensar que hacía tan sólo veinticuatro horas atrás ellos estaban reunidos con Gabo y Laura, celebrando su compromiso, riendo, bebiendo y bailado de felicidad y ahora, se encontraban en un hospital esperando que les dieran noticias acerca de ellos. Todo se sentía irreal y terrible, era como una pesadilla llevada a la vida real, como una historia de terror.

Soraya observó que hacia el área de información había de nuevo mucho movimiento, presumió que ya habían llegado el resto de los lesionados y su corazón dio un vuelco dentro de su pecho. Se levantó enseguida del asiento y camino a paso atropellado hacia el lugar, sintiendo la mirada pesada de Cristóbal sobre su espalda. Ya muchas personas se habían aglomerado para saber acerca de sus familiares, para Soraya era difícil alcanzar la primera fila que le permitiera preguntar por Gabo.

- Gabriel Aparicio. –alcanzó a decir Soraya una vez que por fin tuvo la oportunidad.

La enfermera comenzó a buscar en una cantidad de páginas, buscaba hacia adelante y hacia atrás, pasando y devolviendo páginas. Finalmente pareció encontrar entre las letras algo que encajara con la búsqueda de Soraya. Marcó

algo con un lápiz y fue al ordenador, buscando en el sistema. Soraya sentía que ya no podía soportar las ansias y la presión que le recorrían todo el cuerpo, quería romper en llanto.

Cuando por fin, la enfermera le dio la información requerida; Soraya no pudo sino comenzar a llorar y se alejó rápidamente de la multitud. Ella corrió hacia Cristóbal, quien sintió que su espíritu salía de su cuerpo cuando la vio regresar con el rostro lleno de lágrimas; sintió que no quería saber, quiso salir corriendo pero simplemente su cuerpo no respondía a los comandos que él le dictaba.

- Cristóbal... Gabo está bien. –le dijo en medio de llanto.
- ¿Qué? –le preguntó él, convencido de que había escuchado mal.
- Están bien. –le repitió mirándolo a los ojos y lo abrazó.

Por fin Cristóbal pudo moverse y reaccionar. Él también comenzó a llorar; por primera vez, comprendió que el llanto podía ser también un signo de alivio, un mecanismo para sacar la tensión acumulada en el corazón. Se aferró en los brazos de Soraya durante varios minutos, mientras lograba volver en sí, a un estado que le permitiera actuar con cierta normalidad.

- Está siendo revisado en emergencias. Pronto podremos verlo. –le dijo ella.
- Está bien. Gracias. Muchas gracias. –le dijo y de nuevo la abrazó.
- Me alegra estar contigo.
- A mí me alegra que estés aquí.

Después de algunos minutos, les anunciaron que podían pasar a ver a Gabo y a Laura mientras les procesaban el alta médica. Soraya y Cristóbal se apuraron a encontrarse con ellos. La sangre corría aceleradamente por todo su cuerpo, podían sentirla tibia y vibrante llenándolos de vida. Después de haber vivido su peor pesadilla y habiendo despertado de ella, Cristóbal sentía

mucha adrenalina.

- Gabo... -logró expresar Cristóbal cuando vio a su hijo.

Él se apuró a su encuentro y lo abrazó con fuerza. Tenía algunos golpes visibles y se le notaba el temor ligado con alivio en los ojos. Él también abrazó con energía a su padre, se imaginaba las cosas terribles que habría estado pensando él durante el tiempo que estuvo sin tener noticias.

- ¿Estás bien? –le preguntó Cristóbal.
- Sí papá, estoy bien. Sólo un poco adolorido por los golpes, nada de qué preocuparse. –le respondió Gabo.
- Qué bueno. ¿Y Laura?
- También está bien. En este momento está con el doctor. Tuvimos mucha suerte. La parte del tren donde íbamos fue la que menos daños sufrió. –le contó él.
- Pensé que... -dijo Cristóbal a punto de llorar.
- No pienses en eso papá. Estamos bien.
- Todavía me parece irreal.
- A mí también. –le confesó Gabo con una pequeña sonrisa.

Después de algunas horas de esperar que el proceso del alta terminara, por fin pudieron irse del hospital. Todos estaban muy cansados. Cristóbal llevó a Gabo y a Laura a su departamento, sentía deseos de no separarse de él pero entendía que debía calmarse y darle su espacio. Luego de un momento de tanto temor y tensión es normal sentir el deseo de aferrarse a lo amado.

- Buenas noches chicos. Descansen. Si necesitan algo llámenme. Mañana vengo a verlos. –les dijo Cristóbal.
- Gracias papá. Ustedes también descansen –le dijo Gabo.
- ¿Cómo estás? –le preguntó Soraya una vez que siguieron juntos al departamento de él.

- Me siento aliviado. Todavía incrédulo.
- Entiendo. Fue muy difícil.
- Sí. De nuevo gracias por haber estado. –le dijo Cristóbal.
- Lamento no haberte contestado las llamadas. Dejé sin querer el móvil en la oficina y durante el servicio lo olvidé por completo.
- Me imaginé.
- ¿Te molestó? –le preguntó ella.
- Un poco. Te necesitaba mucho.
- Lo lamento.
- Ya pasó. –le dijo él tomando su mano.

Cuando llegaron al departamento, Cristóbal se dirigió inmediatamente a su cama, sin desvestirse siquiera se quedó dormido; se le notaba el extremo agotamiento que tenía. Soraya lo vio con cariño y sabiendo que era muy afortunada de tenerlo a su lado. Sintió ternura por él, por su felicidad, por su alivio. Ella se dio una ducha corta, pues su cuerpo también le pedía descanso de manera urgente.

Al siguiente día, Soraya se despertó temprano puesto que era imperativo que llegara temprano a su trabajo; vio a Cristóbal aun dormido y no quiso molestarlo. Se levantó, hizo el desayuno para ambos y salió cuanto antes, dejándole una note visible. Cuando él se despertó y no la encontró en casa, se sintió un poco solo; sin embargo, trataba de ser comprensivo en sus razones.

- Gracias por el desayuno. –le escribió Cristóbal a Soraya mientras comía.
- De nada. Disculpa por haberme tenido que ir tan temprano. Tengo unos asuntos que atender acá. –le escribió algunos minutos después.
- Entiendo.

Desde ese día, Cristóbal dedicaba mucho más tiempo a su hijo; tenía la

necesidad imperiosa de estar con él. Se involucró mucho en la organización de la boda, intentando hacer lo mejor posible para que fuera un día memorable para ellos. En repetidas ocasiones, Soraya no pudo ser de apoyo ya que el trabajo la tenía muy ocupada y requería de toda su atención.

En varias ocasiones, Cristóbal se sintió solo; a tal punto que empezó a hacerse a la idea. A pesar de la alegría que sentía de poder compartir con su hijo, existía una sombra en su dicha, la ausencia de Soraya. Últimamente se veían poco y cuando lo hacían ella se encontraba demasiado cansada. Cristóbal sabía perfectamente las razones y las comprendía, porque entendía el significado que tenía obtener una estrella michelín; él mismo ya había pasado por períodos así. En este momento, una de las cosas que más deseaba era que todo el asunto terminara para poder disfrutar de su presencia.

- Cariño, ¿podemos hablar? –le preguntó él una noche antes de que ella se dispusiera a descansar.
- Claro. –le dijo ella atenta.
- Fui a visitar a Victoria, la abuela materna de Gabo.
- Qué bueno. Me parece lindo que sigas viéndola.
- Ella hará una cena el viernes y quiere que vayamos. Es decir, Gabo, Laura, tú y yo. –le dijo él.
- ¿Crees que sea apropiado? –le preguntó ella insegura.
- ¿Por qué no?
- Es que es la madre de tu esposa y quizás no esté de acuerdo con nuestra relación. –le explicó ella.
- No, no. Al contrario, desde hace años me ha dicho que quiere verme con alguien, que me merezco rehacer mi vida y otra cantidad de cosas más. Incluso más de una vez intentó organizarme algunas citas a ciegas. –le contó él con gracia.
- Entonces es una mujer muy particular.

- Lo es. Es mi segunda madre. Para mí sería muy importante que la conocieras. –le dijo él.
- Está bien cariño. Voy a organizar todo en el restaurante para conocerla el viernes.
- Perfecto. Quiere que estemos allá a las siete.
- Entendido. –le dijo ella y le dio un beso en los labios.

Aquella noche, cuando Soraya se metió a la ducha, Cristóbal volvió a acompañarla. La abrazó, a ayudó con su ducha y le demostró lo mucho que la deseaba y cuanto la ha estado extrañando; aunque no se lo dijera de manera explícita, ya que no quería que ella lo percibiera como algún tipo de reclamo. Luego, fueron a la cama juntos y descansaron abrazados uno al otro toda la noche.

Como lo había prometido, Soraya se estaba esforzando por dejar todo dispuesto de tal manera que ella pudiera cederle el servicio a Samuel. En las últimas semanas, él había avanzado mucho. Por lo que ella pensaba que estaría listo para enfrentar cualquier situación, incluso si los evaluadores de la guía michelín se les ocurría aparecer justamente aquella noche.

Durante los días previos, a lo largo de algunas horas, repasaron el menú, corrigieron algunas preparaciones y definieron variedad de parámetros. Llegado el día jueves, Soraya supo que tenían todo perfectamente organizado. De esa manera se lo anunció a Cristóbal, quien se sintió muy satisfecho por ello. Ella incluso sugirió que le llevara un obsequio a Victoria a parte de unas botellas de vino para la cena.

- Pasaré por ti a las cinco, así te dará tiempo de venir a prepararte. – le dijo aquella mañana antes de despedirse de ella.
- Está bien cariño. Te estaré esperando. Ten un buen día. –le dijo y se despidió de él con un beso en los labios.

Ella había decidido que aquel día no entraría a la cocina del restaurante, pues de esa manera no se entretendría ni perdería la noción del tiempo como usualmente le sucedía frente a las hornillas. Así que se limitaría aquel día en hacer trabajo administrativo; redactar facturas, conversar con proveedores, organizar algunos productos entre otras cosas.

Todo iba según lo planeado hasta que empezó a notar una dinámica distinta en el restaurante; muchos de los mesoneros se susurraban entre sí, vio mayor movimiento entre los cocineros y al asomarse a la cocina percibió que Samuel estaba visiblemente nervioso. Había una tensión muy particular.

- ¿Qué pasa? –le preguntó a Samuel.
- Tranquila Soraya, tenemos todo bajo control.
- Eso no fue lo que yo pregunté. –le dijo ella de manera autoritaria.
- Chef, tienes un compromiso hoy y es importante, lo mejor es que no te preocupes.
- No me has respondido. –insistió ella.
- Hay dos hombres. Uno de los mesoneros dice que tienen todo el aspecto y el comportamiento de ser de la guía. –le dijo él con nerviosísimo.
- ¿Están seguros?-le preguntó ella con ansiedad.
- No, no lo estamos pero tenemos la sospecha. Llegaron y se sentaron en la barra, son dos hombres vestidos de traje, desde allí pidieron una entrada y anunciaron que cenarían en una mesa en un rato. –le explicó él.
- ¿Te puedes encargar, verdad? –le preguntó ella.
- Sí, claro que sí. Para esto nos estuvimos preparando.
- Está bien. –le dijo ella y salió de la cocina.

Soraya entró a la oficina con los nervios de punta, su respiración estaba

aceleraba y se sentía fría. Vio el reloj colgado en la pared, eran las cuatro y media. No sabía qué hacer, intentaba deducir qué era lo mejor. Ella le había prometido a Cristóbal que irían a cenar con su familia, sabía que era algo muy importante para él y él era sumamente importante para ella; pero por el otro lado, incluso desde niña había deseado tener una estrella michelín, se había esforzado durante toda su vida para ello y ahora tenía la oportunidad.

- Cariño, se me presentó algo muy importante en el trabajo. Voy a resolver y nos vemos. No es necesario que vengas por mí, nos encontramos allá; envíame la dirección de Victoria. –le escribió Soraya a Cristóbal.

- ¿Qué pasó? –le escribió él inmediatamente.

- No te preocupes. Son cosas que debo resolver. Después te explico.

Soraya recibió el mensaje con la dirección; sin embargo, sentía que Cristóbal estaba molesto aunque no lo expresó. Ella entendía el por qué, pero pensaba que estaba haciendo lo mejor para su futuro. Así que se puso la chaquetilla para entrar a las cocinas. Enseguida comenzó a dar órdenes y a tomar el control de las preparaciones. La energía en el lugar creció como la espuma, la actividad en las cocinas se aceleró de manera significativa y todo comenzó a fluir a niveles superiores.

Ella se encontraba satisfecha con el trabajo que estaban realizando, lo único que la desconcentraba era su constante revisar de la hora. Con cada minuto que pasaba, ella sentía que Cristóbal tenía más razones para alejarse de ella, lo que le causaba una gran presión en el pecho. Finalmente, el par de hombre terminó su cena y se retiraron. Todos estaban inmensamente felices, una atmósfera de júbilo se desencadenó en el lugar; estaban completamente confiados en que todo había estado perfecto.

- Voy en camino. –le escribió a Cristóbal, cuando ya estaba montada

en un taxi.

- No te molestes en venir. Ve a tu casa, yo voy saliendo para allá. –le respondió de manera inmediata.

Un frío que le heló hasta los huesos fue lo que Soraya sintió al leer el mensaje de Cristóbal. Le anunció el cambio de rumbo al conductor y sintió que su corazón se preparaba para un golpe fuerte y fulminante. Se imaginaba que la molestia de él debía ser intensa pues realmente le había fallado y la respuesta le confirmaba su sospecha. Realmente se sentía preocupada, comenzaba a dudar seriamente que la decisión que había tomado fuera la mejor.

- Hola. –le dijo ella a Cristóbal al entrar en el departamento y verlo sentado en el sofá.

- Oriana me abrió la puerta para esperarte. –le explicó él.

- Está bien. –le dijo ella y se sentó a su lado.

- ¿Cuál fue el asunto importante que tuviste que atender? –le preguntó él.

- Llegaron los de la guía michelín. –le respondió ella.

- ¿Cómo están seguros?

- No estábamos completamente seguros pero todo parece indicar que así fue.

- Entiendo. Si tu restaurante no está preparado para obtenerlo sin tu presencia entonces no se lo han ganado realmente. –le dijo él.

- Es posible, pero necesitaba estar segura de que saldría lo mejor posible. Pensé que lo entenderías.

- Quizás como chef lo entiendo perfectamente pero como tu pareja no lo puedo tolerar. Te avisé con tiempo, te pedí que fueras, no sabes si realmente eran ellos; no te imaginas lo que sentí... te esperé.

- ¿Qué quieres decir con que no lo puedes tolerar? –le preguntó ella

con temor de la respuesta.

- Eso, que me siento solo desde hace unas semanas para acá. Solo estando acompañado, lo cual es mucho peor que estar realmente solo.

- Estoy en un momento muy importante de mi carrera. –se justificó ella.

- Lo sé, y no creas que no me siento egoísta al decirte esto pero no puedo evitar sentirlo. –le dijo él de manera firme.

- Una vez que esto pase las cosas serán mejor. –le dijo ella.

- Quizás pero no sabemos cuánto tiempo es. Yo no quise prestarle atención a la diferencia de edad pero ahora pienso que cabe la posibilidad de que haya errado en eso, porque estamos en etapas distintas de la vida. Ya yo pasé por lo que estás pasando tú. Es probable que lo mejor es que te deje el campo libre para que le dediques todo tu esfuerzo a tu carrera sin ningún tipo de remordimiento. –le expresó él con un pesar mal disimulado.

- No puedo creer que estés diciendo eso.

- Yo tampoco. –dijo él con mirada entristecida.

- No tienes que hacer esto.

- No estamos en el mismo lugar Soraya, aunque parece que sí, la verdad es que no. Creo que con el tiempo esto me lo vas a agradecer. – afirmó Cristóbal.

- No lo creo.

- Buenas noches. –le dijo él y se dirigió a la puerta.

- Cristóbal, por favor. –le dijo ella colocándose en su camino.

- Soraya, no es la primera vez. Has estado demasiado ausente. No has estado en momentos importantes. El día que Gabo tuvo el accidente por ejemplo, yo te necesitaba pero estabas entregada en cuerpo y alma a tu trabajo, así que llegaste cuando se pudo y no cuando

yo te necesitaba. Tengo la firme convicción de que quiero ser la prioridad en tu vida, si no puedo serlo no te culpo; está bien, pero es mi decisión si lo acepto o no, y la verdad es que no. –le dijo él y siguió su camino.

Ella se quedó de pie, frente a la puerta, tratando de comprender mejor lo que estaba pasando, sin saber qué hacer. Se sentó en el mueble y sintió cómo el corazón paulatinamente se le iba derritiendo en el pecho, hasta quedar completamente convaleciente ante el dolor. Creyó que aquello era parte de un mal sueño o una alucinación enfermiza de su mente, así que respiraba profundo y trataba de volver en sí misma; sólo para darse cuenta que aquello era realidad.

Desde que había decidido comenzar una relación con Cristóbal, se había convencido de que era lo más perfecto que hubiese podido desear, que estaba hecho para durar; creía firmemente que el futuro juntos era promisorio. Ahora, en tan sólo unos segundos, se fueron por tierra todas sus creencias acerca de la relación.

Cuatrocientos grados

Soraya abrió los ojos, vio el techo de su habitación y una idea se apoderó de su mente; no podía dejar que su relación con Cristóbal se terminara. A pesar del poco tiempo que habían estado juntos, ella tenía todos sus sentimientos, sus planes y sus anhelos puestos en él. Sin embargo, entendía amargamente que ella no se lo había demostrado aun, que había dejado que otras cosas fueran más importantes que él. Si bien era cierto que desde siempre había deseado el éxito profesional, ahora su mayor deseo era tener una vida plena y sentía que sólo era posible junto a él.

Sabía que tenía que admitir y asumir que las cosas cambian, que aquello no la hacía menos profesional o una mujer despegada de la

contemporaneidad, porque definitivamente no se manda sobre los sentimientos, deseos y necesidades que uno siente. Alcanzar el éxito en su carrera, en este momento cuando él no estaba presente parecía banal, superficial, poco importante, sin sentido real. Entonces, él era lo que más necesitaba.

- Buenos días, Sor. ¿Qué pasa? –le preguntó Oriana entrando a su habitación, extrañada de que se haya quedado en casa aquella noche y que no se haya levantado temprano para ir al trabajo.
- Hola Ori. Se acabó. –le confesó ella con tristeza en la voz
- ¿Qué? –le preguntó su amiga sin entender a qué se refería.
- Mi relación. –le contestó Soraya.
- No puede ser cierto. Ustedes son uno para el otro. –le dijo con impresión.
- Eso pienso yo pero creo que le fallé. No estuve con él, le di más importancia a mi carrera que a él. Cometí los mismos errores que en mi matrimonio, con la diferencia que esta vez si me importa. –le contó ella con sentidas palabras.
- Entonces no puedes dejar que se termine. Demuéstrale que lo quieres contigo. –le dijo Oriana con firmeza.
- ¿Qué puedo hacer? –le preguntó Soraya incrédula.
- Hablar con él. Convencerlo para que te dé una nueva oportunidad. No pueden desperdiciar algo tan hermoso así como así.
- Tienes razón, toda la razón. Tengo que hacer algo al respecto. –le dijo ella sentándose en la cama.
- Claro que sí. –la apoyó Oriana.
- Voy a ir a hablar con él. –decidió Soraya.
- Yo te llevo. –se ofreció.
- No, yo manejaré. Préstame el coche mejor. –le pidió Soraya.

- Eso me asusta mucho. –le confesó su amiga.
- Necesito demostrarle que incluso estoy dispuesta a superar mis miedos por él.
- Eso no me asusta menos. –insistió ella.
- Ya sé manejar Ori. Confía en mí. –le pidió Soraya con la voz y con los ojos.
- Ten cuidado, por favor. –accedió Oriana, a pesar de que creía que su coche corría un gran riesgo en las manos inexpertas de Soraya.

Rápidamente, Soraya salió del departamento y se montó en el coche del lado del conductor. Recordó todas las instrucciones que le había dado Cristóbal al enseñarle a conducir, lo encendió y lo puso en marcha lentamente y con mucha precaución. Estaba un poco nerviosa pero la ansiedad de verlo y hablar con él era sustancialmente superior a esa sensación. Necesitaba encontrar las palabras ideales para hacerle ver que ella estaba dispuesta a todo por estar con él y que aquello no volvería a suceder.

Ella no estaba segura de dónde se encontraba, él así que tuvo que ir primero a su departamento, donde no lo encontró. Por lo que se dirigió al restaurante, allí habló con la asistente de gerencia y ella le contó que Cristóbal estaría con su hijo aquella mañana en una degustación de pasteles para la boda. Tenía una clara idea de en cual pastelería sería así que se encaminó al lugar lo más rápido que pudo.

Apenas entró en la pastelería pudo divisar a lo lejos a Gabo, Laura y de espaldas a Cristóbal. Se sintió de nuevo muy nerviosa y no estaba segura si podría expresarle lo que deseaba pero necesitaba intentarlo a toda costa. Respiró profundamente tres veces, cerró los ojos momentáneamente, los abrió llena de energía y caminó rápidamente en dirección a ellos. Gabo la vio venir y sonrió, sin decirle nada a su padre.

- Buenos días. –dijo al llegar al encuentro de todos ellos.
- Soraya, ¿cómo estás? Llegas justo a tiempo, por favor siéntate. Estamos tratando de decidir entre estos deliciosos pasteles para la boda. –le dijo Gabo ofreciéndole una de las sillas.
- Gracias Gabo pero yo vine a... -trató de explicarle pero él la interrumpió.
- Siéntate, por favor. Vamos a relajarnos con un poco de dulce. – insistió Gabo y ella se sentó.

Cristóbal la miraba sorprendido de su presencia en el lugar; sin embargo, no le decía nada. Ella buscaba su mirada para señalarle que salieran a hablar pero él prefirió ignorar aquella petición; así que ella no tuvo más remedio que quedarse en la selección. Al igual que todos, probó todos los pasteles disponibles.

- El relleno con cerezas está delicioso. –apuntó Laura.
- Sí, aunque me parece muy dulce. ¿Qué opinas del de nueces? –le preguntó Gabo.
- También me gustó mucho. ¿Qué dices Cristóbal?
- Todos tienen muy buen sabor, creo que se trata de escoger el que ustedes sientan que los representa mejor; quizás por sus gustos.
- Puede ser. ¿Qué dices Soraya? –le preguntó Gabo.
- Creo que podrían pedirle a la pastelería que uniera dos sabores, quizás mitad y mitad. Recubiertos por la misma crema y adornos. Pienso que eso podría representar que aunque son distintos están unidos por algo mucho más trascendente que sus diferencias. Como debe ser en una pareja. –expresó mirando a Cristóbal.
- Me fascina esa idea. –dijo Gabo.
- A mí también. –expresó Laura conmovida.
- ¿Crees que eso sea posible? –le preguntó Gabo a la pastelera.

- Por supuesto que sí, lo podemos hacer para ustedes. –afirmó ella.
- Entonces está decidido. –dijo Gabo.
- Gracias por la estupenda idea Soraya. –le dijo Laura.
- Qué bueno que les gustara. –les sonrió ella tímidamente.

Se levantaron de la mesa y se dirigieron a la oficina de la pastelería para hacer la petición formal y organizar el pago de los servicios. Soraya intentaba hacer que Cristóbal se apartara un momento de la pareja para poder hablar con él, pero era obvio que él intentaba ignorarla.

- ¿Podemos hablar un momento? –le preguntó Soraya.
- Dime.
- En privado. –le pidió ella.
- Está bien.
- ¿Por qué me ignoras? –le preguntó ella una vez que estaban alejados de los demás.
- No entiendo qué haces aquí. –le dijo él.
- ¿No es obvio?
- No. Cuando tuviste que estar no fue así, ahora ya no es necesario.
- Cristóbal, sé que actué mal, que estuve ausente, que tomé decisiones erradas; pero sabes bien que yo quiero estar contigo. –le dijo ella.
- ¿Y por qué no estás?
- No pensé bien las cosas, no me di cuenta en realidad que estaba poniendo en peligro mi relación contigo. No soporto la idea de que dañe lo nuestro. –le respondió ella con mucho sentir.
- Yo tampoco la soporto. –dijo él.
- Vine porque necesito que me des otra oportunidad, que le des otra oportunidad a nuestra relación. Yo no quiero estar sin ti. Cristóbal por primera vez estoy enamorada de alguien, yo te amo. –le dijo ella

mirándolo a los ojos y él se sorprendió ante tal confesión.

- Yo también te amo Soraya y ha sido muy doloroso ver cómo te alejas de mí.
- Tienes razón. No te lo discuto, pero quiero que lo superemos. Estoy aquí para comprometerme contigo en todo sentido. Darte el puesto que te mereces en mi vida. Permíteme demostrarte que eres lo más importante para mí.
- ¿Estás segura de que eso es lo que quieres? –le preguntó él.
- Estoy completamente segura. –le dijo ella convencida.
- No quiero sentir que soy un egoísta y que estoy de alguna manera afectando tu carrera.
- Lo sé. Tengo que encontrar el equilibrio entre las cosas. Ayúdame. Yo estoy dispuesta a aprender. Lo nuestro es más importante que cualquier otra cosa.

Cristóbal la miró a los ojos, le dijo una pequeña sonrisa, la tomó por la mano y la trajo hacia él para abrazarla. Ella se aferró a él con fuerza, sintiéndose feliz y aliviada, convencida de que haría todo lo posible para poder permanecerá su lado, como de verdad lo deseaba con todo su corazón.

- Necesito saber que será distinto. –le dijo él.
- Lo será. Ya lo entendí. Créeme.
- Te quiero creer pero la verdad es que se presentarán situaciones en las cuales deberás demostrar lo que me estás diciendo.
- Lo sé. Te lo demostraré. –le dijo ella con seguridad.
- Yo también te amo. –le dijo él y luego le dio un largo beso en los labios.

A partir de ese momento, Soraya y Cristóbal entraron en el mejor momento de su relación. Dedicándose tiempo, espacio y muchas atenciones

de manera mutua. Soraya se reunió con Dorian y le explicó que necesitaba tener tiempo para vivir una vida y él lo supo entender. Luego, se reunió también con sus empleados y les dijo que estaría menos tiempo con ellos porque confiaba plenamente en que podrían asumir la responsabilidad de llevar al restaurante al éxito.

Los empleados se sentían un poco decepcionados ya que poco tiempo de haber pensado que les habían servido a los críticos de la guía michelín, se dieron cuenta que había sido una confusión. Sin embargo, Soraya intentó animarlos diciéndoles que lo mejor que podían hacer siempre era mantener el nivel más alto en el servicio, esa era la única manera de garantizar que alcanzarían el tan ansiado éxito. Así que estuvieron de acuerdo en mantenerse firmes en su objetivo; teniendo en cuenta que el éxito que buscaban no sólo se trataba de que su nombre apareciera en la guía, sino en ser una referencia permanente en la vida gastronómica de la ciudad y del país.

Ella no perdió oportunidad para demostrarle a Cristóbal que lo primero en su agenda siempre sería él y él lo hizo de la misma manera. Incluso, de manera formal le pidió a Soraya que se mudara con él y ella aceptó dichosa sin dudarlo. Encontraron la ocasión para ir a visitar a Victoria y ella se sintió muy dichosa de ver en el rostro de Cristóbal los claros signos del amor y la felicidad, gracias a la presencia de Soraya en su vida. Ella les dio su bendición y apoyo. A Soraya le pareció que Victoria era una mujer maravillosa, parecida a su madre. Supo que su hija debió ser una mujer muy valiosa y sin haberla conocido sintió aprecio por ella.

Luego de varias semanas, ya los preparativos de la boda estaban casi listos. La fecha se acercaba y todo estaba saliendo según lo planeado. La emoción de los novios crecía a cada instante pues sentían que ya pronto comenzarían la mejor etapa de sus vidas. Cristóbal y Soraya eran testigos

presenciales de tanta felicidad y a su vez vivían su propia alegría con mucha intensidad.

- Te tengo una sorpresa. –le dijo Cristóbal un día que fue a buscarla al trabajo.
- ¿Qué es? –le preguntó ella.
- Tendrás que cerrar los ojos. -le dijo él

Cristóbal se colocó detrás de ella, con sus manos le tapó la visión y la guió a caminar hacia la calle. Luego quitó sus manos y la dejó ver; frente a ella había un coche, él le entregó unas llaves y no dijo nada más. Soraya no comprendía muy bien de qué se trataba todo aquello, le costó unos segundos entender la situación.

- No puede ser. –dijo ella creyendo comprender.
- Sí. –le dijo él.
- Cristóbal, ¿me compraste un coche? –le preguntó ella entre sorprendida y conmovida.
- Así es.
- Pero no era necesario, es un gasto muy fuerte. No debiste.
- No pienses en esas cosas. Yo lo quería hacer. Dime gracias y dame un beso. Eso es lo que tienes que hacer.
- Gracias mi amor. –le dijo ella y luego le dio un beso.
- Vámonos a pasear. –le dijo él guiándola hacia el coche.

Soraya estaba muy emocionada, no por el regalo en sí, sino por la entrega que significaba lo que él hacía por ella. Durante esa noche pasaron por gran parte de la ciudad, sin tener un rumbo definido; simplemente disfrutando de la novedad y de sus compañías. Él le dio unos últimos consejos de manejo para que se sintiera siempre segura al conducir y ella se los agradeció.

Llegado el día anterior de la boda de Gabo y Laura, Soraya informó en el

restaurante que ella se ausentaría todo el día, pues necesitaba estar a tono con el evento y quería manejar todo de la manera más relajada posible. Cuando andaba acelerada, normalmente las cosas no le salían del todo bien y aquella era una ocasión sumamente especial para quienes ella ya consideraba como su familia.

- Tendré que ir a atender algunos asuntos del salón de fiestas y creo que me llevará mucho tiempo. ¿Tú puedes pasar por el restaurante para verificar que las comidas que van a llevar estén como deben? –le preguntó Cristóbal en la mañana del gran día.
- Claro cariño, yo me encargo y luego me encargo del trabajo duro, las mujeres necesitamos bastante tiempo para arreglarnos. Así que después de eso, yo pasaré un buen tiempo en el salón de belleza. Me llevaré el vestido porque creo que tendré que vestirme allá.
- Vale, gracias. Entonces nos vemos en la iglesia. –le dijo él.
- Vale. –le dijo ella y le dio un beso de despedida.

Cristóbal se encaminó a hacer las diligencias pertinentes para que todo estuviera a tope aquella noche. Mientras que Soraya fue al restaurante de él para asesorar y supervisar a los cocineros del banquete de bodas. Al entrar en las cocinas, se dio cuenta que todo estaba saliendo muy bien, hizo algunos ajustes en las preparaciones y en poco tiempo todo estaba perfectamente dirigido. Entonces, pudo irse al salón de bellezas, pues tenía cita para todo lo que hacían en el lugar. Quería lucir hermosa en una ocasión tan especial y a la vez quería agradecer a Cristóbal.

- Hola, soy Soraya; tengo una cita con ustedes. –se anunció en la recepción.
- Claro, pase señorita. Ya podemos comenzar.

Ella no solía hacer esta clase de cosas seguido; recordó que la última vez

que estuvo en un salón de belleza para hacer todo lo que haría hoy fue el día cuando se casó. Ahora aquello parecía un tiempo verdaderamente lejano. La sesión comenzó por los pies y duró un buen tiempo. Luego se dedicaron a sus manos y posteriormente a su cabello. Ella decidió que se lo cortaría un poco y dejó a criterio de la estilista el corte. Seguidamente, el último paso: el maquillaje.

Varias horas después, estuvo lista, completamente renovada; se vio al espejo y le pareció impresionante el cambio que veía en ella misma. Deseó que fuera del agrado de Cristóbal. Vio la hora y como se había imaginado, debía vestirse en aquel lugar para lograr llegar con buen tiempo a la ceremonia. Ya vestida se vio en el espejo y estuvo satisfecha. Entonces, escuchó que su móvil repicaba sin cesar, imaginó que sería Cristóbal. Lo tomó y vio que la llamada era de su restaurante.

- Aló. –respondió ella.
- Hola Soraya. ¿Qué tal? –le habló Dorian.
- Muy bien. Ya casi voy saliendo hacia la iglesia. ¿Qué tal todo por allá? –preguntó ella tratando de saber del por qué de la llamada.
- Pues hay algunas novedades. –le dijo él con cierto nerviosismo.
- A ver, te escucho.
- Hay un hombre que llegó hace un rato, se sentó en la barra y ha anunciado que se quedará a cenar. José Luis dice conocerlo, pues trabajó en otro restaurante y él lo visitó.
- ¿Piensan que es de la guía? –preguntó ella.
- José Luis asegura que lo es. –le contó Dorian.
- Entiendo.
- Pensé que debías saberlo. –se justificó él.
- Sí, gracias por avisarme.

Soraya volvió a verse en el espejo y notó en su rostro la ansiedad. Entendió que había llegado el momento en el que realmente se pondría a prueba su amor y su voluntad para alcanzar el éxito. Cristóbal tenía razón, el momento en el que tuviese que demostrar cuál era su prioridad llegaría, y ese momento era ahora mismo. Ella salió del salón de belleza, se montó en el coche y manejó.

Estacionó el coche frente a su restaurante, sabiendo que si entraba allí su carrera despegaría de una manera indetenible pero que su vida personal se iría directamente por un barranco. Apagó el coche, respiró profundo y pensó en qué hacer. Imaginó lo que sentiría al ser reconocida como una de las chefs más importantes del país, pero también recordó el vacío que había sentido cuando Cristóbal decidió apartarse de ella. La decisión fue simple, aunque difícil de ejecutar.

Soraya se bajó del coche y caminó directo a su objetivo. La primera fila de asientos de la iglesia, del lado de los invitados del novio, justamente a la derecha de Cristóbal que ya estaba sentando. Ella se sentó, él la vio con asombro y emoción, entonces le tomó la mano con orgullo.

- Estás deslumbrante. –le dijo al oído.
- No, lo que estoy es deslumbrada por ti. –le contestó ella.

Como aun la ceremonia no comenzaba, ella tomó su móvil y le envió un texto a cada uno de los integrantes el equipo del restaurante que decía “Éxito. Yo creo en ustedes.”. Ella se sintió tranquila y satisfecha con la decisión que había tomado. Apretó la mano de Cristóbal, sabiendo que estaba exactamente en el lugar donde debía estar, junto a él y verdaderamente con él.

El acto fue muy emotivo y hermoso, se podía ver con facilidad el amor incondicional que aquellos dos jóvenes sentían uno por el otro. Todos apostaban a que su unión sería duradera y feliz. Soraya además, observaba en

la mirada de Cristóbal el orgullo y la emoción que se le desbordaba. Ella estaba emocionada de no haberse perdido aquella irrepetible ocasión.

Luego todos se fueron a la celebración. Soraya y Cristóbal se fueron separados ya que de esa manera podían trasladar a algunos de los familiares que asistirían también a la recepción. Una vez allí, Soraya buscó con la mirada a Cristóbal pero no lograba encontrarlo. Hasta que minutos después lo vio a lo lejos, no sabía por qué pero su corazón saltaba de emoción. Suponía que se debía al salto que había dado hacia él aquella noche, aunque él no lo supiera.

Los novios, ahora legalmente casados, hicieron el tradicional primer baile a la vista emocionada de todos los presentes y entonces la celebración comenzó. Cristóbal se le perdió a Soraya por un rato, hasta que lo sintió detrás de ella abrazándola con mucha ternura. Ella recibió el cariño con mucho agrado.

- ¿Cómo estás? –le preguntó él sin soltarla.
- Muy bien. ¿Y tú? –le dijo ella.
- Mejor que nunca.
- Qué bueno. Me imagino que debe ser muy emocionante ver a tu hijo tan feliz.
- Sí, pero no se trata sólo de eso. –le dijo él.
- ¿Y de qué se trata? –le preguntó ella.
- ¿Hoy antes de llegar a la iglesia recibiste una llamada del restaurante? –le preguntó él.
- Sí, ¿cómo lo sabes? –le preguntó ella sorprendida.
- ¿Te dijeron que un posible crítico de la guía estaba en el restaurante?
- Sí, ¿cómo lo supiste? –insistió ella en la pregunta.

- Y sin embargo no corraste a la cocina sino que estás aquí, conmigo.
- ¿No me vas a responder? –se volteó ella para verlo a los ojos.
- Él efectivamente es un crítico de la guía. Yo hablé con él y le pedí que fuera hoy a tu restaurante. No fue porque la guía lo envió sino porque yo le pedí que fuera. –le confesó Cristóbal.
- ¿Por qué harías eso? –le preguntó ella muy confundida.
- Tenía que estar seguro de que en un momento tan importante como este me ibas a elegir a mí. Sé que suena mal pero tenía que estar seguro y tú también tenías que estar segura. Y no ibas a estarlo hasta que realmente tuvieras que tomar una decisión tan trascendental como esa. –se justificó él.
- No sé qué decirte Cristóbal. Sé que tienes razón, era la única manera de saberlo pero me parece un poco cruel de tu parte.
- Hace unos días tomé una decisión pero para poder comunicártela tenía que saberlo y tu también.
- ¿Qué decisión? –le preguntó ella.
- La de comprarte esto. –le mostró un anillo de compromiso.
- Cristóbal, ¿qué es esto? –le preguntó ella muy sorprendida.
- Es un anillo y si lo aceptas es un compromiso, una decisión, una unión.
- ¿Tú estás completamente seguro de esto? –le preguntó ella a punto de llorar de emoción.
- Ahora sí y creo que tú también. –respondió Cristóbal.

Ella se abalanzó sobre él y ambos se abrazaron largo rato, a la vista de todos. Luego se dieron un beso de amor. Al separarse un poco, se miraron a los ojos y él le colocó el anillo, para volver a besarla. Después, se tomaron de la mano y celebraron no sólo la unión de Gabo y de Laura, sino la propia; aun sin decirle a nadie, disfrutando de su felicidad privada, teniendo la completa

certeza de que nada ni nadie podría separarlos, ni siquiera sus propias ambiciones.

Después de aquella falsa alarma, vinieron cuatro más. Hasta que después de más de un año, ya ninguno de los integrantes del equipo de Soraya esperaba a los críticos; simplemente trabajaban día a día con la misma pasión por la excelencia. Un buen día, de manera sorpresiva el nombre de La Estancia apareció en la guía, la tan añorada estrella había llegado sin avisar, sin que ellos mismo sospecharan cuando le había servido al tan ansiado evaluador. Soraya ese día sonrió con tranquilidad y entró a su primera ecografía prenatal con Cristóbal.